



D F C L
A

C. 1109379 t. 9/1/53

EL ULTIMO BENI-OMEYA.

LEYENDA MORISCA ,

POR

DON VENTURA GARCIA ESCOBAR.

MADRID.—1857.

Imprenta de LA IBERIA, á cargo de Manuel de Rojas,
calle del Baño, núm. 3, principal.



R.53269

EL ÚLTIMO REVI-OMÉYA

CAPÍTULO I
LEYENDA MORISCA

DON VENTURA VARGAS ESCOBAR

En la Real Academia Española

se ha leído y ha acordado

que se admita a concurso

el presente libro de

don Ventura Vargas Escobar

titulado

El último Revi-Oméya

de don Ventura Vargas Escobar

autor de

El último Revi-Oméya

de don Ventura Vargas Escobar

autor de

El último Revi-Oméya

de don Ventura Vargas Escobar

autor de

El último Revi-Oméya

de don Ventura Vargas Escobar

autor de

El último Revi-Oméya

de don Ventura Vargas Escobar

autor de

El último Revi-Oméya

de don Ventura Vargas Escobar

autor de

El último Revi-Oméya

de don Ventura Vargas Escobar

autor de

MADRID - 1877
Imprenta de la Real Academia Española
Calle del León, núm. 3 principal

CAPITULO I.

I.

LA VELADA.

En la Medina española,
Ceca de los musulmanes,
Que baña espléndido río
Con perfumados cristales,
Y á lo largo de una vega,
Cual sierpe de luz gigante
Borda con rápido giro
Los vergeles de su cáuce;
En una ciudad, que cuenta
Por los siglos sus edades,
Que ayer vivió reina altiva,
Y que hoy viuda y triste yace,
Vive la mora mas bella
De los moriscos linajes:
El ángel de la hermosura,
Si el mundo habitan los ángeles.
Djida, la cándida Djida,
Vaso de rosas fragante,
Flor del rocío esmaltada,
Paloma de albo plumaje,
Fuente de luz y armonía,
Blanca gacela del valle!

Djida, con su faz de cielo,
Sus quince años no cabales,
Su voz de cisne que muero,
Sus ojos de sol que nace,
Su tez de nieve y de fuego,
Su cinta de feble sáuce,
Y con su beldad divina
De la hourí de Islam imágen,
Es el pesar de las damas,
El placer de los galanes,
La emperatriz de las fiestas,
La reina de los combates,
El altar de los suspiros,
El númen de los cantares,
Y el saero ideal, en suma,
Que soñó en su ardor el árabe.

Por los amores de Djida
Loco anda el bueno de Zayde;
Que en una fiesta moruna
Viéndola el moro una tarde,
Quedó prendado hasta el alma,
Si alma conserva un amante;
Y entonces se hizo señora
De sus pensamientos grandes,
La niña, de faz de cielo,
De quince años no cabales.

Al pié de sus celosías
Exhala el triste sus ayes;
Cántigas de amor dolientes
Dá con su cítara al aire;
Sus corceles por el día
De Djida atruenan la calle,
Y unas tras otras las noches
Frente á sus rejas ampáranle.
Señas, miradas, finezas,
Galas, trofeos, alardes,

Y cuanto de hermoso y noble
Amor inspira en sus artes,
Por los amores de Djida
Agota el bueno de Zayde.

Pero al fin una velada,
Entre otras muchas, bien t arde,
Cuando del doncel cuitado
El eco sentido y suave
Entre un dulcísimo acorde
Perdíase por los aires,
De un mirador trasparente
El cristal pintado ábrese.
Y un liston, que á la azucena
Robó su cándido esmalte,
Y del éter causa celos
Al purísimo celaje,
Descendiendo por las auras
Sobre él blandamente cáe;
Cual se posa en la palmera
Leve y vaporosa el ave,
Plegando las blondas plumas
De vivísimos cambiantes.
Loco de alegría el mozo
Recibe el feliz mensaje;
Sobre el corazón le estrecha,
Llévale á su lábio amante;
Y mirando sus colores
De la luna al rayo frágil,
Con lazadas misteriosas
Le arrolla al verde turbante,
Y llegándose á su overo,
Que arrendado estaba á un sauce,
Salta en él, y destrozando
Los sonoros pedernales,
Con los amores de Djida
Loco vá el bueno de Zayde.

Pues blanca y azul la banda,
 De emblemático lenguaje,
 Son sus colores de Djida
 Los colores virginales.
 Y las trovas, las finezas,
 Las veladas de la calle,
 Y del amador las cuitas,
 Y de amor las tiernas artes,
 Así del doncel moruno
 Premiar á la niña place,
 Aquella de faz de cielo,
 De quince años no cabales.

II.

CELOS DE ÁRABE.

A Djida, la enamorada,
 Adora insano tambien
 Ben-Fakir el africano,
 De Hissen el valido infiel.
 Fiado en su poderío,
 En su mucha y alta prez,
 Y en su mocedad bizarra,
 Nada hay á que no ose él.
 Altivo, fiero, indomable,
 Su antojo tiene por ley;
 Se cree el mejor de todos,
 Y el mundo juzga á su pié.
 Nacido en la roja Libia

EL ÚLTIMO BENI-OMEYA.

De una tribu en el dosel,
Educado en el desierto,
Sin razon, fuero ni ley,
Es de bronce su alma indócil,
Su corazon fuego es;
Del leon juntando al brio,
Del tigre el furor tambien;
Mal herido en lo mas hondo,
Preso y perdido en la red,
Es hoy su mísero esclavo
Quien brutal señor ayer.
La tierna vírgen del Bétis,
Flor del suelo cordobés,
La que á tantos hizo siervos,
Su señora es ya tambien.
Y este hijo de África insano,
Que no mas vió en la mujer
Hasta allí un bello juguete
Nacido para el Harem;
Una paloma sin vuelo,
Que al desprecio y al placer
Del creyente, fué enviada
Al mundo desde el Eden;
Aquel seyde de Mahoma
Que ciego en su torpe fé,
Solo del material goce
Gustó la mentida hiel,
Y nunca en su febril pecho
Sentido habia encender
Aquella emocion intensa,
El etéreo fuego aquel,
Que en magnéticos influjos
De dos séres hace un sér
Ideal, inmaculado,
Cual la luz de la niñez,
Vió de Córdoba á la palma

Sentada en su palafren,
 Robando risas á el alba,
 Y avergonzando al vergel;
 Y el hijo de Libia fiero,
 El gran privado de un rey,
 Sintió trastornarse su alma....
 Y no es hoy lo que ayer fué.

Que despiertos sus sentidos
 Del torpe instinto soez,
 Vió en la mujer lo que nunca
 En la odalisca se vé;
 Y sintió dentro del alma
 Un dulcísimo vaiven,
 Una misteriosa cuita,
 Inspiracion de alta fé;
 El amor sin mancha, en suma,
 Que sin torpe, infame sed,
 Ideal vive en un mundo
 De casto, angélico bien.

Fuera Fakir de sí mismo,
 De Djida corre á los pies;
 Pero ya Djida es de Zayde,
 Y doncellas de su prez,
 Si una vez amaron sola,
 No en vano empeñan su fé.
 El amador sin ventura,
 El mal parado doncel,
 Lleno el corazon de acibar,
 Sin pensar, oír, ni ver,
 Rugiendo como la hiena
 Herida por el lebrel,
 Loco con tan vivo ultraje,
 En su existencia el primer,
 En delirios solitarios,
 De inspiracion muy cruel,
 Vengar sus celos decide

Sobre ella y sobre él.

III.

HCRA DE LÁGRIMAS.

Es una noche; en el éter
 No brillan los luminares,
 Y el viento á lo lejos zumba
 Con melancólico embate.
 ¡Todo es tinieblas... silencio!...
 ¡No!... que susurra en los aires
 De oculta y sentida plática
 El son misterioso y frágil.
 Está el vergel solitario;
 Bajo los desnudos árboles
 Arrastra el cierzo aterido
 En pedazos sus ropajes.
 No ya pintada maceta
 Muestran los vasos de jaspe,
 Ni sobre cuadros vistosos
 Florecen los arrayanes:
 Que la noche es un sudario,
 Y el jardín es un cadáver.
 ¿Quién turbará en tales horas,
 Y en noche de horrores tales,
 La soledad y el reposo
 De Djida en los ricos lares?...
 Es ella, la niña hermosa,
 Y su amador el buen Zayde.
 Allá, de un kiosco lejano
 En el seno inescrutable,

Se oyen algunos suspiros,
Que el corazon triste parten,
Y de una plática dulce
Sones en el aura errantes.

—¡Me vés á olvidar!... Apenas
De mí ¡ay mísera! te apartes,
Tu Djida cándida y mústia
Llorará ajeno á su Zayde.

—¡No mas, Djida, que me matas!..
Ten lástima de mis males.

Antes sol faltará al dia,
Son y movimiento al aire,
Luz al rayo, voz al trueno,
Llama al fuego, agua á los mares,
Que Zayde al amor de Djida
Traidor ni perjuro falte.

—De las castellanas tierras
Quizá las nobles beldades....

—Duda del matiz del campo,
Del olor de los rosales,
Del albor que dá en tus ojos,
Del aura que respirases;
Duda que el Profeta es solo,
Y duda que Alláh es grande...

Y no dudes, ó me muero,
Bella Djida, del buen Zayde.

Tu amor es el elemento
De mi ser; faro radiante,

Que en el sendero del mundo
Del bien al puesto me atrae;

La luz de las esperanzas,
Santa, espléndida, inefable,

El gérmen de los placeres,
Y antídoto de los males.

Tu amor me crea otro mundo,
Nuevo sér tu amor depárame,

Y me arranca de un abismo,
 Y el supremo Eden me abre.
 —No partas ¡ay! me parece
 Que la eternidad se abre...
 Quédate...—La guerra santa
 Me llama á nuevos combates,
 Y la pátria, como suyo,
 Mi brazo también demándame.
 —Vas á morir... me lo anuncia
 Con latidos funerales
 El corazón...—Ilusiones
 De tu amor.—No, no te marches.
 —Lo ordena el califa, y dice
 Que en Castilla está esperándome
 Almanzor, mi ínclito deudo,
 Del Corán el baluarte.
 —Ten piedad de mí...—¡Alma mía!
 —¡Nada en tí pueden mis ayes!...
 —Me haces mucho mal...—¡El alba!
 No puedo más...—¡Djida!...—¡Zaydel!
 Calló el eco; mas á poco
 Suena un adiós lacerante,
 Y entre las auras parece
 Fantástico deslizarse
 Un son misterioso y ténue
 A dos besos semejante.
 Y después llegó la aurora
 Por las puertas celestiales,
 A iluminar con sus rayos
 El parasismo en que yace
 La niña de faz de cielo,
 De quince años no cabales.

IV.

PACTO DE SANGRE.

En cámara silenciosa,

Do la pompa y la opulencia
 Del orgulloso magnate
 El lujo oriental desplegan,
 De arábigo candelabro
 A la luz amarillenta,
 Que entre los pliegues oscila
 De los tapices de seda,
 Y en los ricos artesones
 De la bóveda soberbia,
 (Del pavimento de mármol
 Espléndida diadema),
 Un hombre de faz tostada,
 Cuya grosera presencia
 Y el traje burdo que viste,
 Su estado servil revelan,
 Una y otra vez repasa
 Denso monton de monedas.
 Y los ojos penetrantes
 Clava en su rostro de hiena
 Fakir, que del siervo en frente
 Con molicie se recuesta
 En un morisco divan
 De alcatifas arabescas.
 —¿Y bien? le dice el esclavo
 Con imperiosa manera,
 Luego que guardando el oro
 Hubo acabado su cuenta;
 ¿Qué suma?—Ochenta piastras.
 —Ese es su precio.—Mi oferta
 Cumpliros leal prometo
 Por interés y obediencia;
 Y yo jamás juro en balde
 En cuestiones como esta;
 Además que sois mi dueño...
 —Dado término á la empresa,
 La libertad y otra suma

Igual, quizá mayor que esa,
 Serán tu premio. Ya sabes:
 Si se salva de la guerra,
 Donde hago que el califa
 Le envíe á una muerte cierta,
 Si no cae en las batallas,
 Entonces...—Ya estoy.—Cautela
 Y decision.—La divisa
 Que honra mi puñal es esa.
 Hechos muy mas arriesgados
 Por vos...—Sí, mas oye y tiembla:
 Si me vendes, eres muerto.
 —Disponed de mi cabeza.
 —Esclavo, Alláh te dé aliento.
 Mia ha de ser Djida.—Vuestra.

CAPITULO II.

CALATAÑAZOR.

Allá entre las breñas de rústicos montes,
Velada entre bosques de oscuro verdor,
Perdida en las nieblas de sus horizontes,
Cual nido en las rocas que cuelga el azor,
Descuella una pobre, decrepita villa,
De negras murallas con ancho liston,
Y en ellas soberbio de Dios y Castilla
Clavado en la almena tremola el pendon.

Inmenso castillo de bárbara traza,
De un cerro en la punta, domina el confin,
Cual torbo gigante de pétrea coraza
Que guarda la herencia de Nuño y Lain.

Le sirven de planta titánicos riscos,
Inmensos abismos circundan su pié,
Do siempre miraron los tercios moriscos
Con rábia estrellarse su bárbara fé.

¡Venid!... Es de noche. La trocha molesta
Del cerro emprendamos, do asienta el lugar.
¡Así!... ya ganamos la rústica cresta,
Y en pos del castillo el alto almenar.

Posad... y esperemos. ¿No veis entre tanto

Antorchas errantes al lejos vagar,
Y hogueras que tiñen de púrpura en manto
La sombra pesada del vasto pinar?

No oís por los campos erran'es sonidos,
Rumores variados de crudo dison,
Que traen en periodos los vientos perdidos
Y absorben los ecos del roto peñon?

Y aquí á nuestra planta, ¿no oís en los muros
Metálicos pasos, que vienen y van,
Y en sus callejones, cruzándose oscuros,
Las gentes del pueblo con tétrico afan?

Del sueño en las horas, ¿por qué el pueblo vela,
Por qué armas y pasos resuenan aquí?
¡Oh! ya en los collados la aureola riela...
Y el sol su frente orla, cual ígneo rubí.

¡Tended ya los ojos!... Por esos oteros
Sus alas de hierro mirad estender
A huestes inmensas de audaces guerreros,
Que un reto aceptaron poder á poder.

La luz reverbera en lanzas y almetes,
Cual chispas que surgen de fuego en un mar;
Y mecen al aura los ricos ginetes
Penachos y flamas de arnés militar.

¡Allí está Castilla!... Sus tercios potentes
De adusto talante y audáz corazon
Murallas de acero figuran vivientes,
O eléctrico rio de inquieto aluvion.

El conde don Sancho, que ufano cabalga
Un potro morecillo, de arábigo sér,
Sus líneas recorre con cáfila hidalga...
Y vítores altos resuenan do quier.

Navarra á la diestra, con sus montañeses
Que al yugo no dieron jamás la cerviz,
Y allá, en sus breñales con rústicas reses
Aprenden invictos á ser en la lid.

Su rey no les rige: mas brilla en sus huestes

La insigne bandera del férreo eslabon;
 Y agitan sus lanzas con bríos agrestes,
 Y entonan terribles, sangrienta canción.

En medio del llano las recias mesnadas
 De Alfonso el Monarca, mirad, Leonés;
 Allí las banderas se adunan moradas
 De Ordoño y Pelayo al rojo pavés.

¡Su causa es sublime!... Justicia y venganza
 Respiran los pechos al par de su rey,
 Escritas llevando con sangre en sus lanzas
 La trágica ofensa de Dios y la ley.

Y ardiente la patria demándale fuerte
 Del cerco de antaño tremenda expiación;
 Y todos juraron á vida y á muerte
 Con sangre la sangre lavar de Leon.

¡Quizá sea un sueño!... De inmensa morisma
 Enfrente contemplan el bélico aduar,
 Cual luces que brota fantástico un prisma,
 Cual gotas que cierne colérico el mar.

Y en móviles líneas se agitan y tienden,
 Cual sierpes inquietas de mórbida piel;
 Metálicos brillos los ámbitos hienden,
 Al son de las trompas relincha el corcel.

Nevados turbantes con áureas garzotas,
 Y tocas de Túnez, color carmesí,
 Bordados caftanes y ricas marlotas,
 De cándidos linos y seda turquí.

Y al viento tendidos se ven tafetanes,
 Que esmaltan las lunas del hijo de Agar,
 Y corvas cuchillas, también yataganes,
 Con piedras cuajados, del rico Senaar.

Con vivos cambiantes en sus capellares
 Se mezcla las tintas del gayo alquicel,
 Vistosos luciendo de Alepo almaizares
 De *Elvira* la régia, bizarro el Gomel.

Los brutos del Bétis, del sol y del viento

Engendros ardientes, agitan su crid,
Y ostentan ufanos gentil paramento,
Y al eco pían del rudo clarín.

Allí están los hijos de Zara y de Libia,
Del Cairo y Damasco los hijos allí,
Que beben del Nilo la sacra onda tibia,
Y moran las tiendas errantes de Alí.

Tambien del Desierto las ondas sedientas,
Del Líbano y Atlas el fiero pastor,
Pintadas las pieles con manchas sangrientas,
Y el rostro curtido de oscuro color.

Inundan los llanos y ocultan los cerros
Movibles montañas de hierro y carmín,
Y en ellos se aprestan los réprobos perros
Del dogma de Cristo al trágico fin.

Y el campo una alfombra de lejos parece
Con orlas inmensas de plata y azul,
Do un bosque de plata pausado se mece,
Cual nao en las aguas, que dora Stambúl.

Y un golfo con ondas de llama semeja
Un cielo sembrado con trozos de un sol;
Vergel encantado, que móvil refleja
Colores sin cuento de alegre arrebol.

¡Qué rudo contraste!... Al frente de tanta
Profusa opulencia del torpe Muzlin,
Que solo los ojos y el ánimo encanta
Cual suele de Armida soñado el jardín;

Cubiertos de mallas y de áridos cueros
Caballo y ginete, pechero y señor,
Sombrió el talante, sencillos y austeros,
Cual pobres, muy ricos en honra y valor,

De Oviedo y de Búrgos, de Portu y Navarra
Los buenos vasallos esperan la lid...
¡Ya el bronce iracundo los aires desgarrá!...
¡Ya el grito de guerra retumba del Cid!...

Y al punto atabales y en pos añfiles

Atruenan los riscos con nota mortal,
 Y rugen las trompas con sonos viriles,
 Y exhala de muerte la voz el timball...

De lumbre un torrente eclipsa la aurora,
 Y súbito al campo convierte en volcán,
 Un trueno retumba que al viento devora,
 La tierra estremece de nuevo un titán.

Las haces cristianas se lanzan al moro
 De «España y Santiago» al grito común;
 Y el árabe, alzando las lunas de oro,
 Parece una tumba del negro Simoun.

«España y Santiago!...» repiten los ecos,
 Que suben ardientes al trono de Dios,
 Y grita los siervos de Gaza y Marruecos
 «Alláh y Mahoma!...» ¿No hay dos cual los dos!

Y corren y chocan, y lidian y hieren
 Llevados en alas de insano huracán;
 Cual héroes se inmolan, cual mártires mueren;
 Piedad no la piden, perdón no le dan.

Así el viento suele luchar con la tierra,
 Así el océano con la tempestad.
 ¿Del cielo y del ángel rebelde la guerra
 Renuévase horrenda quizá en esta edad?

¡Mas nada ya vemos!... Densísimo empañá
 De polvo el ambiente revuelto turbión;
 Y en sus vagos senos insignes hazañas
 Envuelve y oculta de tanto campeón.

Y vela del día la diáfana lumbre
 Con nubes flotantes de espeso cendal;
 Y montes dibuja de efímera cumbre,
 Y al viento se entregan en rauda espiral.

En lo hondo y sombrío del antro serviente
 Fugaces meteóros irradian no mas,
 Si el viento, rompiendo la nube insolente,
 Dá paso á los ojos un punto quizás.

Mas se oyen acerbos crugir los metales,

Las armas chocarse con tráfago atroz,
Coléricos gritos, quejidos letales;
En fin, de la guerra la bárbara voz.

¿De quién será el día?... Los rojos laureles
¿Qué sienes altivas habrán de ceñir!
¿De Córdoba acaso los mil capiteles?
¿Podrá otra victoria cantar el Emir?...

¡Ay! ¡Triste la España! ¡De Muza y Rodrigo
Los lúgubres días volvieron con él!
Mas no, ¡por Santiago! ¡mis bravos! ¡qué digo?!
Su santo sepulcro tendrá otro laurel.

Ya el sol en la tumba de frios cristales
Candente sumerge la plácida faz;
La noche sacude sus alas glaciales,
Y dura la lidia crudísima asaz.

¡Las sombras descenden de la alta montaña,
Se enluta el espacio de intenso capuz;
Los hierros alzados con hórrida saña
Caer no pudieron! Ha muerto la luz.

Y á poco se estinguen los trágicos ruidos,
Y luego se apaga postrero un rumor;
Los campos parecen en sombras perdidos
Sepulcros que vela la fé y el dolor.

II.

EL CAMPO DE LOS CRISTIANOS.

La blanca luna
En el cenit,
Cortando espacios
De oro y zafir,
Del campo mustio
Pinta el confin

Con melancólico
Vago matiz;
Rielando triste
Sobre el carmín,
Con que los prados
Manchó la lid.

¡Es la alta noche!...

No hay ruido aquí,
Pues todos duermen
Sin ver ni oír.

Rojas hogueras
Acá y allí,
Al viento dando
Su roja crin,
Guardan los reales

De todo ardid,
Armadas rondas
De grey no ruin
Lenta cruzando
La sombra gris,
El sueño velan
Del paladin.

Sus escarcelas
Se oyen crugir,
Y de sus cotas
En el perfil

De cuando en cuando

Suele imprimir

La inquieta llama
Su luz febril;
Que apenas nace,
Vuelve á morir,
Cual vagabundo,
Rando reptil.

¡Silencio y calma!...

¡No!... que el tapiz

EL ÚLTIMO BENI-OMEYA.

De airosa tienda
 Cruza sutil
 Un rumor sordo...
 ¡Cierto que sí!
 Ya es un gemido,
 Ya eco viril,
 Ya vagas frases...
 Voy pues á oír.
 Que de este cuento
 Acaso al fin
 Pueda la plática
 Bien conducir.
 «Buenos hidalgos,
 Yo estoy aquí;
 también pariente
 Soy de Lain,
 Cristiano viejo,
 Mas no adalid.
 Un bardo humilde
 Soy del país,
 Que contar quiero
 Lo que no ví.
 Vuestas mercedes
 Pueden decir;
 Pues yo templando
 Mi bandolin,
 Con las fianzas
 Que hayan de mí,
 Un cuento ansío
 Grato seguir
 De los amores
 De un buen zegrí
 Cen cierta niña,
 Como una hourí,
 Allá, en el claro
 Guadalquivir.»

Y así diciendo
 Y haciendo así,
 Con mano franca
 Tomo un cojin,
 Callo, y me siento
 Cual un visir.
 Y cuatro hidalgos
 Fijan en mí
 Sus nobles ojos,
 Y...—¡soy feliz!...
 Celebran mucho
 Mi humor gentil.
 Y prometiéndoles
 Por San Dionís,
 No poner nada
 De mi magin,
 Su parla siguen;
 Mirad y oid.

III.

LA TIENDA DE DON BERNAL.

Es una espaciosatienda
 Del campamento cristiano
 De una tea iluminada
 Por el resplandor escaso.
 Pendientes de los tapices
 Lanzas, broqueles y cascos,
 Y aquí y acullá esparcidos
 Sobre aquel rústico estrado
 Paramentos de gamuza
 Junto á bélicos tabardos,

Entre picas, partesanas
Y trofeos sanguinarios;
Parece aquel aposento
Con su tétrico aparato,
De la guerra y de la muerte
El fatídico palacio.
;De la muerte!... Quizá es cierto...
Que allá, escondido en un ángulo,
Destácase en la penumbra
De la luz al tibio rayo
Un lecho de marcial traza,
Que bajo sus pliegues anchos
Cobija á un triste guerrero
Exangüe y desfigurado.
Cárdena está su mejilla,
Pálido y glacial el lábio,
Túrbia la luz de sus ojos...
Es casi su cuerpo un mármol.

El viejo Ruy-Clavijo
Con solícito cuidado
A su cabecera vela...
Y quizá el guerrero cano
Por vez primera en su vida
Siente al corazón honrado,
A la vista de la muerte,
Blandear compasivo un tanto.
Mas Ruy es un escudero
De la lealtad dechado,
Y allí estará aunque importára
A Belcebut estorbarlo;
Su señor lo quiere... fia
El huesped á su fiel trato,
Y para quien buen pan come,
No hay mejor ley que el buen amo.
Silenciosa pues la tienda
Queda en pos un largo rato,

El doliente yace inmóvil,
 Clavijo quizá está orando.
 Sentados y pensativos
 En torno á un tronco de árbol,
 Que de aparador campestre,
 Sostenido en dos peñascos,
 Para su yantar nocturno
 Les sirvió á nuestros hidalgos,
 Están en aquella guisa
 Del romance castellano:
 «*Por camas las duras peñas;
 La velada por descanso.*»

Don Bernal, el viejo conde,
 Dejando el sitial al cabo,
 Dirijese al triste lecho
 Con lentos y sordos pasos;
 Contempla al guerrero inerte,
 Tómale la diestra mano,
 Y de sus arterias busca
 El latido asáz opaco.

Con grave talante observa
 A su huésped mal parado,
 Y acaso surge en su mente
 Un presentimiento trágico.

Con religioso silencio
 Corada y Ponce á su lado
 Miran, observan y esperan
 Los afanes del anciano.
 Y cuándo tornando mústio
 A su escabel, quieren ambos
 Preguntar, el noble conde
 Asiéntase, murmurando:
 —¡Infeliz... cuánto padece!
 ¡Dios sea con él!

PONCE.

¿Qué, acaso?...!

EL CONDE.

Su vida toca al ocaso.
¡Tal desdicha me enternece!

PONCE.

Cierto es. ¡Tan joven morir;
Espirar cuando la vida
Seductora nos convida
Con inmenso porvenir!
Cuando por senda de flores,
Bajo el sol de la esperanza,
Nuestra existencia se lanza
Tras sueños encantadores;
Cuando es el mundo un Eden,
Y en el corazón ardiente
La dulce ilusión se siente,
Y se cree en todo bien;
Y el alma, sin una nube
Que empañe su albo cristal
Hacia la dicha ideal
En sus propias alas sube...
Triste es, tristísimo asáz
La esperanza hacer pedazos;
Romper los mágicos lazos,
Y morir!...

EL CONDE.

¡Cruel verdad!

PONCE.

Eso es tocar el dintel
Del ansiado paraíso,
Y hundirse el pie de improviso,
Y caer... ¡oh!... sí, es cruel.

PEÑA-CORADA.

¡Lástima de mocedad
Tronchada en flor!...

EL CONDE.

¡Los impíos!

Huyeron de mí y los míos!...

PONCE.

Cobarde y torpe maldad!

PEÑA-CORADA.

¡Moros al fin!...

PONCE.

¡Cómo fué,

Conde, ese sangriento caso?

EL CONDE.

Ya lo sabreis. Un acaso..

PONCE.

Mas ¿misterioso?

EL CONDE.

Sí, á fé.

PONCE.

Pues que estamos de velada,

Y está lejana la aurora,

Divirtamos una hora

De la noche mal pasada

Con el cuento de ese azar;

Y cual buen protagonista

Sed] además fiel cronista

De esa aventura sin par;

Pues vuestro ingenio sencillo

Y vuestro lábio severo,

Que nos han de dar infiero

Grande soláz al oílo.

EL CONDE.

¡Paso, Ponce! Vais así

A la lisonja derecho..

Y ¡pardiez!... que no se ha hecho

Para vos ni para mí!

PONCE.

¡Por San Millán!... eso y mas

Os mereceis!

EL CONDE.

Dad de mano.

PONCE.

Sea: pero hablad.

EL CONDE.

En vano

Vuestro ruego no es jamás.

IV.

BIZARRIAS.

Tornaba yo al campamento
 De seguir con cien ginetes
 Una banda de cenetes,
 Que huian de un fin sangriento.
 Erase la mústia hora,
 En que reina esa luz fria,
 Ni bien noche ni bien dia,
 Ni crepúsculo ni aurora;
 Cuando al tomar la vereda,
 Que cruza esos montes canos,
 Oimos gritos cercanos
 Salir trás de una arboleda.
 «¡Traidores! (con frenesí
 Clamaba una voz de saña,
 En lengua ajena de España,)
 ¡Traidores!... ¡tantos á mí!...»
 Y aunque aquel clamor tan fiero
 Era acento musulman,
 Voz era tambien de afán...
 Y la oia un caballero.
 Puse espuela á mi caballo,
 Y del cuitado al soçorro,

Al través del bosque corro...
 ¡Qué es lo que á mis ojos hallo!...
 Moros del África son,
 Que en contienda desigual
 Blanden el hierro mortal
 Contra un árabe garzon.
 Le acosan, cual la trahilla,
 Al ciervo en la red cojido...
 Blande uno kandjiar buido,
 Otro esgrime una cuchilla.
 Sobre rápidos corceles
 En torno del triste giran,
 Y los alfanjes suspiran,
 Y flotan los alquiceles.
 Y ciernen las cuchilladas
 Sobre el mozo sin piedad,
 Cual gotas la tempestad
 En las rocas desoladas.
 Y en tanto que alguno amaga
 De frente un tajo sañudo,
 Otro á su flanco desnudo
 Y otro á su espalda divaga.
 Y todos con férreos brazos
 Y con ansias homicidas,
 Arrancar por cien heridas
 Intentan su alma en pedazos.
 El doncel bravo no obstante
 Con ímpetus temerarios
 Hace frente á los sicarios,
 Cual roca á la mar pujante;
 Y la corva cimitarra
 Blande á su vez sin desmayo,
 Y es en su hábil diestra un rayo,
 Que cuanto encuentra desgarrá.
 Gira el revuelto bridon
 Do quiera con brio raro,

Y vender quiere muy caro
Su esforzado corazon.
Y ante cada yatagan
Siempre está su fuerte acero,
Como el roble audaz y entero
Ante impetuoso huracan.
A un tajo vuelve un mandoble,
Para y hiere, ataca y ceja,
Y cual fúlgida madeja
Los sables chocar se ven;
O como un haz palpitante
De metálicas serpientes
Con lazadas estridentes
De fosfóricos cambiantes;
Y uno de los seydes viles
Ya la traicion fementida
Pagó con la infame vida
A sus golpes varoniles.
Pero tambien de las venas
Del bizarro paladin
Fluye líquido carmin
Y enrojece las arenas.
Y viendo aquellos traidores
Que á estorbar su horrible hazaña
Llégase gente de España
En corceles voladores,
Caen, bramando de furor,
Sobre el héroe de consuno,
Y el bridon le mata el uno,
Con semblante de traidor.
Mas no en balde; que un revés
Del bravo, tremendo y breve,
Partiendo el cuello á el alevé,
Le tiende muerto á sus pies.
Tal fué, que al dar el corcel
En tierra el postrer singulto,

Del moro el hórrido bulto
Caía al par junto á él.
Mas ¡ay!... que mientras así
De un malsín toma venganza
La punta el pecho le alcanza
Del yatagan marroquí,
Cae en tierra... en ancha cinta
Su sangre del vaso escapa,
Y el jaique bordado empapa
Y el florido campo pinta.
¡Sí, todo acabó!.. El puñal
Blandiendo torvo un beduino
A él arrójase, ¡asesino!...
Como á su presa el chacal.
Ya está cerca... y el valiente,
Con esfuerzo sobrehumano,
Venciendo al dolor tirano,
Salta en pié y cierra de frente.
Y sobre el inerte petro
Al fin puesta una rodilla,
Esgrimiendo la cuchilla
Hiere al uno y para al otro.
Ya no puede el triste mas...
Si pasa un solo momento,
Tanto, tan inclito aliento,
Perdido sea quizás.
Que los bárbaros sayones,
Ebrios de rábía y despecho,
Por la espalda y por el pecho
Le asaltan como leones.
¡Estréchanle!... el adalid
En torno un cerco de llama
Con su alfanje atroz derrama
En aquella última lid.
Des aceros á la par
Sobre él vibran, cual el rayo

En la tempestad de mayo
Sobre un náufrago en el mar.
Brilla el amago... arde el viento
En cintas de rauda lumbre,
Cual suele en la eterna cumbre
De la nube el rojo aliento.
Es el postrer lance... ¡ah!...
La catástrofe postrema;
La hora de la lid suprema;
Un golpe, y no hay mas allá.
El vá á morir... con horror
De allí apartad la mirada,
¡No!... que suya es la jornada:
Salvo está el buen lidiador.
¡Vedle! casi aun de hinojos
Sobre el fúnebre teatro,
Cadáveres mira cuatro
De cólera y sangre rojos.
¡Absorto está!... su victoria
No comprende... acaso duda...
¿Si Alláh por dicha le escuda?
¿Será una ilusion de gloria?...
Lo vé... y no lo cree aun!...
¿Como así?... Porque él no sabe
De su salvacion la clave...
Que no es milagro ningun.
Él ignora que mi mane
Dando al viento agudo arpon,
Rompió el torpe corazon
De aquel pérfido africano;
Que al herirle por detrás,
Sintió al acerado filo
Roto de su vida el hilo,
Sin poder osar á mas.
Y libre del riesgo atroz,
Al moro, que cara á cara

Mortal golpe le dispara,
 Castigar pudo veloz.
 Y aunque exángüe ya su brazo,
 Y abrumado de fatiga,
 La gúmia troncha enemiga
 De su acero al raudo trazo.
 Y el arma cae desleal
 Con trémulo movimiento,
 En vuelo sanguinolento
 Entre lóbrego jaral.
 Lanza el moro un ¡ay! salvaje,
 Y saltando en su caballo,
 Batir le hace el duro callo
 Y se pierde en el ramaje.
 Y yo con mis escuderos
 Llego al árabe gallardo...
 Y atajo con mi tabardo
 De su sangre los regueros.
 Entonces que soy comprende
 A quien debe su salud...
 Y el fuego de gratitud
 Sus ojos tristes enciende.
 Quiere hablar... pero en su boca
 La palabra helada espira.
 Me estrecha al pecho... suspira,
 E inerte cae en la roca.

V.

LEYES DE CABALLERÍA.

Dando fin el noble conde
 De aventura tan bizarra

EL ÚLTIMO BENI-OMBYA

35

A la narracion ardiente,
 De su sitio se levanta.
 Todavía el eco frágil
 De sus sabrosas palabras,
 Entre las campestres lonas
 Divagando resonaba,
 Cuando en torno de los reales
 Súbita voz se levanta,
 Que rauda y creciente grita:
 «Gloria al Patron... viva España.»
 El grito es de los cristianos,
 De las guardias avanzadas,
 Que á el albor del nuevo dia
 Hacen belicosa salva,
 En la tienda al punto mismo
 Un escudero se lanza,
 Con el contento en el rostro
 Y el entusiasmo en el alma,
 ¡Victoria, dice, buen conde,
 Victoria por nuestras armas!...
 Y el conde sin inmutarse,
 Dando al cielo una mirada,
 Clamó, de hinojos cayendo:
 «¡Gloria al Dios de las batallas!»
 ¡Gloria á Dios y al rey!... repiten
 Todos allí... y una lágrima
 Surca los curtidos rostros,
 Y todos despues se abrazan.

Este patético cuadro
 Túrbase con la llegada
 De un oficial de la corte,
 Camarero del monarca.
 «Salud, el conde; su alteza
 Os la envia en mi palabra:
 Los moros huyen; por nuestra
 Quedan al fin la jornada;

Pues á favor de las sombras,
 Y al pavor debiendo alas,
 Sus cuarteles han dejado
 Con fugaz y astuta planta,
 Por los valles y los montes
 Van sus huestes aventadas;
 Cual manadas de venados
 Mal heridos en la caza,
 El rey os ordena, conde,
 Que junteis vuestras mesnadas,
 Y salgais tras esos canes,
 Con ballestas y con lanzas.»
 —¡Hola!—don Bernal prorumpe,
 Abrochando la coraza:
 —¡Aquí, los mis caballeros,
 Y las gentes de mi casa!
 ¡A mí, pues, los mis vasallos;
 A mí, Nuño; á mí, Corada;
 Y trescientos corredores,
 Y otros tantos hombres de armas!
 Y saliendo de la tienda
 Con su bandera en el asta,
 Y entre el animado estruendo
 De mosquetes y espingardas,
 Al lecho vuelve los ojos
 Do el triste mozo descansa;
 Y comprendiendo á Clavijo,
 Que con los ojos le habla:
 —«Ruy, dice, tú y el moro
 A mi alquería mañana:
 Hidalgo y cristiano erés;
 Él infeliz, esto basta.»
 —¡Cómo, aquí un moro!... murmuran
 Algunos de la compañía;
 Pero el conde, asáz severo,
 Tales razones les habla:

—«Un moro. Cual enemigos
En la lid les há mi espada:
Como hermanos les contempla
En la desdicha mi casa.
¡Esta es la ley de los buenos,
La hidalguía castellana,
El deber de los cristianos,
Y la antigua prez de España!»
Dice: y en tanto que todos
Le aplauden, loan y aclaman,
Pone el conde al potro espuelas
Y se pierde en la campaña.

CAPITULO III.

I.

LA SOMBRA DE ALMANZOR.

Todo es lamentos y cuitas
En las orillas del Bétis,
Tan tristes hoy y apenadas
Como ayer gratas y alegres.
Pálidos y mústios rostros
Muestran do quiera las gentes,
Suspiros lanzan los lábios,
Lágrimas los ojos vierten.
De pavor huyen henchidos
Unos de otros los vivientes,
Cual si á Córdoba amagára
La guerra; el fuego ú la muerte.
Cesaron las ledas zambras
Y los alardes ecuestres;
Ni á torés se clavan hierros,
Ni rompen cañas ginetes.
Enmudecieron las trovas
Dulcísimas y corteses,
Ahogaron sus melodías
Los arábigos rabeles.

Ni justan bravos los hombres,
Ni hablan de amor las mujeres,
Ni tienen celos las niñas,
Ni envidia las viejas tienen.

En las mezquitas los unos
Inclínanse asáz dolientes,
Los otros con los derviches
Astros y horóscopos léen.

Cual de partida se abrazan
Los amigos y parientes,
Llenos de dolor los bravos,
Yertos de terror los débiles.

¿Qué, pues, en Córdoba pasa?
¿Qué de siniestro acontece
En la córte encantadora
Del califa de Occidente?

¿Qué pasa?... ¡Tremendo caso,
Azar temeroso y fuerte,
Qué pone al ánimo grima,
Y al corazón estremece!...

Por las riberas del río,
Que murmura tristemente,
Una aparición divaga
Lúgubre, fatal, solemne.

Se forma en el sér del viento,
La tierra su pié no hiere,
De día es cárdena sombra,
Fuego de noche parece.

Su melancólico aspecto
Enturbia la luz riente,
Su aliento al céfiro mancha,
Las aguas á su voz hierven;

Los árboles caen sus frutas,
Marchítanse los claveles,
Mudas se quedan las aves,
Las piedras pártense inertes;

Los canes, huyendo ahullan
 En son opaco y doliente,
 Y hasta las fieras del bosque
 Su innata fiereza pierden.

Y en tanto de noche y día
 Vagando el aciago huésped,
 Con un acento punzante
 Cual la lengua de una sierpe:

«EN CALAT-AÑAZOR (canta,
 Cual trovador de la muerte,)
 ALMANZOR PERDIÓ EL TAMBOR!...
 ¡Ay del mísero creyente!»

Apenas en torno suenan
 De los muros cordobeses,
 Cual del Tártaro evocadas,
 Esas cláusulas crueles,

En pos del fantasma salen
 Batidores y ginetes:
 Pero á su voz se horripilan,
 Y llenos de pavor vuelven.

Al fin, ordena el califa
 Hixen, el ocioso y débil,
 Que muerto ú vivo, le traigan
 Al pastor sus Bereberes.

Porque es de saber, que en forma
 De pobre zagal imberbe,
 Segun la crónica añeja,
 El fantasma se aparece.

Pero ni flechas le alcanzan,
 Ni los alfanjes le ofenden,
 Ni manos tocarle logran,
 Ni brios vencerle pueden.

Pues, cual espiral de humo,
 Móvil, vaporosa y feble,
 Que se la vé ante los ojos,
 Y al tocarla no parece;

Así el pastorcillo, en medio
 De soldados y corceles,
 Como el humo se desliza,
 Cual niebla se escapa ténue.

Y diz, que de cuando en cuando
 Dar una mirada suele,
 Que deja ciegos los hombres
 Y yertos los palafrenes.

Y en tanto, orillas del río,
 Que murmura tristemente,
 Tornando al cantar punzante,
 Como el arpon de la sierpe:

«¡EN CALAT-AÑAZOR (canta
 En trova de llanto y muerte)

ALMANZOR PERDIÓ EL TAMBOR,
 para siempre, para siempre!»

II.

LA CORTE DEL CALIFA.

Ha muerto Almanzor el grande,
 El guerrero, el victorioso,
 De dolor y de vergüenza,
 Al verse vencido y roto.

En Calat-Añazor queda
 Escrito en sangriento polvo
 De su estrella deslumbrante
 El eclipse pavoroso.

Y en Metymua-Sélim yace
 Convertido en frío tronco
 Entre el limo de las lides
 Del Islam el brazo heróico.

¡Ha muerto Almanzor!... El grito
De aquel sér, de aquel asombro,
Paster en las apariencias,
Y en realidad sombra ó mónstruo,
Fué una adivinanza horrible,
Asáz cierto testimonio
De catástrofe tan fiera
Para el Agareno empório.

Y los de Córdoba plañen,
Y lanzan ayes sonoros,
Que repiten por las vegas
Ecos tristes y medrosos.

¡Bien os doleis los creyentes,
Bien podeis llorar los moros,
Que la tempestad arrecia
Y el bajel perdió el piloto!

¡Ya lo veis!.. Bandos y azares
La córte de Hixen es solo,
Una vez deshecho el lazo,
Que unia en su gloria á todos.

En el serrallo el califa
Sumido en placer y en ócio,
A merced de sus esclavas,
Se olvida hasta de sí propio.

Víctima de favoritos
Y ludíbrío de ambiciosos,
Ni ve, ni piensa, ni siente...

¡Qué degradacion, qué oprobio!
Teneis un rey sin reinado,
Una sombra ocupa el sólio,
Pues tiene el monarca el nombre,
Y el mando, en realidad, otro.

¿Qué ha de suceder, creyentes?
¿Qué ha de suceder, los moros?
¡Ay!... ¡Rota fué la columna,
Y en el aire oscila el sólio!

EL ÚLTIMO BENI-OMEYA.

¡Ha muerto Almanzor!... Él era
Del califato el tesoro,
De Hixen el alma y el brazo,
La salud, en fin, de todos.

Cayó en la lidia... y entonces
Los rivales envidiosos
De la estirpe *Beni-Omeya*
En rencor estallan y odio.

Y surgen parcialidades,
Y nacen desiguos torvos,
Y Córdoba régia hierva
En conjuros y trastornos.

Quieren unos que el serrallo
A Hixen proporcione un tósigo
Y llevar *los Abasides*
Del poder supremo al colmo;

Otros, de ambicion ardiendo,
La monarquía hacer trozos,
Y arrebatár cada uno
Su presa en aquel espólio.

Y todo es cábala y crimen,
Temor, malandanza y dolo;
Su faz la discordia asoma,
Y de guerra atiza el soplo.

Y en la tempestad deshecha,
Cuyo trueno ruge sordo,
Por la fiel *Metymua* tiemblan
Los prudentes y los doctos.

Pues sin timón y sin brújula
En su barco ciego, impróvido,
Los califas de Occidente
Cerca están de un mar sin fondo.

Y en el mar vacío el sollo

III.

MISTERIOS ORIENTALES.

Fakir, el hijo de Libia,
 Con sus entrañas de risco,
 De los fieros Abasides
 En Córdoba es el caudillo.

Hombre de atroces recursos,
 Con entrañas de bandido,
 Insensato en la victoria,
 Indomable en el peligro.

En su ambicion desmedida
 Satán no le iguala mismo,
 Para él no hay mala senda
 Si al fin vá de su camino.

Amado de la sultana
 Con volcánico delirio,
 La hace pasivo instrumento
 De sus insanos designios.

Él en verdad con su alma
 No responde á tal cariño,
 Que Djida la ocupa toda
 Y lugar no hay para otro ídolo.

Mas la sultana domina
 Con su irresistible hechizo
 De Hixen el alma doliente,
 Y á sus pies le vé cautivo.

Y Fakir la vende astuto
 En placeres clandestinos
 De pasion ardiente y honda
 Vínculos asáz mentidos.

Y en este arriesgado juego
 De torpezas y artificios,

Si á Hixen tiraniza Zulma,
Zulma es de Fakir ludibrio.

Mas Fakir manda el Estado,
Y á su bárbaro capricho
Córdoba no sabe á veces
Si esta el sultan muerto ó vivo.

¡Solo Almanzor fuera un tiempo
De este alevé favorito
Valladar incontrastable!...
Ya no osa nadie al inicuo.

Pues Zayde, del héroe Omeya
Deudo cercano y carísimo,
Se partió á la guerra santa...
Y la pátria llora un hijo.

Fakir, pues, omnipotente
En medio de sus amigos,
Se apresta á escalar del sólio
Los alcázares altivos.

Ciego con grandeza tanta
En su arrogante dominio,
Siente mas y mas la llaga
Del corazon dolorido.

Djida su fé ha desairado
Por Zayde: mas Zayde al filo
Cayó de comprados hierros
En alevé sacrificio.

¡Ya no hay rival á quien tema!...
Lo escuchó con regocijo
De los lábios de un esclavo
Maltratado y fugitivo.

Djida ha de ser suya; en ello
Cifra el impetuoso libio
No ya las ánsias ardientes
De sus amantes martirios,

Si que tambien imagina
Con el suspirado vínculo

Atraer á su bandera
 Y arrastrar en pos consigo
 A Yacub, padre de Djida,
 De ingenio y fortuna rico,
 Con parcialidad muy fuerte,
 Con sobrada fama y brio.

Entre pensamientos tales
 Absorto Fakir continuo,
 A los llantos de su patria
 Apenas presta el oido;

Y mientras repite el Bétis
 Del fantasma el ¡ay! impío,
 Y en tanto que el viento llenan
 De Córdoba los suspiros,

Y que afilan las facciones
 En la sombra los cuchillos,
 Y el Califato vacila
 Suspendido en un abismo...

Fakir á Zulma la vende,
 Conspira con sus amigos,
 Es el señor del Imperio,
 De Hixen el verdugo inicuo;
 Y delirando por Djida,
 Y del sòlio en pos del brillo,
 A su corazon no llegan
 De la patria los gemidos.

Pues Fakir es un alarbe
 Que tiene entrañas de risco,
 Y para él no hay medio malo,
 Porque al fin «todo está escrito.»

IV.

DOLENCIAS DEL CORAZON.

Pálida, doliente y débil

EL ÚLTIMO BENI-OMEYA.

47

Está la cándida Djida,
 Túrbia la luz de sus ojos,
 Sin carmin en las mejillas;
 En las soledades llora,
 Ante las gentes suspira.
 Misteriosas emociones
 Su corazón martirizan;
 Vibra su espíritu ardiente
 Como arpa del viento herida;
 Un ¡ay!... la turba el sentido,
 Una canción la aniquila.

En vano sábios doctores
 Cabe su lecho vigilan,
 Y de su arte oscuro en vano
 Los tesoros la prodigan.
 Cual una flor que á la aurora
 Dió la primera sonrisa,
 Y que al caer de la tarde
 Sobre su tallo se inclina,
 Sin matices, ni perfumes,
 Pura, inocente, marchita,
 Porque un gusano implacable
 Mordió su corola limpia,
 Una por una soltando
 Las hojas descoloridas,
 De su beldad pobres restos,
 Bellas memorias de un día;
 Así de un mal misterioso
 Presa la cándida niña,
 Enloquece á los doctores,
 A la ciencia esteriliza,
 Y consume poco á poco
 Al son del llanto su vida.

Nadie lo que tiene sabe,
 Todos ignoran su cuita,
 ¡Y todos callan!... Tan solo

Ella con calma dulcísima
 Lleva al corazón la mano,
 Y dice—¡aquí está!...—y suspira.
 Otras veces en vago éxtasis
 Absorta su fantasía,
 Deja escapar de su pecho
 Palabras de voz suavísima,
 Y sones que el alma hieren,
 Y ayes que el corazón vibra.
 Hay momentos que en el éter
 Sus ojos célicos fija,
 Y dibujando en sus labios
 Ténue y doliente sonrisa,
 Parece que intenta en alas
 Volar de la fantasía
 Hacia una visión suprema,
 Que el Eden claro la brinda.

Y entretanto que sus deudos
 Cabe su lecho suspiran,
 Que enloquece á los doctores
 Y que nadie dá en su cuita,
 La luz de aquella existencia,
 Cual santa antorcha tranquila,
 Al compás de sus dolores
 Se estingue dia por dia,
 Cual flor abierta á la aurora,
 Y al caer el sol marchita.

¿Por qué así?... ¿Quién á la hermosa
 Causó la incógnita herida?...
 ¡Ay! murió el bueno de Zayde
 (Segun la voz lo publica
 De sus llorosos guerreros,
 En los campos de Castilla);
 Y sin Zayde, ya no puede
 Vivir la cándida Djida.

CAPITULO IV.

I.

LA ALQUERÍA DE QUIRÓS.

Es un estenso valle
Cerrado por altísimas montañas,
Do agitan su aromático ventalle
Fuertes y esbeltos pinos,
Que á las nubes vecinos,
Como ligeras cañas
Perfilanse en la cresta
De la ladera rápida y enhiesta;
Y donde centenarios los nogales
Se alzan entre espesísimas higueras,
Columpiando su sombra en las praderas,
Bordadas por corrientes,
Que en sonoros torrentes
Se arrojan de los ágricos peñascales,
Y lanzan á las fieras
De la oscura mansion de los jarales.
Es un pais de opacas espesuras
Y agrestes soledades,
Que la huella de humanas criaturas

Parece no ha sentido,
 Cual si fuesen fatídicas clausuras
 De ignoradas maldades,
 O el antro del silencio y del olvido.
 Aquí, pues, á la vista
 No se ofrecen veredas ni senderos,
 Para seguir la turba cazadora
 De aguerridos monteros
 La fugitiva pista
 Del jabalí cerdoso,
 Y á los gamos ligeros
 Al crudo son de trompa atronadora,
 Y al latir de los canes tras el oso.
 En aqueste ignorado laberinto
 De imponente, selvática belleza,
 Que ostenta todavía
 De la naturaleza
 El primitivo instinto
 En toda su grandeza
 Majestuosa, magnífica y bravía,
 Cual el dedo de Dios la pintó un día;
 Se destaca una rústica morada
 Al pié de la colina,
 Que casi confundida en la enramada,
 Sobre la verde falda se reclina,
 Cual paloma en su nido descuidada.
 Circuida de una yalla de castaños,
 Plantados por la mano de los años,
 Cuyas formas severas
 Los pintorescos y flexibles brazos
 De las enredaderas
 Visten con red de esflorecientes lazos;
 Envuelta entre agitados cortinajes
 De transparentes tintas,
 Que fabrican aéreos los ramajes
 Con randas frescas y vistosas cintas,

EL ÚLTIMO BENI-OMEYA.

51

Y que trazan bizarras,
 A los olmos trepando, activas parras;
 Y perdida en un soto
 De variado y fecundo panorama,
 Donde escondido entre la verde rama
 Del silvestre rosál y madre selva,
 La paz celebra de su amor ignoto
 El canoro monarca de la selva,
 Dando con sus armónicos raudales
 A los céfiros lengua y los cristales,
 Parece una mansión de dicha y calma,
 Que tras los ojos lleva absorta el alma,
 ¡Ay!... Es una ilusión. Bajo aquel techo
 Tranquilo y solitario
 Tiene albergue el dolor en más de un pecho;
 Y allí corre la vida,
 Cual esperanza en flor, desvanecida.

Allí mora un anciano,
 Más del pesar que de los años cano,
 Que debió á la fortuna
 Ver la primera luz del firmamento
 En espléndida cuna,
 Bajo artesón de nácar opulento.
 Cristiano y excelente caballero,
 Con preclaro blason y sangre pura,
 Vistió el traje de acero,
 Y por su fé y su rey y por su fuero
 En la pelea dura
 Ganó para su frente
 El lauro inmarcesible del valiente.

Del monarca estimado,
 Allá en la córte de Leon vivía
 En delicioso y envidiable estado:
 Mas sobrevino un día
 En que le plugo al hado,
 —¡Nécio el que en su favor versátil fia!—

Oscurecer su estrella,
 Y con mudanza ruda,
 De bienhechora y bella
 Trocarla en ciega, inexorable y cruda,
 De entonces ; qué de llanto,
 Cuánto de mal y de martirio cuánto!

Pero él mismo—; mirad!—por los umbrales
 De su albergue modesto

Ora se deja ver... ; Torvas señales
 Dejó en su frente el padecer funesto!
 En pos de él sale y á su par camina
 Un mancebo!... ; gallardo
 Sin duda fué!... mas hoy la macilenta
 Y dolorida faz, el paso tardo
 Su fresca juventud muestran en ruina.

Bajo la copa de un nogal se sienta
 El pensativo viejo,
 Y por cojin al jóven presentando
 Su tabardo de lana,
 Guarnecido con piel de rubio tejo,
 Posa este junto á él; y en ocio blando
 Mientras consume el sol su luz de grana,
 Quedan los dos, sus cuitas platicando.

II.

QUINCE AÑOS ATRAS.

—Os lo prometí, es verdad,
 Decía el tétrico anciano,
 Vencisteis mi voluntad;
 Y como nunca hablo en vano,
 —Pues lo quereis—escuchad:

—Si acaso vuestro dolor,

Repuso el jóven, se aumenta,

Renuncio á tanto favor.

—No lo hayais, por Dios, en cuenta,

Que no me falta el valor.

Y despues de un instante

De profundo silencio, en que el anciano

Reconcentrar sus fuerzas parecia,

De su alma palpitante

Exhalando un suspiro de agonía,

Llevó á su corazon la fuerte mano,

Y luego al lábio dando su sigilo,

De su historia cruel toma así el hilo:

—¡Hace quince años!... Yo era

Feliz cual ningun mortal;

Tranquila, libre y sin mal,

Mi existencia placentera

no tuvo en el mundo igual.

Sangre ilustre y rico haber

Debí al solar de mi casa,

Y á mi gente gran valer,

Y á la fortuna sin tasa

Gloria, ventura y poder.

Fiel á mis reyes servi

Con mi brazo y corazon,

Sin acordarme de mí;

Y el sostén del sólio fui

En el reino de Leon.

Cuanto audaz el hombre abarea

Tuve bajo mi albedrío;

Y con tanto poderío,

Y la gracia del monarca,

Decir pude: «el reino es mio.»

Y yo en tributo leal

Mi ley rendíale honrada,

Mi consejo paternal,

Y mi vencedora espada,
Y mi sangre y mi caudal.

Tanto así en la mocedad,
Como luego en la vejez,
Sancho me dio su amistad,
Ordoño su autoridad,
Ramiro la mayor prez.

Perdí una esposa modelo
De cariño y de virtud:
Mas quiso piadoso el cielo
No dejar sin un consuelo
Mi aflijida juventud.

Prenda de encanto y dolor,
Que entre mis amantes brazos
Recibió aliento y calor,
Cual de la yedra en los lazos
Sola y olvidada flor.

Tan bella como la aurora,
Como el sol de mayo pura,
Era un ángel de hermosura!...
¡Ay!.. al ver lo que es ahora
Siento abrir mi sepultura.

La cándida faz de nieve
Con esmaltes de carmin,
Blanca envidia del jazmin,
Donde el blando aroma bebe
El céfiro del jardín.

Y los sus ojos divinos,
Cuyo destello no iguala
El diamante de Bengala,
Con los cambiantes que exhala
De sus senos cristalinos.

Y su cabello que pinta
En el feston ondulante
Del rico ébano la tinta,
De la luz en ancha cinta

EL ÚLTIMO BENI-OMEYA.

55

Reverberando el cambiante.

Y aquel lábio de coral,

Que avergüenza al rosicler

Y á la púrpura real,

Cual suele el botón primer

Que abre en temprano rosal.

Y la voz ¡ay!.. el acento

De eléctrica vibración,

Que, cual misterioso aliento,

Evapora el sentimiento

Y enloquece al corazón!..

¡La hermosa!.. En vínculo santo

A un doncel ilustre unida,

De amor bajo el tierno manto,

Disfrutar creyó una vida

De ilusión, solaz y encanto.

Madre fué... y madre dichosa

Con un bien del cielo raro!

La tierna y reciente rosa

Érase un trasunto claro

De la rama cariñosa.

Tan vivo, que del espejo

En la óptica leal

Nunca dibujó el cristal

Así de fiel el reflejo

De animado original.

Lo que el rayo es para el sol,

La lumbre para la estrella,

La ráfaga á la centella,

Para el día el arrebol,

Fué *Aurora* para *Luz* bella.

Y que acaso eran infiero

Las mitades de un lucero,

Del Empireo desprendidas,

Dos seres de un sér entero,

Un alma oculta en dos vidas.

Cual de tranquila corriente
 En el fondo transparente
 Queda la imagen impresa
 De la azucena inocente,
 Que, al son del viento, la besa.
 ¡La perdí!... Y todo se fué,
 Cual se ván los dulces sueños
 Del alma con ráudo pié!...
 ¿Do estais los dias risueños?...
 ¿Qué os habeis hecho, qué?...
 ¿Qué resta pues?... ¡Ah! Me asombra
 De mi suerte el trueque impío!...
 ¿Ya que me dejais, Dios mio?...
 Un recuerdo y una sombra...
 Y el mundo entero vacío!!!

III.

IMPRESIONES.

Por su emoción intensa subyugado,
 Y anudada la voz en la garganta,
 Dando al dolor, que su ánimo quebranta,
 Salida en un suspiro lastimero,
 Que resuena doliente por el prado,
 El añoso y sentido caballero
 En silencio cruel queda abismado,
 Su mústio compañero,
 Presa también de inquietas sensaciones,
 Sobre el perfil severo
 De su faz incolora
 Hondísima absorción revela... y llora.
 ¿Por qué también así? ¿Por qué entretanto
 Que escucha aquella quita,

Cuando el prócer le pinta en su quebranto
 La belleza filial, que fué su encanto,
 Y que ausente ó marchita
 Su solitaria edad colma de pena,
 Por qué febril se agita
 Y se tiñe en carmín su tez morena?
 El jóven taciturno
 ¿Qué en sus lábios ha oído,
 Que en impaciente turno
 Ya quiere hablar, ya escucha conmovido,
 Y ya la diestra oprime sobre el pecho,
 Cual si quisiere ahogar algun latido
 Del corazon, en su recinto estrecho?
 ¿Por qué ansioso y quizá desvanecido
 Combate algun oculto pensamiento,
 Alterado el aliento,
 En trémula inquietud fluctuando el alma,
 Y con afan creciente
 Del magnate buscando en el relato
 Un átomo de luz para su mente?

¿No habremos de saber, qué halló en la historia
 De aquellos luengos dias,
 Que sus melancolías
 Exalta así con fiebre transitoria,
 Y en su alma una tormenta
 Formando tenebrosa,
 Parece que le acosa
 Fantástica vision calenturienta?...

¡Misterio de dolor!... Su lábio mueve
 Para inquirir del noble coronista
 Alguna explicacion, un dato leve,
 Que mas claro á su vista
 Ponga el caos de dudas é ilusiones,
 Que siente allá en las íntimas regiones
 De su espíritu hervir. ¡Esfuerzo vano!..
 Pues superior haciéndose al gemido

Del padecer el generoso anciano,
 Su lábio hace cerrar y abrir su oído,
 Al viento dando el fin del negro arcano.

IV.

EL CERCO DE LEON.

Hace quince años, ceñía
 La corona de Leon
 El desdichado Bermudo,
 Mi buen rey y mi señor;
 Y vivia yo en su córte,
 Mientras la guerra feroz
 Treguas daba á la pelea
 Contra el moro lidiador.
 Agobiado de laureles,
 Ganados con honra y pró,
 El sosiego de mi casa,
 De mis deudos el amor,
 Mi existencia embellecian,
 Llenaban mi corazon.

 Mi *Luz*, mi cándida hija,
 Unida en nombre de Dios
 A un doncel de alta prosápia,
 Del reino acaso el mejor,
 Con sus amantes cuidados
 Y angélica condicion,
 Para mis cansados dias
 Tornaba la edad en flor.
 Y halagando su cariño
 El buen hijo, que me dió,

Mis gustos adivinaban
Émulos dulces los dos.
Y por colmo de ventura
En hora de bendicion
A mi amor dichosos dieron
Una prenda de su amor.

¡Cuánto bien!.. Pero dos veces

Vuelta apenas diera el sol
Del Zodiaco resplendente
Por el cóncavo liston,
Cuando el dia de las dichas
La tormenta del dolor
Apagó para nosotros
Con vaiven rudo y atroz.

Súbito las fieras trompas
Con mortífero dison
Desde el Bétis hasta el Esla
Llaman al campo de honor.
De la estraña Media Luna
Azota el viento el pendon,
Y en su torno se aglomeran
Las falanges de Almanzor.
Y este aborto de la guerra,
Este otro *azote de Dios*,
Por las tierras del cristiano,
Cual sulfúrea exhalacion,
Entrándose á fuego y sangre,
—¡Harto bien lo sabeis vos!—
Corre, avanza y pone cerco
A los muros de Leon.

Agrupados ante el sόlio,
De la cruz en derredor,
Los vasallos de Bermudo
Con la fé en el corazon
La cara al peligro dimos,
Como cu mple á hombres cual nos,

Brilló el acero; la tierra
Al estrépito tembló
De aquella tremenda lidia,
Sin miedo ni compasion.
La sangre inundó los campos;
Y en su purpúreo vapor
Teñido el manso Bernesga
Negó su reflejo al sol.
Y las candorosas ninfas,
Que el Torío encantador
Engendra en grutas de aljófar,
Y que del céfiro al son
Discurren por la montaña
Posando de flor en flor,
Dispersas al ronco estruendo
Del marcial diapason,
Fugitivas se guarecen
A su alcázar de candor,
Cual bandada de palomas
Que alzan el vuelo veloz
Crugir el arco sintiendo
Del cercano cazador.
La historia de aquellos días,
En que el esfuerzo español
Dió de sí tan cabal muestra,
No debo de hacerla yo,
Ni en esta ocasion conviene...
¡Digo harto, y discreto sois!
Diréos, sí, que al extremo
Llegando el combate atróz,
Casi los muros en tierra,
La ciudad llena de horror,
Muertos ó heridos sus hijos
Los unos de otros en pos,
Sin recurso ni esperanza,
Y en la postrera afliccion,

Llegó al asalto sangriento
El ufano sitiador,
Sobre dos anchos portillos
Abiertos en un merlon.
Mas allí ha sobrevenido
Desde el lecho del dolor
El conde Guillen Gonzalez;
El buen conde, el campeón,
Gloria de los leoneses,
Mártir de la patria y Dios.
Con sus hijos y sirvientes
Y la ínfima porción
De los bravos defensores,
Que el acero perdonó;
«¡Atrás, grita, atrás los moros!...»
Y érase todo un leon,
Que de la postrer cuartana
Herido con el calor,
Las alimañas aterra
Con sus ojos y su voz.

¡Todo inútil!... Cayó el héroe,
Pues de su limpio pendon,
Que en la mano tremolaba
Con la cruz del Salvador,
Sentado, por su flaqueza,
Bajo el santo pabellon,
La grandeza de su vida
La de su muerte colmó.

Y junto á él ¡Dios poderoso!...
Tambien exangüe cayó
Gonzalo, su inclito hijo,
Cual rama segada en flor,
El castísimo velado
De la hija del corazón;
El padre, la mitad santa
De la prenda de su amor.

V.

MADRE Y ESPOSA.

Al bien conocido alcázar,
 Donde madre, hija y esposa,
 Del alma por tres pedazos
 Mi Luz apenada llora,
 Llevó la fama implacable,
 Volando de boca en boca,
 La catástrofe sangrienta
 Que un año de asedio colma.

Oyela; y como acostumbra
 A salir ruda leona,
 Cuando el ávido montero
 Su prole en la selva acosa,
 Vá por calles y por plazas,
 Y al pregon de su congoja
 Los cristianos se lastiman
 Y los árabes se asombran.

Llegar quiere al roto muro,
 De amor y heroísmo pródiga,
 Y las víctimas queridas
 Robar á la tumba honda.

Mas ¡ay triste!... las murallas
 Y sus avenidas todas
 Ocupan en tropel denso
 Los soldados de Mahoma.
 Imposible ir adelante;
 Pues su tránsito audaz cortan
 Récias, ondulantes vallas
 De picas y de marlotas.

En vano á la muchedumbre
 Fiera é impávida afronta,

En vano lucha y relucha,
En vano plañe ó invoca,
¡Mísera! ¡No hay esperanza!..
Ya no verás al que adoras.

Entonces ya delirante,
Las fuerzas que se le agotan
Quiere aprovechar salvando
A su idolatrada Aurora;
Pedazo de sus entrañas,
Prenda de consuelo sola,
Esperanza desvalida,
Luz única en tantas sombras.
Con afan calenturiento
Hacia su morada torna,
Llega al dintel, entra, grita,
Discurre, busca, apostrofa.
Ni donceles ni escuderos,
Ni dueñas ni servidoras,
Nadie á su faz se presenta;
No hay quien á su afan responda.
Tan solo el eco doliente
Con vaga lengua medrosa
Fatídico sus clamores
Y solitario paródia.

Sobrecojida la triste,
Ardiendo en cruel zozobra,
Más cuadas y más recorre,
Y su soledad la asombra.
¡Y vé mas!... En sus estrados
Las preseas y las joyas
De los ricos mostradres
No están en la faz marmórea.
Y los nacarados muebles,
Y las filigranas góticas
Perdidos van por los suelos,
Con las esculturas rotas.

Do quiera la airada mano
 De una turba vencedora
 Tal depredacion revela...
 ¿Pero todo eso que importa?...

En nada mi *Luz* se fija;
 Solo de la tierna *Aurora*
 Se acuerda en tal desventura;
 Y palpitante y absorta
 Al lecho de la inocente
 Dirijese... llega... arrojas
 Un grito de horrible angustia,
 Y cae inerte en la alfombra!...

Que está vacía la cuna;
 Y las colgaduras blondas
 En desórden mal plegadas,
 Y al viento ondulando floja,
 Dejan ver la holanda tibia
 Y las plumas vaporosas
 Cual un nido solitario,
 Perdido entre mústias hojas,
 A quien la inocente prole
 Arrebató águila torva.

Al pié del huérfano lecho,
 Teñida en púrpura roja
 Fatídicamente brilla
 Una cimitarra corva.

¡Dios de piedad!... En el coro
 De las angélicas tropas
 Una arpa mas ver quisiste
 Para el himno de tu gloria!...

Vuelta *Luz* del parasismo
 Su bella faz se trastorna,
 Sus ojos encantadores
 Brillan con lumbré fosfórica,
 Cárdenos sus lábios vibran,
 Divaga cual una sombra,

Murmura inconexos sonos...

¡Oh!... qué desventura hórrida!...
Respetó el dolor la vida
De aquella víctima hermosa.
Pero la luz de su mente...
¡Veá!... infeliz!... loca... loca!!..

VI.

APARICION.

Y de don Bernal tendiendo
Tras la tétrica mirada
El jóven sus negros ojos
Con indescriptible ánsia
Hácia un vergel, circuido
De verdes empalizadas,
Do melancólica y dulce
De cuadro en cuadro divaga
Una vision vaporosa,
Una sombra esbeltay blanca;
—¡Djida!... ¡Santo Alláh!...—vehemente
De lo hondo del pecho esclama.
Y levantándose, quiere
Mover ligera la planta:
Mas de la impresion violenta
Herida y suspensa el alma,
Túrbase su vista... el suelo
Que en torno rápido anda
Parécele, y se desploma
Cual frágil é inerte masa,
De Djida el amante nombre
Al lánguido son del aura
En su lábio murmurando,
Y espirando en su garganta,

CAPITULO V.

VI.

APARICION.

DONA LUZ.

En tanto que el viejo
 Con piadoso afán
 Del mancebo alivia
 El no grave mal,
 Vosotros, lectores,
 Si bien os está,
 Contemplad ocultos
 Por algún parral
 Las melancolías
 De aquella beldad,
 Que por los vergeles
 Perdiéndose vá,
 ¡Vedla!... En albas vestes
 Su talle fugáz,
 Mécese, cual tallo
 De nuevo rosal,
 Que el céfiro arrulla,
 Del huerto, galán,
 Su blancura mate,
 Cual mústio cendal,

Transparente vela
 La cándida faz.
 Hermosos sus ojos,
 Casi muerta está
 Su gracia hechicera,
 Su luz celestial,
 Que en el centro irrádía,
 Como astro fugáz,
 De cárdenos cercos
 De triste señal.
 No es ella una niña:
 Mas frisa la edad
 Que en fruto sabroso
 La flor virginal
 Fecunda convierte,
 Y... pero ¿á qué mas?...
 Mis oyentes caros
 Adivinarán
 Que la fembra triste
 Que intento pintar,
 Es Luz, la doliente,
 La de don Bernal
 Desdichada hija,
 Viuda del galan
 Gonzalo de Castro,
 Que en hora fatal
 Perdió esposo é hija.
 ¡Triste!... ¡Cuál está!
 Sentada en el borde
 Del claro raudal,
 Sobre el blando césped
 Bajo un arrayan,
 A las ondas mira
 Con vivo anhelar,
 Y que habla parece
 Al manso cristal,

De las clavellinas
 Y del azahar
 Deshojando ramos,
 Del agua la faz
 Abstraído cubre
 Con gayo cendal.
Mas las hondas corren,
Y llevan detrás
Las hojas, cual sueño
De felicidad.
 Con gracia infantil
 Miralas pasar,
 Y dulce sonrie
 La insana beldad.
 Y murmura;—oigamos
 Su eco angelical:
 —a; Así... así!... **el sueño**
 Del ángel de paz
 Yo guardo... su cuna
 Cubierta ya está
 Con tapiz florido...
 Dormid!... descansad!...»
 Calló; pero luego
 El aura fugaz
 Hirió con muy dulce
 Sentido cantar:
 «Ruiseñores,
 Que en las flores
 Libais y en los céfiros
 Del grato vergel,
 Las canciones
 Y los sonos
 Que arrullan suavísimos
 Al rojo clavel...
 Callad!...
 Pasad!...

Que la prenda
 De mi vida
 Está dormida
 En sueño inocente
 De amor y de paz.
 ¡Id á la selva,
 Al borde del mar!...
 Pasad!... pasad!...»
 Torna pues la hermosa
 El lábio á cerrar,
 Y arroja otras flores
 Al manso cristal;
 Y torna mas tarde
 El canto á vibrar
 En ritmo variado
 De lento compás.
 —«Duerme, hermosa!... Que tu sueño
 Por los ángeles velado,
 Por las auras arrullado
 Y las arpas del Eden...
 Tranquilo, cual posan las aguas del lago,
 De mayo cual suele la tarde postrer,
 Cual siesta apacible perdida en el prado,
 Si en golfo sin vientos mecido batel,
 Sus rosas
 Hermosas
 Derrama en tu sien.
 Y en tu alma
 Su calma
 La copa de miel.
 Hermosa,
 Reposas;
 Mi encanto...
 Mi bien!»
 Parece este canto
 Vago y desigua

El eco de un arpa
 Que se oye en el mar,
 Del viento y las aguas
 En la inmensidad.
 Hay tanta dulzura,
 Tanto hechizo hay,
 Tales melodías,
 Mágia y estro tal
 En las blandas trovas
 De la soledad,
 Que sentida el alma,
 Trás ellas se vá.
 Y melancolías
 De una intensidad
 Misteriosa infunden
 Y ardiente además,
 Y en alas la mente
 Del plácido iman,
 De un mundo sin nombre
 Traspasa el umbral,
 En pos de ilusiones
 Que nunca serán!..
 La dama, pues, súbito
 Abandona ya
 El césped florido
 De aquel arrayan.
 Piérdese entre calles
 De boj secular;
 Dos damas la siguen
 Con mústio ademan.
 Y en tanto hacía ella
 Llegándose vá,
 Llorosos los ojos
 Y ansiosa la faz,
 El inclito anciano,
 El buen don Bernal.

II.

EL HUÉSPED DE DON BERNAL.

Sin duda estareis absortos,
Oh benévolos lectores,
Con la exclamacion sentida
De aquel misterioso jóven,
Y el deliquio inesperado
Que del triste apoderóse,
Cuando á doña Luz ha visto
En los jardines del conde.
Y puesto que sois curiosos,
Y que yo soy algo dócil,
Justo es, pardiez, vuestro seso
No traer mas á remolque,
Y sacaros del mal paso
Con un romance que asombre.
Pero quizás os agravio,
Acaso sea yo el torpe,
Vuestro magin suponiendo
Adocenado y mediocre.
Pues no faltarán tres linceas
Entre la curiosa prole,
Que estén al cabo del caso,
Cual si le viesen de molde.
Y adivinado sin duda
Han muchos al primer golpe,
Y dicho al corro en voz baja,
Si no para su capote:
«Ese mozo dolorido
De aspecto tan grato y noble,
Que con don Bernal plática
Bajo los sombríos robles,

Es Zayde, el moro gallardo,
 El de los dulces amores;
 El alma amante de Djida,
 Que vimos, allá, una noche
 En Córdoba, la sultana
 Rondando sus miradores.»

«¿Y cómo aquí está?...» sin duda
 Preguntarán diez ó doca
 Mal humoradas comadres
 A los adivinadores.
 Pero estos, que si pudieron
 Rasgar con ojos veloces
 El incógnito de Zayde,
 Al ver su bizarro porte,
 No pueden estar lo mismo
 En los varios pormenores
 De sus pasos y aventuras,
 Desde que dejó la corte;
 Con la desecha contéstanles,
 Y hacen orejas de bronceo.

Obran bien, pues la sapiencia
 No alcanza de esos doctores
 A descifrar los arcanos;
 Que en nuestra pluma se esconden.
 ¡Y qué arcanos tan sabrosos!
 Ya estoy oyendo cien voces,
 Que me ruegan y conjuran
 A que en el cuento les trove.
 Basta de ruegos; que al cabo
 No tengo el alma de cobre.

¡Vamos, niñas: las hermosas,
 Las de blandos corazones,
 Que dentro del alma pura
 Sentís en las lentas noches
 Encantadas fantasias,
 Inefables ilusiones.....

Y sois pájaros perdidos
En un desierto sin flores,
Venid!... La que entre vosotras
Mas compasiva ó mas dócil,
Del trovador campesino
Cure con cándidos dones
En el alma dolorida
Una herida asáz enorme,
Que en inquietas mocedades
El mal de amor imprimióle;
La que un talisman divino
Para aliviar los dolores
De perdidas esperanzas,
Tan hermosas cual veloces,
En galardón de mis trovas
Mágica me proporcione,
Armida de los verjeles,
Hada ó silfa de los bosques,
Ya sea en un bucle de oro,
Ya en un rayo de esos soles,
Ya en un oloroso ramo
De las bienhadadas flores,
Que vuestro cándido seno
Ornan cual púdico broche;
La que mis melancolías
En calma apacible torne,
Esa escuchará mi cuento
En arpa de opacos sonos.

Sentaréme yo á su lado,
A la sombra de los montes,
Sobre el césped, por do el agua
Sonora y radiante corre;
Y allí, solos, sin mas eco
Que el del diáfano horizonte,
Y el susurro de las auras
En los árboles mayores,

Al caer la mansa tarde
 Con sus tibios arreboles,
 Perderánse en la espesura
 Mis pacíficas canciones.

O bien del tardío invierno
 En pesada y mística noche,
 Mientras su nevada crencha
 Peinan las rocas inmóviles,
 Y el viento gimiendo helado
 En los pinares se rompe,
 En torno al hogar ardiente
 Y entre doméstica prole,
 Las cosas del tiempo viejo,
 Tan poéticas y nobles,
 Le han de contar mis cantigas,
 Cual vivientes cronicones.

Y de la vetusta historia
 A la aridez uniforme
 Mezclando las fantasías
 De románticos amores,
 De batallas y torneos,
 De tajos y de mandobles,
 De moros y de cristianos,
 Y dueñas y rodrigones,
 Quizá matemos tres horas
 Hasta que el relój de bronce
 Ponga fin á la velada,
 O en la no lejána torre
 Con tañidos soñolientos
 Los monagos desacordes
 La plegaria de los vivos
 Por las ánimas invoquen.

Porque es la historia un espejo,
 Cuyos vidrios de colores
 Reflejando en nuestra mente
 Sus variados tornasoles,

Nos ofrece á un tiempo mismo
 Y á la vez con pró y con goce,
 Enseñanzas del pasado,
 Para el presente lecciones,
 Y para lo que no ha sido
 Avisos escrutadores.

¡Dichoso yo, si mis trovas
 La niña galana oye
 Con el corazon herido
 De ardorosas impresiones,
 Y al son de las cantilenas
 Alguna lágrima corre
 Por sus mejillas de nácar,
 Cual perla errante entre fleres!
 ¡Y más dichoso, si el cuento
 En su memoria recoge;
 Y de lindas compañeras
 El dulce son de sus voces
 Repítele al coro alegre...
 Y más feliz fuera entonces,
 Si preguntan las curiosas
 Del amable bardo el nombre!

III.

VIAGE

Desde el lauro inmarcesible
 Que en los campos de Castilla
 Arrancó la cruz triunfante
 A las lunas ismaelitas,
 Corriendo, cual suele, el tiempo,
 Han pasado muchos dias,

Los monarcas en las c6rtes,
Los vasallos en las villas.

Y ya el fugitivo otoño

Con sus 6ltimas caricias

Besa en las h6medas vegas

Las madre selvas tardias.

Ya de los opacos bosques

En las copas amarillas

Entonan las tristes aves

Al campo la despedida.

Y del rubicundo fruto

Privadas tambi6n las viñas,

Los p6mpanos desabridos

Sueltan con melancolía.

Y ac6rcanse los pastores,

Al caer la tarde aprisa,

Al calor de los rediles,

Adobando las pellicas;

Y al comp6s de las tonadas,

Que repiten las colinas,

Balan las lentas ovejas

En disonancia tristísima.

Las mansas auras que h6 poco

Perfumaban la campiña,

Van trocando el soplo de 6mbar

En desapacibles brisas.

Flotan m6viles vapores

Al primer rayo del dia,

De los canos arr6yuelos

Sobre las corrientes limpias;

Y cuando en tumba de alj6far

Hunde el sol la antorcha tibia,

Agr6panse en las montañas

Las fant6sticas neblinas,

Cual un pabellon de gasa

Columpiado por las brisas,

Aquellos al sol parecen
Los velos de las ondinas,
Que asoman entre las aguas
El candor de sus sonrisas;
Y estos en lo alto, semejan
Fantasmas descoloridas,
Que á poblar la tierra bajan
En las lóbregas vigiliás;
Y en los misteriosos bosques
A la luna blanquecina
Vuelan en danzas confusas
Con las hadas y las ninfas.

Una, pues, de las mañanas,
Que la aurora purpurina
Su lecho de aljófar deja
Entre perezosa y fría,
Un buen golpe de ginetos
Con anteadas gabardinas,
Del conde don Bernal deja
La solitaria alquería.
A su frente Nuño Ponce
La marcha á buen paso guía,
Por medio de una cañada,
Que entre olmos espesos gira.
De esta cabalgata gruesa
Don Bernal en pos camina,
Y Zayde á su lado marcha
Sobre una alfana morisca
Espresa del noble anciano
La noble fisonomía
Una emocion asáz grave,
Ni plácida ni sombría.
Y el doncel árabe, al paso
Que con dulzura le mira,
Tiende á lo lejos los ojos,
Que un rayo de gozo vibran.

Absortos ambos viajeros
 En profunda fantasía,
 Una buena pieza avanzan,
 En silencio, de la vía.
 Pero alza el anciano conde
 Una vez la mística vista,
 Oyendo el son en el monte
 De venatoria bocina,
 Y por acaso vé al moro
 Con la atención embebida
 En dos tórtolas amantes,
 Que en las ramas se acarician.
 Y evocándose en su mente
 Las memorias doloridas,
 Y del doncel comprendiendo
 La vaguedad pensativa,
 Plática con él entabla
 Espresiva en esta guisa,
 Mientras los corceles trotan
 Y éntra á mas andar el día.

IV.

DOBLES EFECTOS DE AMOR.

CONDE.

¡Cuán dichosas!... su ventura
 Causa envidia, ¿no es verdad?...

ZAYDE.

¿Quién, que dentro el alma lleva
 Del sentimiento el volcan

No se afecta, contemplando
 Tan pura felicidad?
 ¡Inecentes avecillas,
 Que en el seno de un rosal
 Sus cándidas dichas velan,
 Ébrias de amor y de paz!...

CONDE.

Esa imágen,—lo comprendo—
 De ternura y dulce afán,
 Dulces recuerdos evoca
 En vuestra mente.

ZAYDE.

Acertais.

De mi Djida idolatrada
 La ternura virginal
 Esas blancas avecillas,
 Absortas en su solaz,
 A mi ilusion presentaron...
 ¡Perdonad... oh!... perdonad,
 Si en mis imaginaciones
 Os pude, conde, olvidar!
 Estoy sin seso en la ausencia,
 Y desvarío.

CONDE.

Y yo, ¡ay!...

Tambien en la mente siento
 Las remembranzas brotar...
 Mas son memorias perdidas,
 Recuerdos que me hacen mal.
 ¡Pobres hijos míos!... eran
 Así dichosos sin par;
 Y hoy la desolada esposa,
 Hundida en la soledad,
 Malogradas ilusiones

Pena en dolencia fatal,
Cual viuda tórtola herida
Con lastimado cantar!...

ZAYDE.

No así el corazón sensible
Abandoneis al afán.
Quizá el sol luzca sereno
Después de la tempestad.
Por mi parte, conde, juro
Todo mi esfuerzo emplear,
Para que la triste *Aurora*
Dichosa sea quizá.
Esperemos.

CONDE.

¡Plégue al cielo

Sea así!

ZAYDE.

¡Quiéralo Alláhi!

Si miente esa semejanza
Maravillosa, sin par,
Desmentirá al sol el día,
Y la púrpura al coral.
No, no es posible.

CONDE.

Talento

Y brio necesitais.
Mas ya sabeis: mis tesoros,
Mi vida y mi alma además
Por tan suspirada prenda
Escaso premio serán.
Disponed de todo.

ZAYDE.

Llevo

El mas rico talismán;

Y no hará nada en el mundo
Lo que no haga el kandjiar
Que *Luz* al pié de la cuna
Halló en Leon.

CONDE.

¡Ojalá!

Descifre el funesto enigma
De aquella infeliz!

ZAYDE.

Fiad

En mi inspiracion de amante,
De amigo en mi lealtad.

CONDE.

Si á *Luz*, si al ángel hermoso
Me volveis... lo que pidais.
Ya lo sabeis.

ZAYDE.

Conde!... conde!...

Galardon tan colosal
Hará que, para mostrarme
Digno de vos y á la par,
Si es preciso que arda Córdoba,
Emporio del Santo Alláh,
O que se tiñan de sangre
Los mármoles del *Mihráb*,
Yo con implacable mano
Trocaré sin titubear,
En sepulcros sus vergeles,
En cenizas su beldad.

CONDE.

A la esperanza tan solo,
A la idea nada mas

De que mis cansados ojos
 Aun pueden tal vez mirar,
 Y estrechar mis dulces brazos
 La prenda de amor y paz,
 Aquel ángel de inocencia,
 Que lloré perdido ya,
 Siento el corazón de nuevo
 Dentro del pecho saltar,
 Y temo que á dicha tanta
 Me falte aliento quizá.
 Mas vamos á lo importante.
 Si vuestros afanes dan
 Resultado venturoso,
 ¿De contado me avisais,
 Sin perder punto?

ZAYDE.

Un amigo
 A todo trance vendrá,
 Trayendo el salvo-conducto
 Para vos.

CONDE.

Me duele asáz,
 Que enrudecida la guerra
 Hoy como acaso jamás,
 Me cierre el paso á la córte
 Del califa!...

ZAYDE.

Fuera igual
 Que ir á lanzarse en la tumba
 O en la esclavitud... ¡temblad!

CONDE.

No me intimidára todo
 Por mí... mas contemplo ¡ay!...

Que Luz no tiene en la tierra
 En su horrenda soledad,
 Más consuelo que mis días,
 Más amor que el paternal.

ZAYDE.

Descuidad en mí. Este empeño
 Cifra mi honor, mi amistad,
 Mi gratitud!

CONDE.

Sois un hombre
 De corazón muy cabal,
 Y pensamientos muy nobles
 En vuestra alma grande hay!
 Ya lo sé.

ZAYDE.

De la existencia
 Os soy deudor, don Bernal;
 Cuando comprados puñales
 Mi pecho punzaban ya,
 Como hermano, al enemigo
 Tratásteis en vuestro hogar;
 Y merced tan señalada,
 Nobleza de ánimo tal,
 A quien tiene sangre buena
 Le imponen deber sin par.
 ¡Dichoso yo, si algún día
 Con afortunado afán
 Puedo con mi vida daros
 La ansiada felicidad!

CONDE.

¡Me confundís!... Nada hice
 Por vos, buen Zayde; demás,

Amparar al acuitado
 De Castilla es ley natal;
 Y hace á los hombres hermanos
 El Dios de amor y de paz,
 Que en su religion humilde
 Devuelve el bien por el mal.
 Soy cristiano y caballero;
 Cumpli cual soy... y no mas.
 Nada me debeis.

ZAYDE.

Decidme,
 Decidme, conde: ¿es verdad
 Que la religion de Cristo
 Es como decís?...

CONDE.

Cabal.
 ¿Por qué preguntais?...

ZAYDE.

¿Es cierto
 Que ordena á todos amar,
 Que perdona los ultrajes,
 Que predica la humildad
 Su fé sin sangre ni fuerza,
 Y que pide ante su altar
 Por sus mismos enemigos,
 Cual madre comun?...

CONDE.

Verdad.

ZAYDE.

¡Me asombro!... Mas no es posible,
 La cadena, el yatagan

El mejor apostolado
 Son para la humanidad,
 El Profeta así ha triunfado;
 Así lo ha escrito el Korán,

CONDE.

Oh!... blasfemais!... Es muy triste
 Lo que decís!... Meditad,
 Y pues sois harto discreto,
 No cual ignaro secuaz,
 Sino cual hombre de seso
 Que la luz buscando vá,
 Poned en fiel parangon,
 Frente á frente y par á par,
 La fé con el fanatismo,
 La fuerza y la caridad,
 El perdon y la venganza...
 Y luego, Zayde, fallad.

ZAYDE.

Bien; si cual cristiano y noble
 Fuisteis mi ángel tutelar,
 Yo como noble y creyente,
 No quedaré con vos mal.
 Amigos hasta la tumba
 Nos hizo, conde, un azar...
 Y acaso más dulce nombre
 Sea despues.

CONDE.

¡Ojalá!...

V.

MAÑANA SERA OTRO DIA.

Así, en plática sabrosa

Los viajeros avanzaban
Por entre bellas campiñas
Y pintorescas montañas.
En variadas puridades
De temores y esperanzas,
Sin sentir horas ni leguas,
Distrajeron la mañana.
Y ya el sol en lo mas alto
De la atmósfera azulada
De su cotidiano giro
La ardiente mitad señala,
Y desembocando á un llano
La animosa cabalgata
De los majestuosos montes
Por la rústica garganta,
Al pié de unos verdes setos
De castaños y de acacias,
Que con leves sombras tiñen
Un ribazo de esmeralda,
Dejan las ecuestres sillas,
Se tienden sobre la grama,
Y hacen muy pocos honores
Al sabor de unas viandas.
Pues aunque los escuderos
Y demás gente de lanza
Sienten muy franco apetito
Y la provision es larga,
El respeto al noble conde,
Su buen señor, les embarga,
Y los deseos acota
Y las bocas tiene á raya.
Luego, pasada la siesta
En íntima y grave fable,
Como de cosas que importan
Honra y dicha, vida y alma,
El conde y Zayde con Nuño

Del blando césped se alzan,
Se estrechan las nobles manos,
Y uno en pos de otro se abrazan.
¡Ni un acento allí!... Tan solo
Algunos ojos se arrasan,
Y en doloroso suspiro
Algun aliento se exhala.
Y al fin lanzándose Zayde
Sobre su impaciente jaca,
Al tiempo que el viejo conde
Pone en su estribo la planta;
Se acerca, la diestra bésale;
Y echándose una mirada,
De efusion abrasadora,
Del corazon exhalada,
El moro sale al galope
Por la vega suave y llana,
Y el conde torna despacio
A engolfarse en las montañas.
Nuño con treinta ginetes
Fiel al jóven acompaña,
Y al conde le hacen escolta
Escuderos y hombres de armas.
A Córdoba marcha Zayde,
De su amor plácido en alas,
Y don Bernal con sus penas
Torna de noche á su casa.

CAPITULO VI.

I.

INTERREGNO.

Desque á Córdoba dejamos
 De asombro y desazon llena,
 Y con torbos crecimientos
 Sus pasiones turbulentas,
 Cosas de mucha cuantía
 Sobrevinieron en ella,
 Que un lugar están pidiendo
 En esta crónica nuestra.

Hixen ya no existe; Zulma
 En una sabrosa fresa
 Le abrió con aleve mano
 De la eternidad las puertas.
 Fakir lo quiso; el instante
 Llegó á su ambicion siniestra,
 Y aunque sin título régio,
 En Córdoba de hecho reina.
 Poderosísimo bando
 Le acata de gente aviesa,
 Y á los que osados murmuran

EL ÚLTIMO BENI-OMEYA.

85

El lábio un puñal les cierra.
Y para subir al trono
El voto tan solo espera
De los Walies vendidos
A dádivas y promesas.
Pronto en la corte allegados
En imponente asamblea
Con los Emires y Jeques
De la España Sarracena,
Califa habrán de aclamarle,
En el nombre del Profeta,
De la occidental *Metymna*,
Sacra rival de la Meca.

En vano pues los amigos
De la raza Beni-Omeya,
Salen al frente al tirano
Y de sí dan razon buena.
Les falta un caudillo, un héroe
De prez suma y alma inmensa,
Que á todos reuna en torno
De su ínclita bandera.
Y ese pueblo que ahora temo
Y estéril furor concentra,
Esos guerreros que nadie
Del deber lleva á la senda,
Esos Próceres que ahora
En sus palacios se encierran,
Y los leales amigos
Que á la estirpe de Hixen quedan,
Entonces, cual un gigante,
Mordido por sierpe infecta,
Saltarán de tan vil sueño
Del héroe á la voz eléctrica.

Fakir hoy de la fortuna
Encaramado en la rueda
Camina, cual en bonanza

Nave, por el mar, velera.

Pues del Islamita imperio

Vá á ceñir la diadema,

Y de amor la aureola ansiada

Con un ángel de belleza.

Con Djida... que de la tumba

Saludó inertes las puertas,

Cual flor del viento arrojada

Sobre una roca desierta,

Que otro viento compasivo

Con sus alas pasajeras

Al vergel vital devuelve

Para encanto de la selva.

Porque Fakir á Hixen viendo

Ya hundido en la tumba yerta,

Y en las gradas colocado

De la majestad suprema,

Se arroja al amor de Djida

Sin reparos ni cautelas,

Y hace á Córdoba testigo

De sus ansias y ternezas.

Y con Yacub ha sellado

Una alianza siniestra,

Y la niña sin ventura

Es de tal union la prenda.

Y si Zulma tiene celos,

Porque Fakir la desdeña,

A Fakir nada le importa

Que Zulma de celos muera.

Pues la sultana vendida,

De insensata pasion ciega

Ya sirvió á sus torvos planes,

Y en nada sus iras precia.

Pues el califa no existe,

Que su esclavo dócil era,

Y Fakir es poderoso,

Y de hecho en Córdoba reina.

II.

EL TODO POR EL TODO.

Todo es fiesta y contento
 En el alcázar de Yacub; do quiera
 De júbilo se escucha el vário acento,
 Reinan la animacion y el movimiento,
 Como si el templo de las dichas fuera.
 Celosos servidores
 Con pintorescos trajes
 Circulan por los largos corredores,
 Con ricos vasos de preciosas flores,
 Y cofres de riquísimos ropajes,
 Y ardientes pebeteros,
 Donde sobre áscuas de ciprés fragante
 Árabigas esencias se evaporan,
 dejando en pos de sí rastro flotante
 De albo vapor, que en círculos ligeros
 Y activas espirales
 De vagas transparencias,
 Pareca que á los génios orientales
 Envuelve entre sus nubes misteriosas,
 Coronados de rosas,
 Entre coros de houries virginales,
 Sonoras armonías,
 Evocadas de alegres bandolines
 Y de dulces clarines,
 Divagan por las bóvedas umbrías,
 Que plátanos é higueras,

Sicomoros y acacias y moreras
 Fabrican en los plácidos jardines,
 Y ascienden por el ámbito vacío
 Confusas y perdidas
 Entre el rumor bucólico del río,
 Y las auras del éter desprendidas.
 Y al son de los asiáticos cantares
 Forman las siervas de Bagdad y Alepo
 Pintorescos danzares,
 Y en voluptuoso giro,
 Cual ligeras, brillantes mariposas,
 Ya se enlazan de púrpura con chales,
 Ya guirnaldas de acantos y de rosas
 A los talles de encantos virginales
 Se ciñen las hermosas;
 Y ya también en blandos movimientos,
 Y repicando el crótalo espresivo
 Se lanzan como plumas por los vientos,
 En fugaz espectáculo festivo.

Ya vela el sol la ardiente cabellera
 Bajo el aljofar cano,
 Y parece su inmensa, rubia hoguera
 En el vasto nivel del océano
 Palpitante volcán, que reverbera
 En cráter cristalino
 Perdido en los abismos de la esfera.

Por el monte vecino
 Las tinieblas descienden vaporosas,
 Y encubriendo la cumbre y la llanura,
 De la luz las moléculas hermosas
 A los ojos usurpan con pavora.

Pero no; que el espléndido palacio
 De Yacub opulento,
 Como fanal radiante de topacio,
 Se destaca en el ámbito del viento.
 Difusas luminarias

Bordan sus transparentes azotéas,
Antorchas en color y formas varias,
Perfumados blandones,
Por cornisas, calados y artesones,
De las luces febéas
La falta olvidar hacen á los ojos,
Y de la noche estinguen los enojos.
;Todo allí es pompa y luz! En régia sala
De oriental y riquísimo atavío,
Donde se ostenta en deslumbrante gala
Del gusto musulman el poderío,
Del alto Hixen la córte poderosa
Se aduna alborozada,
Porque en aquella espléndida morada
Djida está, de Fakir futura esposa;
Y antes que de la próxima alborada
Ilumine el jardín la faz de rosa
Ha de unir á los dos dulce lazada.
¿Dulce? No; que la bella
Mal de su grado al tálamo camina;
Y su enemiga estrella
Como víctima al ara la destina.
Y súplicas y llanto
Y todo con Yacub en vano ha sido,
Que sordo muestra el despiadado oído,
é inaccesible el corazón avanto;
Y mandó... y quiere ser obedecido.
De padre alzó la voz; y entre la gente
Que del Corán la ley sin providencia,
Sacrilega é insana
Con ciego fanatismo reverencia,
La autoridad del padre, tan clemente
Ante la fé y en la razón humana,
Se convierte en potencia inexorable,
En tiránico fuero,
Que con abuso fiero

De la mujer la trájica hermosura
 Entrega sin amor á dueño indigno,
 Si del Harén en la mortal clausura
 No las condena al bárbaro destino
 De lágrimas, cadenas y amargura.

¡Ved á Fakir!... En su semblante brilla
 La sonrisa del júbilo altanera;
 Y el fuego que en sus ojos reverbera
 Tiene algo de siniestro y de salvaje,
 Como la luz fosfórica, amarilla
 De las pupilas del chacal impío,
 Que escondido de noche en el ramaje
 A la gacela solitaria espera,
 Para hacer su beldad despojo frío.

El Cadí, la ley viva de Mahoma,
 Recostado en magníficos cojines,
 Cuya púrpura exhala tibio aroma,
 Rodeado de Ulemas y Muetzines,
 Prepárase los nuevos desposorios
 A sellar con la fé de la justicia,
 De la vírgen alzando el casto velo,
 Cual púdica primicia
 Que al santo y libre amor reserva el cielo;
 Y que del hombre el desafuero avanto
 Convierte en prenda de opresion y llanto,
 Hollando á las tristísimas mujeres,
 Cual lucro vil de infandos mercaderes.

Mas Djida!... Vedla!... Cruza los umbrales
 Con mesurado paso,
 Servida por cortejo nada escaso
 De cautivas bellezas orientales,
 En medió de matronas y doncellas
 De su sangre preclara,
 Semejantes al círculo de estrellas
 Que circundan del sol la beldad rara.

Salúdanla los jóvenes galanes

Cual reina del Eden de las houries,
Y lanzan á sus pies ricos castanes,
Y ramos de azucenas y alhelies.
Y tambien sol de Córdoba la aclaman
Las moras de la rica Andalucía,
Rosal nacido al despuntar el dia,
Pájaro con plumajes de oro y grana,
Palmera coronada del rocío,
Nube de plata en el zafir vacío,
Onda blanca del mar, risa temprana,
Que alegra el bosque y el vergel y el rio,
De la ciudad sultana
Delicia y ornamento,
Esencia de la flor, del aura aliento!...

Sobre la frente altiva de la hermosa
Luce el revuelto lino,
Enlazado en madeja vaporosa
A un rico chal del Asia purpurino,
Cuyos pliegues ondeantes
Bordan en vagos giros
Sartas de babilónicos zafiros,
Y de perlas cuajadas por la aurora
En el golfo radiante de Basora.
Y de su seno guardan los tesoros
El jubon guarnecido de esmeraldas,
Que su matiz robó á los sicomoros;
Y sus rodillas besa leve falda
De cordobés brocado,
Que el pantalon de toledana seda
Airoso agita en palpitante rueda,
Cuando el pié delicado,
De gracia y de ilusion enigma breve,
Se desliza por medio del estrado,
Cual pluma en alas del fabonio leve.

Yacub, su padre, plácido el talanto,
recíbela en sus brazos;

Y pues Fakir, el venturoso amante,
 Hále ofrecido el ánima en pedazos,
 Ante el Cadi les guía,
 Entre aplausos, loores
 Y voces de ilusión y de alegría,
 Que de Djida y Fakir cantan los lazos.

III.

PROFESION DE FÉ.

Y el Cadi con los Ulemas
 Sobre el deslumbrante estrado,
 Donde brillan los emblemas
 Y los ritos del Corán,
 Se apresta á cumplir ufano
 Su ministerio solemne,
 Entregando allí inhumano
 La paloma al gavilan.

Ya las vanas ceremonias
 De las leyes sarracenas
 Se hallan sin tardanza llenas
 En solemne ostentacion.
 Falta que Fakir y Djida
 Presten con voto notorio
 Al infáusto desposorio
 La fé de su corazon.

Recita el Cadi severo
 La fórmula del consorcio
 Conforme al uso y al fuero
 Del civil ceremonial,
 Y la escuchan reverentes
 Con variadas emociones

Los inmensos concurrentes
De aquella escena oriental.

Unos pocos se lastiman
De aquella víctima hermosa,
De aquella entreabierta rosa
Arrancada del vergel,
Cuya gala y donosura,
Cuyas gracias virginales,
De las hadas ideales
Ornar pueden el dosel,

A merced así entregada
De un mónstruo, sin fé, que ahora
Vengativo la enamora,
Para olvidarla despues.
Y rotas ya del capullo
Las mágicas galas rojas,
Arranque ingrato las hojas,
Y las hiera con los pies.

Otros de menguado instinto,
De alma y corazon vacíos,
Estúpidos entes frios,
Que abundan en donde quier,
Y que no ven en las cosas
Sino la exterior corteza,
Y no mas en la belleza
La materia del placer,

Aplauden y acaso envidian
De Fakir la buena estrella,
Porque en brazos de la bella
Hallará pronto un Eden.
Que antaño al igual de ogaño
Los nécios siempre así han sido,
Y es su corazon un nido
De cieno y pros a tambien.

En tanto que así discurren
Por los ardientes salones

Tantas imaginaciones,
 Diversas en cada cual;
 Y que los deudos y amigos
 Y huéspedes y cortejo
 En vasto círculo, anejo
 Están al ara nupcial;

Fakir con fiera alegría
 El acta de la ley sella,
 Y esclama... ¡mía es la bella;
 Escrito estaba ya así!...

Y Djida calla... y los ojos
 Fijos en tierra la triste,
 Ni sabe acaso si existe,
 Ni qué quieren de ella allí.

Pero cuando el juez sagrado
 Al moro insano la entrega,
 Y él, ebrio de pasión ciega,
 Los brazos la tiende audaz...
 La hermosa, como si fueran
 Las roscas de una serpiente,
 Aquellos lazos que sienten
 De vil contacto voraz;

—«Soy cristiana; ¡atrás, impío!...
 Paso á la cruz!...» —clama y grita,
 «Lo manda mi ley bendita;
 Entre tú y yo media Dios.»
 Y bajando del estrado

Con majestad imponente
 Rompe osada entre la gente,
 Que duda de lo que ve!

Y antes de que pueda nadie
 Darse de su asombro cuenta,
 De la cámara opulenta
 Djida aleja raudó el pie!

IV
DE UNA CAUSA DOS EFECTOS.

Contaros, lectoras mías,
La tempestad, el tumulto,
Que en seguida sobrevino
Fuera un lance tremebundo,
Yacub tiró del alfanje,
Furioso cual un Kalmuco,
Y quiso hacer con la niña
Una barbárie de bulto.
Fakir quedóse tamaño
Como figura de estuco,
O cual si sobre él cayéra,
Sin aviso prévio, el mundo;
Y si hacer el *signum crucis*
Fuera entre sus gentes uso,
Se santiguára de fijo
Después de tal ex-abrupto,
Aquella noche, en venganza
De un lance tan peliagudo,
Mandó empalar diez cristianos
Y azotar á ciento y uno.
Mas las horas que contaba
Yacer en tálamo augusto
Con la flor de las hermosas,
En el colmo de su triunfo,
Las pasó tomando el aire,
Solito como un cartujo,
A la luna... cordobesa,
Muy clara en el mes de julio,
Y bufaba el descreído

Como un toro de dos lustros,
Y se mesaba las barbas
Y mordíase los puños.
¡Ya se vé! El caso era fuerte,
Pues al fin y al cabo, en público
Quedó corrido de veras
En su amor como en su orgullo.
Él!... del Califato dueño,
De Córdoba árbitro sumo,
Señor de vidas y haciendas,
Ser la fábula del vulgo!...
Y por quién?... por una niña
Que le ódia y desprecia en junto;
Y ¿por qué?... porque ama á Zayde,
El insigne Omeya último.
¡Ira de Dios!... Así jura
Por la Meca y su sepulcro,
Pues que él sucumbió á un sicario
Entregarla á ella á un verdugo.
No vayais, bellas lectoras,
A asustaros con los humos
Del asendereado novio...
Que del dicho al hecho hay mucho.
Por de pronto, aquellas bodas
Que nos daban tal disgusto,
Quedaron en esperanzas,
Sin esperanzas de fruto.
Y mas que Yacub blasfeme,
Y á Fakir cueste un carbunco,
Se queda doncella Djida,
Y sin desatar el nudo.
Y matan las luminarias
Los domésticos adustos,
Los danzantes se espeluznan
Y largan tristes los músicos.
Y también los convidados,

Mohinos asáz y mústios,
Castillos haciendo al aire,
Y murmurando confusos,
Dejan el soberbio alcázar;
Y dividiéndose en grupos,
Se dispersan de las calles
Por los ámbitos oscuros.

EL BAZAR

Entre las espléndidas torres
De los hijos del Profeta,
Sin duda es la más ennoblecida,
La que nos es el alma viva,
Este comercio animado,
Por sencilla torpezza,
Que convierte á las hermosas
En vendedoras de seda,
Profanacion!... El ser débil,
La cristiana más bella,
Que lleva tebeosh al hombre
Lucha y naufo en la tierra;
La que nos lleva en su seno,
La que de sí nos sustenta,
Y júbilo en infante con
Con fin y con suelta vela;
La que nos arroja, niños,
Y torcos, nos aconseja,
Y en la senja de la vida
Es de Dios la arca celestial!

Mojinos azax y púñicos
 Castillos haciendo al aire,
 Y murmurando confusos,
 Dejan el soberbio alcazar;
 Y divinizados
 Se dispersan de las calles
 Por los amplios oscuros.

CAPITULO VII.

I.

EL BAZÁR.

Entre las costumbres torpes
 De los hijos del Profeta,
 Sin duda es la mas infanda,
 La que mas á el alma llega,
 Ese comercio inhumano,
 Esa sórdida torpeza,
 Que convierte á las hermosas
 En vilipendiadas siervas.
 Profanacion!... El sér débil,
 La criatura mas bella,
 Que diera Jehováh al hombre
 Para consuelo en la tierra;
 La que nos lleva en su seno,
 La que de sí nos sustenta
 Y junto á la infantil cuna
 Con frio y con sueño vela;
 La que nos arrulla, niños,
 Y, mozos, nos aconseja,
 Y en la senda de la vida
 Es de Dios la sacra estrella!...

La mujer!... Que nos infunde
Las ilusiones primeras,
Y el negro arenal del mundo
Con luz y con flores siembra!
La mujer!... ángel caído
De las regiones escelsas,
Vision radiante, encantada,
De una poesía etérea,
Que nosotros, — ¡infelices!... —
Ni comprendemos siquiera,
Porque del Creador sumo,
Allá en las alturas reina!....

Miradla!... En soez mercado,
Cual venal é infame prenda,
Hollada y prostituida,
Sin respeto ni defensa!
Contemplad esas esclavas
De varios trajes y lenguas,
Que de Córdoba, la mora,
Los ricos bazares pueblan.
Allí teneis hermosuras,
Que las playas de la Grecia
Arrebatadas miraron
Por las naos agárenas.
Mas allá las hijas tristes
De la oprimida Judea,
Con ojos, color de cielo,
Y faz, color de azucena.
Tambien de la muelle Italia
Las vaporosas bellezas,
Cuyas miradas deslumbran
Y cuyos suspiros quemán.
Y del Asia voluptuosa
Las hijas del sol morenas,
Cuyos tales un tesoro
De encantos y gracias ciefran.

Y tambien ¡ay! de la España
 Las vírgenes altaneras,
 Mal su grado, párias rinden
 A la bárbara almoneda.
 Las bizarras castellanas
 Tan graciosas y modestas,
 Las tiernas hadas del Miño
 Y las dulces leonesas.
 Y las que en el rico Tajo
 Madejas de ébano peinan,
 Y las cándidas *meninas*
 Que llorando, cuajan perlas.
 Y Andalucía, la ardiente,
 Nata de bizarras sembras,
 Lleva tambien á el alarde
 Las beldades nazarenas.
 Y á mas las galas del Ebro,
 Y las rosas del Edeta,
 Y Djida al fin entre todas
 Cual la palma entre las yerbas.

II.

LA ESCLAVA POR SU GALAN.

Djida en el bazár!... la reina
 De las moras hermosuras,
 Que las béticas llanuras
 Ostentan en su vergel!
 Djida!... la flor de los valles,
 La blanca espuma del rio,

La fresca tez del rocío,
 El perfume del clavel!
 La primer risa del alba,
 El son etéreo del viento,
 De mayo el florido aliento,
 Auréa nube del zafir!
 El sol de Córdoba!... Djida!
 Ilusion de mil colores,
 Campo de virgíneas flores,
 Cisne del Guadalquivir!

Cautiva está! Ya su cuello
 Y su nacarada frente
 No adornan perlas de Oriente,
 Ni del Indo el régio chal.
 Ni el albornoz de Damasco,
 Ni del Cairo la pellica
 Ensalzan en pompa rica
 A la hermosa sin igual.

Bárbaro Yacub!... Tú eres
 El autor de la existencia
 De ese ángel de inocencia,
 Y le das la muerte así?
 Mientes!... no es posible, impío.
 Hija tuya... ¿y la condenas
 Al oprobio y las cadenas?
 ¡Mísero entonces de tí!

Bien vengado estás! La triste
 Se atrevió á romper tu yugo,
 Y al Eterno Sér te plugo
 Alumbrar su corazón
 Y cual apóstata indigna,
 A su sangre y ley ingrata,
 La repudia y la maltrata
 Tu cruenta religion.

Ella, á la luz inspirada
 De la fé y del sentimiento,

En aquel trance violento
Encontró consigo á Dios
Y arrojó de sí al tirano,
Que tu negro poderío
Designaba á su albedrío,
Y triunfó así de los dos.

Y en balde los ruegos fueran,
Y en vano las amenazas,
Y de tu astucia las trazas
Y tu crudo frenesí,
Hasta que al fin desesperado
De domar su alma altiva,
La entregaste por cautiva
En las manos del Wali.

Gózate, pues, que á la niña
Ya se aproxima un hebreo,
Viejo y hediondo y feo,
De sangre vil mercader,
Y en pos lleva dos esclavos
De color y raza impura,
Cuya infame catadura
No envidiara Lucifer.

Con miradas codiciosas
Investiga sus hechizos,
Desde los copiosos rizos
Hasta el diminuto pié,
Contempla el flexible talle,
Devora el oculto seno,
Y esclama en su lengua: «¡Bueno!
¡Es toda una Betsabé!»

La doncella casta y noble,
A quien tal cinismo humilla,
El carmín en la mejilla
Siente quemando brotar
Y sin tocas y sin velo
Para salvar su decoro,

Suelta la madeja de oro
 Que la envuelve en blondo mar.
 Entretanto el Idumeo
 Pregunta:—¿En cuánto se aprecia?
 —Cien zequíes de Venecia,
 Y doblado el alboroc.—
 Y hunde la rugosa mano
 En toseo bolsón de cuero,
 Y arroja al moro el dinero
 Aquel hijo de Moloc.
 —«Al haren!»—esclama ufano;
 Y sus toscos ministriles
 Asen con maneras viles
 A la esclava del Rabi.
 Y la bella entre las bellas
 Cruza por la ciudad mora;
 Y la pobre niña hora...
 Pero nadie la oye allí.

III.

MAS VALE TARDE QUE NUNCA.

Y ya doblaban la esquina
 De un tortuoso callejon,
 Que de la mezquita grande
 Pasa al pié del mirador,
 Cuando se halla de improviso
 La comitiva veloz
 Con cierto bizarro moro,
 Caballero en un troton,
 Envuelto viene el gineta
 En su alquicel de color,

Y dese mpiedra las calles
 A galope atronador,
 Súbito al potro le pára,
 Y con resonante voz:
 —¡Djida!!—clama arrebatado,
 Y se lanza del arzon.
 — «¡Zayde mio!!—ella prorumpe,
 Mi virtud salva y mi amor!...»
 Y la niña sin sentido
 En tierra inerte cayó.
 Y él la levanta en sus brazos
 Con dulcísima emoción,
 Y dispónese á llevarla
 Consigo en su corredor,
 Cuando un rugido de espanto,
 Que dá un siervo de los dos,
 Conocer le hace al beduino,
 Al mal vendido traidor,
 Que en los montes de Castilla,
 Con los suyos le asaltó,
 Cuando aquella rota aciaga
 Fué de Calatañazor.
 —« Tomad esta hermosa,—dice
 A tres árabes, que en pos
 Le si guen,—con la cabeza
 Me fiais su salvacion.»
 Y se lanza tras el Libio,
 Que aguijado de terror,
 Como disparada flecha
 Huye de un castigo atroz.
 En vano Zayde le aplica
 A su corcel volador
 El acicate, y arranca
 Como en alas del turbion.
 Al sicario fugitivo
 Ya se acerca vengador,

Y la distancia se estingue
 Que entre uno y otro medió.
 Ya está sobre él, ya le corta,
 Rápido y aterrador;
 Ya en revuelto torbellino
 El miedo al brió burló!
 Pero al fin acorralado
 El miserable á un rincon,
 Como el cobarde lobo
 Por el can del cazador,
 Llegar sobre sí vé al moro,
 Vi brando el alfanje al sol,
 Brotando los ojos fuego,
 Palpitando el corazón,
 Y en este supremo instante
 De fiebre, insania y terror,
 Y cuando sobre su cuello
 De la muerte esta la hoz,
 Siente abrir de la mezquita
 El estridente porton,
 Y se lanza en su recinto
 Clamando á voces, —¡favor!...
 Mas Zayde, que vá resuelto,
 Y que es un mozo de pró,
 Con un arranque potente
 De su fogoso *Tadmor*,
 Salva las gradas de mármol,
 Y el ferrado umbral de boj,
 Y por el templo adelante
 Se mete sin aprension.
 Al fin, en el *Mibrab* mismo
 Le dá alcance al malhechor,
 Y arrojándose pié á tierra,
 Terrible como un leon,
 Ase al misero en sus brazos,
 Y le estrella con furor

Sobre el sacro pavimento
Del lugar de la oración.

Y la distancia
Que entre uno
Y está sobre el, ya la corra,
Rápido y atarador;

Ya en revuelto
IV.

El miedo al brío del

Pero al fin acortando

El miserable á un timón,

AVENTURAS SIN VENTURA.

Por el can del cazador,

El gar sobre sí vé el moro,

IV
Consumada su venganza

Y su enojo satisfecho,

Torna Zayde á toda brida

De su honor de amante al puesto.

Y aguja al leal caballo,

Y quiere igualarle al viento,

Porque hácia la callejuela

Siente crujir los aceros.

Y llegan á sus oídos

Confusos y airados ecos,

Y corridas y disones

De duro y creciente estrépito.

Dále el corazon un salto,

De muy fatidico agüero,

Y un punto despues se encuentra

Del tumulto airado en medio.

Mas Djida no está donde antes;

Sus árabes yacen muertos;

En vano búscala á ella,

En vano les llama á ellos.

Caras vendieron las vidas

Pues en su sangre revueltos

Yacen varios berberiscos

En informe monumento,

Brama de cólera el moro,

Y loco se hiere el pecho,
Cual leon á quien robára
Sus cachorros el montero.
Pero amigos ni enemigos
No conoce en tal encuentro,
Y cuanto á sus ojos pasa
Es un enigma tremendo.
En esta inacción le cercan
Diez Kabilas del Desierto,
De Fakir selecta guardia,
Brazo de sus desafueros,
Y poniéndole el mas bravo
Su kandjar terrible al pecho,
Le pide insolente á Zayde
La libertad y el acero.
No acabó la frase usada
El africano grosero,
Porque Zayde con su potro
Un semicírculo haciendo,
Con un cercén fulminante
Tirado en el punto al vuelo,
Con el turbante nevado
Le arrancó el cráneo por medio.
Un aplauso de mil bocas
Le dá el parabién guerrero,
Al par que otras mil prorumpen:
— ¡Viva el Omeya postrero!... —
Mas urje se ponga en guardia,
Pues los tigres de Marruecos,
A vengar se precipitan
De su jefe el fin sangriento.
Y empiezan las cuchilladas;
Y llueven, ¡poder del cielo!...
Los tajos y los réveses,
Cual granizos en enero.
Y Zayde se cree solo,

De dolor y enojo ciego,
Y á una roca se asemeja
Batida del mar y el viento.
Mas no está solo!... A su lado,
Partícipes de su riesgo,
Hay desde el primer instante
Muchos corazones buenos;
Que á su nombre solamente,
Tan querido de aquel pueblo,
Apellidado por Djida,
Y llevado por los vientos,
De sus tímidos hogares
Salen de entusiasmo llenos,
Y cierran con los sicarios
Del usurpador del reino.
Ved, por lo tanto, ya á Zayde,
Sin pensarlo ni quererlo,
Hecho caudillo y bandera
De los cordobeses buenos.
Y lo que empezó de amor
En un lance aventurero,
Concluye en sangre y en guerra...
¡Por Cristo que el caso es serio!
¡Pero adelante!... La cara
De volver atrás no es tiempo,
Pues los tajos menudean,
Y los golpes caen á cientos.
Y llegan á los beduinos
Bien aprestados refuerzos,
Y las populares turbas
Crecen tambien por momentos.
Y los arcabuces truenan,
Y rechinan los aceros,
Y los atabales gimen,
Y rasga la trompa el viento.
Y Zayde... ¡vedle! enfrascado

De la lidia en lo mas ríco,
 Como el segador espigas,
 Brazos hiede y troncha cuellos,
 Y ayudado de los suyos,
 Que acaudillan mucho y bueno,
 La parte mejor del lance
 Se vá llevando... y me alegre!

V.

LA LEY DEL MAS FUERTE.

Es ya la noche pasada,
 El alba fresca sonrie,
 Pero mústia y desabrida,
 Cual presentimiento triste.
 De Córdoba la sultana
 Las calles estensas tiñe,
 Y alumbra un campo funesto
 De muerte, de sangre y crimen.
 Cadáveres hacinados,
 Y moribundos que gimen,
 Y despedazados troncos,
 Y espantosas cicatrices.
 El silencio de las tumbas
 Reina sobre sus confines;
 Y cerrados los postigos,
 Y las gentes invisibles.
 Y ¡qué horror!... de cada reja
 En los hierros se percibe
 Un mísero ajusticiado,
 Y otros, y otros... ¡Infelices!...

En cada esquina una escarpia.
La imagen atroz repite,
Y en las plazas las picotas
Llenas de dogales viles.
De cuando en cuando atraviesan
Las encrucijadas ruines
Amenazadoras rondas
De soldados marroquíes;
Como suele por el bosque
Una manada de tigres
Acechar la incauta presa
En redor de los rädiles.
De Fakir son los verdugos;
Vendidos á infucos fines,
Ministros de sus maldades,
De impura sangre y origen,
Que siempre la tiranía,
En sus barbaros ardides,
Para esclavizar los hombres
Contra el fuero de su estirpe,
Se rodea de malvados,
Hez de todos los paises,
Y con la fuerza insensata
Su trono quiere hacer firme.
Y atormenta, y asesina,
Y hace mártires insignes,
Y á Dios y á la ley pretende
Complicar loca en sus crimenes!....
Mas llega al dia el tirano
De la expiacion terrible;
Pues cada deuda se paga,
Y cada plazo se estingue!
A Fakir plazos y deudas
No le importan un ardite,
Y de su sangriento triunfo
Gozoso el bárbaro rie.

Y con sus cómplices fieros,
 Sumergido en los cojines,
 Las venganzas saborea
 De una noche tan horrible.
 Cuando entre idas y venidas
 De cortesanos serviles,
 Cá cen, el sey de execrable,
 Hacia Fakir se dirige;
 Negro es de Zara, que, há mucho,
 En sus maldades le sirve,
 Y es el favorito infame
 De iniquidades insignes.
 — ¿Y ella?... ~~Y él?~~ — al mensajero
 Fakir al punto le dice;
 Y haciendo el siervo una mueca
 Diabólica, indescriptible,
 Fakir dá una carcajada,
 Y la pipa de Hixen pide.

CAPÍTULO VIII.

EL BAZAR...

Allá, bajo las ramas
 De altivo sicomoro,
 Que de un alcázar moro
 Florece en el jardín;
 Una belleza triste
 En queja amarga y sorda
 Con raudas perlas borda
 Las hojas de un jazmin.
 Y nadie está con ella!...
 Y en el vergèl estenso
 Que reina, do quier, pienso,
 Tranquila soledad;
 Pues cércante á lo lejos
 Altísimos tapiales
 Con vallas de nopales,
 Y cedros de Bagdad.
 Las fuentes argentinas
 Murmuran vagos soñes,
 En límpidos pilones
 De jaso y de metal;

Bañando los gilgueros,
 Cantando, en sus espumas
 Las matizadas plumas
 Y el pico de coral.

Las flores con sus risas
 De aroma inmaculado,
 Les brindan á las brisas
 El cáliz virginal;
 En tanto que el rocío
 En vívidos cambiantes,
 Aureola de diamantes
 Circúndale al rosal.

La tarde es blanda y tibia;
 El cébro la alhaga,
 Y el ánimo embriaga,
 Con mágica fruicion.
 Es una de esas tardes
 De atmósfera olorosa,
 De luz color de rosa,
 Y lánguida impresion.

Es una de las tardes
 Que impregna Andalucía
 De encanto y ambrosia,
 En medio de su Eden,
 De aquellas tardes dulces
 Soñadas en Oriente,
 Que agita mansamente
 El viento del Yemen.

Las tardes que fascinan
 Los frescos corazones,
 Y crean ilusiones,
 Y exaltan nuestro ser,
 Y en gratos desvarios
 La mente embebecida,
 Muy lejos de esta vida
 Divaga á su placer.

La cándida doncella
 Absorta en su querrela,
 No vé que ya se estingue
 La luz crepuscular;
 Ni el vario panorama,
 Que en el vergel derrama
 Su encantadora pompa,
 Dió tregua á su pesar.

Oculto entre las tocas
 De airoso y blanco lino,
 Que el viento vespertino
 Agitase sutil;
 Apenas los contornos
 Dibújanse bastante,
 De su gentil talante
 Y cándido perfil.

Que ya la noche cierra,
 Y en el cénit la luna
 Alumbra la moruna
 Belleza del vergel;
 Y plácidos se arrullan,
 Al son de sus ambientes,
 Los árboles, las fuentes,
 Y el pájaro sin hiel.

En medio de esta calma,
 Que embarga dulce el alma,
 É influye en los sentidos
 Magnético vapor;
 La niña solitaria
 Murmura una plegaria,
 Que así al ámbito asciende
 Del Sumo Creador.

II.

POESIA DEL ALMA.

¡Madre de amor,
 Oye y consueta mi acerbo dolor!...
 ¡Estrella del mar,
 Que al sol con tus ojos le das resplandor,
 Acoje amorosa mi horrendo pesar!
 ¡Esfera de luz,
 Do el ala se inflama del rojo querub;
 Aurora del bien,
 Esencia del árbol de gracia y salud,
 Aliento del arpa del místico Eden!...
 ¡Bellísima flor,
 Fragancia del céfiro, del huerto esplendor;
 Sonoro raudal,
 Que su canto enseñas al fiel ruiñeñor,
 Y das al rocío su etéreo cristal!...
 ¡Aureola de Dios,
 Florido collado del alma Sion;
 Palmera eternal,
 Perfume escojido del sacro Tabor,
 Riente cisterna del agua inmortal!...
 ¡Etéreo jardín,
 Que el vuelo embalsamas del real serafin;
 Fanal de candor,
 Que al dia le prestas su nitido albor,
 Y esmalta las noches con astros sin fin!...
 ¡Blando iris de paz,
 Del fuego divino purísima faz;
 Espejo del sol,
 Que llenas los orbes con tu inmensidad,
 Y alumbras la senda del dedo de Dios!...

¡Ampara mi sé,
Que lloro, Señora, postrada á tu pié;
Mi limpia virtud
Acoje en tu manto de eterna salud;
Soy huérfana triste... mi madre tú sé!...

III.

LA OCASION POR LOS CABELLOS

De la sentida plegaria
Vagaba en el aire azul
El dolorido concepto,
Perdido en el eco aun,
Cuando saliendo aparece
De un cenador de abedúl,
A lo largo de una calle
De cantueso y de bambú,
Una blanquecina forma,
Que avanza con prontitud
Hacia la estasiada niña,
Sin hacer ruido ningun.
Se acerca; un albernoz régio,
Fabricado en Estambúl,
Y un turbante con garzota
De ricas perlas de Ormuz
Del huésped recién venido
Anuncian la escelsitud,
Con pantalones de grana
Y babuchas de tisú.
Ya está cerca de la hermosa,
Y su encanto y juventud

Contempla con ojos ávidos,
 Que destellan torpe luz.
 Y ella en tanto reclinada
 Sobre un blando almoradux,
 Absorta en melancolías
 De tristísima inquietud
 Nada vé. Súbito empero
 Los ojos alza hácia el sur,
 Cual si á un ángel contemplára
 Rasgar el etéreo tul...
 Y al mismo punto les cierra,
 Y exhala un triste ¡ay Jesús!...
 Y quiere huir... y de hinojos
 Caé con las manos en cruz.

IV.

FUEGO DE DIOS EN EL QUERER BIEN.

DJIDA.
 ¡Piedad, Fakir!...

FAKIR.
 ¡Djida hermosa!...

¡Por qué pides compasion,
 Siendo de mi corazon
 La sustana poderosa?...
 Te adoro... es un frenesí
 Este amor desventurado!...
 ¡Maldicion sobre mi hadol!...
 Ni sé aun lo que es de mí!...
 Amame, cual te amo yo,
 Sé mia un punto... y despues

Asesíname á tus pies...

No huyas de mí, Djida, no!

DJIDA.

Calla, insensato!...

FAKIR.

Mi afán

Devoré en silencio amargo

Tiempo muy triste y muy largo...

Ya el cráter rompió el volcan.

Quiero decirte mi amor,

A los labios dar la pena

Que me oprime y me enagena...

DJIDA.

No mas... que me causa horror.

FAKIR.

Mírame muriendo...

DJIDA.

Es vana

Esa indómita porfia;

Tu pasión á mí es impía;

Ya lo sabes, soy cristiana.

Mi Dios, Fakir, no es tu Dios.

FAKIR.

Ah!... que tú me odias!...

DJIDA.

No tal,

Aunque me haces mucho mal.

Un abismo hay entre nos.

Aparta!...

FAKIR.

¿No te lastima

Este bárbaro martirio?...

¿No te duele este delirio,
 Que del mal me hunde en la sima?...
 ¿En tu virgen corazón,
 Siquiera una cuerda toca
 La súplica ardiente y loca
 De mi desesperación?...
 O no tienen luz tus ojos,
 Ni tu corazón latidos,
 Ni espíritu tus sentidos,
 Ni aliento tus labios rojos,
 O de ver has mi tormento,
 De escuchar las penas mías,
 De pasar horribles días,
 Y sentirlo que yo siento.

DJIDA.

En nombre del cielo sumo,
 Huye, librame de ti,
 Que temiendo estoy que aquí
 Te convierta un rayo en humo.
 ¡Afuera el profanador;
 Lejos, pues, de mí el perjuro!...
 ¡Afuera!... que en vaso impuro
 No puede abrirse una flor.

FAHR.

Me calumnias. Es verdad
 Que, nacido en el Desierto,
 Nunca el pecho sentí abierto
 Al amor de la beldad.
 Criado en la Libia fiera
 Entré bárbaras usanzas,
 Y en las rudas enseñanzas
 De una vida aventurera,
 Se embotó el humano instinto,
 Cegó la imaginación,
 Y, cual nómada león,
 Fui monstruo de luz estinto.

Mas vine, y te ví... y mi sér
 Trastornado de improviso,
 Cifrado halló el paraíso
 En amar á una mujer.
 Y esa mujer encantada
 Que me arrancó del abismo,
 Y otro sér de mi sér mismo
 Sacó, cual mágica hada,
 Que inflamó en mí el sentimiento,
 Que abrió á la ilusion mi mente,
 Y me hizo lanzar ardiente
 Al sol en alas del viento...
 Eres tú, radiante houri,
 Cándida vision de un sueño!
 Y si al fin no soy tu dueño...
 No sé qué vá á ser de mí.

DJIDA.

¡Tuya!... Jamás. Morir antes
 Mil veces. Zayde me adora!
 En mi pecho él solo mora...

FAKIR.

¡Djida!... Djida!... No levantes
 La tormenta de mis celos,
 Por el bien de ambos.

DJIDA.

Y él vive,
 Y Córdoba le apercibe
 El dosel de sus abuelos.
 Le amo, Fakir... y él me ama,
 Como ama el ave á la fuente,
 Como el pájaro al ambiente,
 Como la flor á la rama...
 ¡Puro, eterno amor!

FAKIR.

¡Infierno!

Ni una palabra mas, Djida!...
 Al fin rasgaste mi herida...
 ¡Confúndanos el Eterno!...
 ¡Miserá!... ¿Por qué ese nombre?
 Recordaste maldecido?...
 ¿Con que tanto le has querido?...
 ¡Mil rayos sobre ese hombre!
 Me enloqueces... me asesinas...
 Mas ¡tristes de los dos!...

DJIDA.

¡Fiero!

FAKIR.

Ya soy lo que fui primero:

DJIDA.

¡Valedme, fuerza divina!...

FAKIR.

¿No me amas? Está bien!...
 Concede á Zayde tu pecho,
 Hazme morir de despecho...
 Sea... acepto tu desdén.
 Y pues con tanto rigor
 Usas en mí tu albedrío,
 Yo quiero hacer bueno el mio.
 ¡Esclava!... Soy tu señor!

DJIDA.

¡Mi señor tú!...

FAKIR.

En el bazár

Te adquirí por mercancía,
 Cuando por tu apostasia
 Perdiste el paterno hogar.

DJIDA.

¡Mónstruo!

... ¡Mia vas á ser!
DJIDA.
 ¡Qué horror!
FAKIR.
 Soy dueño de ti,
 ¡De rodillas!...
DJIDA.
 ¡Ay de mí!
FAKIR.
 La odalisca... la mujer...
DJIDA.
 ¡Piedad para mi virtud!...
FAKIR.
 Nada es tuyo en el haren.
DJIDA.
 Tomad mi vida mas bien!...
FAKIR.
 Yo quiero tu juventud.
DJIDA.
 Moriré.
FAKIR.
 No hay mas allá.
DJIDA.
 ¡Virgen, amparadme hoy!
 Mártir de la virtud soy.
 ¡Madre mia!... en salvo está.

V

HEROISMO VIRGINAL

D

Y desprendiéndose Djida
 De los brazos del infcuro

En el postrimer esfuerzo
 De sus agotados brios,
 Se lanza en inmensa alberca,
 Con heroico delirio,
 Y hace custodia á las ondas
 De su inmaculado hechizo.

Fakir un momento absorto,
 Prorumpen en atroces gritos,
 Y loco á su alcázar corre
 Por domésticos y amigos.
 Y el silencio de la noche
 Y del haren el sigilo
 Se turba en el mismo instante
 Con estrepito inaudito.

Y corren por los jardines
 Siervos, guardias y beduinos,
 Y orillas del lago vagan
 Con hachones encendidos.

Y mientras Fakir dá muestras
 De hallarse falto de juicio,
 Y Djida sobre las aguas
 Flota entre tumbas de vidrio,
 Se oye vagar á lo lejos
 Entre las auras perdido,
 Del cisne de las montañas
 Canto de muerte dulcísimo.

Mucho amo y poco bruno
 Platican en colrada
 Mandan con crecimientos;
 Que las pasiones ariesas,
 Artisegados los empobres.
 Discordes los parecetes,
 Frotido el colopio y trecio,
 Larga ha sido la vigilia,
 Vaciante los resfijos.
 Y las lamparas ya arrojadas

CAPITULO IX.

CONCILIABULO.

Y ya en lo mas retirado
De un camarin arabesco
De la sólida Alcazaba,
Que habita Fakir soberbio,
Los caudillos Abasides
Juntos están en consejo,
En torno del fiero jefe
Que acata su bando fiero.
Avanzada está la noche,
Los semblantes macilentos,
Y las lámparas ya arrojan
Vacilantes los reflejos.
Larga ha sido la vigilia,
Prolijo el coloquio y récio,
Discordes los pareceres,
Arriesgados los empeños.
Que las pasiones aviesas,
Mandan con crecimientos;
Platican en cofradía
Mucho vano y poco bueno?

—Al fin, ¿convenimos todos,
 Dice Fakir en pié puesto,
 Que Zayde muera?...—Su muerte,
 Repone un Jeque Marrueco,
 Es de la fortuna nuestra
 El principio y fundamento.
 —Que muera,—repiten todos
 Los conjurados frenéticos;
 Y aquella palabra horrible
 Repite cóncavo el eco.
 —Morirá;—Fakir afirma,—
 Sea público escarmiento.
 —No, Fakir,—contesta al punto
 Un Ulema torvo y viejo;—
 Nada de cadalso y sangre;
 Nos perderia... lo advierto.
 Zayde es hijo de los reyes,
 El *Beni-Omeya* postrero;
 Y puede en mártir tornarse
 El que sentenciamos reo.
 En Córdoba hay muchas gentes,
 Que le hacen partido ciego;
 Y hay de los *Aben-Omeyas*
 Memorias en bravos pechos.
 Recordad hace tres noches...
 Su presencia en un momento
 Armó mil valientes brazos,
 Y nos puso en hartó riesgo.
 Quizá su atroz sacrificio
 No viera paciente el pueblo...
 Y una vez lanzado el guante,
 Una chispa hace un incendio;
 ;Harto os digo!.. Miradlo!...
 Mas no jugueis con el fuego;
 Quien tanto la cuerda estira,
 El arco rompe de cierto.

«De audaces es la fortuna,
 Responde un morillo avieso;
 Caiga quien caiga, adelante,
 El que vence, es el mas bueno.»
 Aplauden los imprudentes
 Este discurso indiscreto,
 Y quieren llevar las cosas
 Sin dobléz á sangre y fuego,
 Y con la suya salieran,
 Porque en lances como estos,
 Aquellos que hablan mas alto
 Suelen hacer mas efecto,
 Si Fakir no prorumpiese
 Con irresistible acento,
 Cerrando todos los lábios
 Solamente con un gesto:
 —«La voz de Alláh ha sonado
 En la del sábio Consejo.
 Muera Zayde... pero muera
 En las sombras del misterio,
 Que murió en la lid nocturna,
 Le haremos creer al pueblo;
 Lo demás corre á mi cargo.
 Contad á Zayde por muerto.»

II.

LA TORRE NEGRA.

Aguardando por instantes
 La muerte en su calabozo,
 Tan profundo como un pozo,
 Insecto, oscuro y letal,

EL ÚLTIMO BENI-OMEYA.

131

Yace el jóven sin ventura,
Que aquella turba homicida
Condenó á perder la vida,
Cual nefando criminal.

Tres dias há que, allí hundido,
Ni la luz sus ojos dora,
Ni siente sonar la hora,
Ni escucha la humana voz.
Ignora dónde se encuentra,
Ni sabe quién le ha traído,
Ni qué en Córdoba ha ocurrido.
Desde aquella noche atroz.

Solo adivina que, presa
De su bárbaro enemigo,
Sin defensa está ni abrigo,
Y por tanto ha de morir.
Dispuesto está; nada espera,
Ni teme tampoco nada,
La vida es una jornada,
Y la muerte un porvenir.

Mas una idea en su alma
Hay que le apena y le hiera:
¿Qué es de la mujer que quiere?...
De su Djida hermosa, ¿qué?
Si pereció...; infeliz niña!...
¿Quién la arrancó á sus valientes?...
¿Y nadie entre tantas gentes
Le dijo dó está y quién fué!

—;Ella á merced de un hebreo,
Con traje de nazarena,
Y arrastrando la cadena
De la condicion servil!...
;Y entre mercenaria gente
Puesta al público desdoro,
Derramando amargo lloro,
Del ha rén cual prenda vill!...

—¡Cuánto enigma para el triste!...

¡Y el peligro era inminente,
Pues le pidió, la inocente,
A gritos la salvacion!...
¡Y habló de su honor!... ¡Horrible,
Mortal é implacable duda!...
Sangre el desdichado suda,
Se estravía su razon.

Entre su delirio acerbo,
De esta fiebre dolorosa,
Que mortífera le acosa,
Entre el trájico vapor;
La imágen torva, execrable,
De Fakir se le aparece,
Y su tormento escarnece,
Y se goza en su dolor.

Él es de Djida el tirano,
Él causa su desventura,
Él la amó con llama impura...
¿Qué de la infeliz será?

Y Zayde sumido se halla
En una torre ferrada,
Y ni puede ir á su amada,
Ni tiempo es acaso ya.

¡Desesperacion!... Si amaste,
Oh lector, divinas prendas,
Fuerza será que comprendas
De Zayde el horrible afan.
Porque todos los amantes
Con su prodigioso instinto,
En el hondo laberinto
Del dolor duchos están.

¡Ignorar si muere ó vive
El ángel que el alma adora,
Ni dónde, ni con quién mora,
Ni si sabe de su bien!...

¡Temblar por su vida y honra,
 Imaginar su agonía,
 Perderlo todo en un día,
 Y caer desde el Eden!...
 ¡Y el triunfo soñar infando
 De un rival torpe y aleve,
 Y estarlo oyendo y mirando
 Con rabia en el corazón!...
 ¡Y estar maniatado, inerte,
 Cual fiera en la red cojida...
 Es el infierno en la vida,
 La suprema maldición!!

III.

LA SULTANA

Mis lectores impacientes
 No han olvidado sin duda
 A una persona de cuenta
 En esta historia vetusta.
 Aquella engañada mora,
 Aquella eclipsada luna,
 De Hixen desleal sultana,
 De Fakir víctima ilusa;
 La del amor mal pagado,
 La de homicida hermosura,
 La de los tristes recuerdos,
 La insana y mísera Zulma.
 Desde Hixen por su mal arte
 Descendió á la sepultura,
 Mucho ha vertido de llanto,
 Mucho sufrido de angustia.

Porque conoció, aunque tarde,
De Fakir la infame astucia,
Y hubo de volverse loca
De celos, venganza y furia.
Pero despues, como el tiempo
Es medicina segura,
Zulma tornó á ser quien era,
Y se plegó á su fortuna.
Y á Fakir dócil sirviendo,
Y dando á su plan ayuda,
Ya que no amante, su cómplice
Resignase á ser en suma.
Y cómo ella es la sultana,
Y de Hixen fué dueña única,
Copiosos amigos tiene
y manda en espadas muchas.
Y en Córdoba y en su reino
No hay otra voz que la suya,
Pa ra los que á Zulma deben
Mercedes y honras augustas.
Fakir, pues, de iras y celos
Creyéndola en total cura,
Y pensando que el destino
La une eterne á su coyunda,
Pensando tambien que el crimen,
Que con él la mancomuna,
Y que de los Beni-Omeyas
La envuelve en las iras justas,
A su interés y á su suerte
Por siempre jamás la aduna,
Fia de ella como antes,
Y la sume en sus conjuras.
Así, en la ocasión presente
Que á Zayde le abre la tumba,
Y que, peligrosa un tanto,
Harto á Fakir preocupa,

EL ÚLTIMO BENI-OMEYA.

135

Le hemos de oír con la mora
 En fatídica consulta,
 Sobre un diván recostados
 Entre cojines de púrpura.

IV.

ARMA DE DOS FILOS.

ZULMA.

¿Eso es lo acordado?

FAKIR.

Sí.

ZULMA.

La muerte?...

FAKIR.

Está decidida.

ZULMA.

¿Y muerte oscura, escondida?

FAKIR.

En que hé menester de tí.

ZULMA.

Soy tuya; uníome el destino

A tu arriesgada fortuna;

Y vamos ambos á una

Por idéntico camino.

De acero son nuestros lazos;

Primero de amor y fuego,

De sangre y de crimen luego...

Nada les hará pedazos.

AYERMO-1 FAKIR. MILIU JA

Lo sé... y así yo te quiero.
¿Qué es del tósigo?

ZULMA.

¿Pretendes

A él acudir?...

FAKIR.

Bien comprendes...

ZULMA.

Ayer hice un frasco entero.

FAKIR.

¡Brevaje infernal!

ZULMA.

Sin él

No hay bien válida esperanza;
Es arma que á todo alcanza,
Tan precisa como fiel.

FAKIR.

Dáme el secreto.

ZULMA.

Jamás.

Siempre estará á tu servicio;
Baste pues tal sacrificio,
Y nunca me pidas más.

FAKIR.

Sea así. ¿Y quién tu maestro
Fué en ese misterio infando?
¿Dónde le aprendiste? ¿Cuándo?...
¿Me asusta ese arte siniestro!

ZULMA.

Allá, donde Babilonia
Sus muros un tiempo alzó,

A un nigromante ví yo,
 Despues de cautiva en Jónia;
 Y á él debí la oscura ciencia
 De los filtros y elixíres.

FAKIR.

¿Y lees los porvenires?

ZULMA.

Lo veda nuestra creencia.

El sábio alzaba figura,
 Platicaba con los astros,
 Y cercos trazaba y castros,
 Y decia la ventura.

Era todo un zahori;
 Y en crisoles y redomas,
 Tenia almas entre aromas,
 Y en cada esencia una houri.

Y á la luz de cierta estrella,
 Del bicho al sonar el grito,
 Con la hiel de algun cabrito
 Y cabellos de doncella,

De fuego sobre un tazon,
 Hecho con huesos humanos,
 Y ajitapdo en ambas manos
 Las guedejas de un leon,

Una noche en cada mes
 Negros conjuros hacia...
 É inerte el triste yacia
 Por largas horas despues.

FAKIR.

¡Arte espantoso!

ZULMA.

Es verdad;
 Mas tambien del viejo sábio

La ciencia hablaba en el lábio,
Y habia en su alma piedad.

De las yerbas cenocia
La virtud medicinal,
Y al cuerpo herido del mal
La salud volver solía.

Y por montes y collados
Buscaba jugos y plantas,
Y el arbusto en las gargantas,
Y la flor sobre los prados.

Y leia en mamotretos
De enigmática escritura,
Y contra la calentura
Daba cifras y amuletos.

Y oíale hacer memoria,
En su éstasis, de Avicena,
Y el alma de fé asáz llena
Hablar de génio y de gloria.

Y tambien le ví llorar
Por Córdoba, la moruna,
A la luz de blanca luna,
Junto al solitario mar.

FAKIR.

¿Y cómo le conociste
Tan lejos de aquí?

ZULMA.

Ese cuento
No hace hoy para tu intento...
Y es muy largo y es muy triste.

FAKIR.

Sí, vamos á lo que importe,
El tósigo á Zayde.

ZULMA.

Bien.

¿El mismo que mató á Hixen?...

FAKIR.

El que mas la vida acorte.

ZULMA.

¿De qué ha de morir?...

FAKIR.

De heridas

En una lid.

ZULMA.

¿Muy recientes?

FAKIR.

Anteayer.

ZULMA.

Serán patentes.

Dáselas por recibidas.

FAKIR.

Pronto.

ZULMA.

Mañana á la noche.

FAKIR.

Vamos por el filtro.

ZULMA.

¿Cómo?

FAKIR.

Antes necesite el pomo.

ZULMA.

Vas de prisa!...

FAKIR.

¡Ese reproche!...

ZULMA.

¿Pues cuál es tu plan?

FAKIR.

Cazin

Será el que á Zayde...

ZULMA.

No;

FAKIR.

¡No!...

ZULMA.

A Zayde lo mato yo.

Lo pido, lo exijo, en fin.

FAKIR.

¿Pero tú?...

ZULMA.

¡No te se alcanza

El por qué?

FAKIR.

Vagos recelos...

ZULMA.

La que él ama... me dió celos,

Yo doy muerte á su esperanza.

FAKIR.

¡Venganza atroz!...

ZULMA.

De mujer.

Y no solo eso. Deseo

Su cadáver por trofeo.

FAKIR.

Contempla...

ZULMA.

Mio ha de ser.

No cuentas sino conmigo.

FAKIR.

¿Y qué objeto?

ZULMA.

Yo le sé.

FAKIR.

Nadie le verá.

ZULMA.

De fé.

FAKIR.

Te doy pues á mi enemigo,
Pero mañana...

ZULMA.

A la una,

Al pié de la torre estás...
Y cómo cumplo verás.

FAKIR.

Á nimo y buena fortuna!

V.

UN DRAMA Á MEDIA NOCHE.

Profundas son las tinieblas,
Ni una sola estrella luce,
Y en alas del ronco viento
Vagan en tropel las nubes.
Una tempestad amaga,
Lejano su son ya ruje,
Y fosfóricos reflejos
Del cénit bordan la cumbre.
Y algunas gotas enormes
De la esfera al través fluyen,
Que en las solitarias calles
Lentas caen con sonos lúgubres.
La noche es asáz medrosa;
Y los moros andaluces

Ni platican en las rejas,
Ni cantan en los adufes.
Porque, en silencio las ruas,
Nadie por ellas discurre;
Y los portones cerrados,
Las casas son atahudes,
Y Córdoba de tal modo
En calma y pavor se sume,
Que parece el negro alcázar
Del génio del caos fúnebre.

Sin embargo, algunas sombras
Trás de aquella esquina surjen,
Que avanzan al pié del muro,
Y en la poterna se hunden.
Y eran cuatro ú seis..., si acaso
Mis ojos no están inútiles,
Veladas en albornoces,
Y aviadas con capuces.
Y ni una palabra sola
Del labio discreto huye,
Y con cautela caminan...
Mas sin mostrar inquietudes.
Dentro de la *Torre negra*,
Cuyo rastrillo no ruge,
Los fantasmas se sumieron
Del foso al través palustre.
¡En la *Torre negra!*.. tumba,
Que tantas presas engulle,
Y que en su insondable abismo
El crimen por siempre encubre.
¡La *Torre negra!*.. antro horrible,
Que horror á la gente infunde,
Y hace erizar el cabello
A gentes de mucho empuje!..
Y consejas temerosas
Por el vulgo fácil cunden,

Que al oído unos de otros
 Se cuentan con pesadumbre.
 Nadie á su sombra se sienta;
 De sus cercanías se huye,
 Cual si algun fantasma fuese
 fatídico é insalubre.
 Dicen que allí ayes se exhalan
 En las nocturnas quietudes,
 Y que alguna vez la sangre
 Por sus grietas escurre.
 Y que á las almenas toseas
 Una sombra enorme sube,
 Y en el río, que al pié corre,
 Arroja informes volúmenes.
 Tal es el lugar terrible,
 Donde entraron en resúmen
 Aquellas sombras veladas
 De albornoces y capuces.

VI.

JORNADA ENTRE BASTIDORES.

Dentro de la *Torre negra*
 Mansion de tantos horrores,
 Entrad, si quereis, lectores,
 Seguir al historiador.
 Y de un drama tenebroso
 Vereis pronto una jornada
 Fatídica, é ignorada
 En las sombras del dolor.
 Y para ver, sin ser vistos,
 Entrad con silencio y tino

En un pabellon mezquino
 De silleria ojival.
 Y desde un registro angosto,
 Que tiene en su pavimento,
 Escrutad con ojo atento
 Una mazmorra glacial;

Como ese embozado moro,
 Pegado á la húmeda losa,
 Con vista febril y ansiosa
 Se halla haciéndolo tambien,
 Ingeríos á su lado

Y mirad á donde él mira...
 ¡Ola!.. ¿os pasma y admira
 Lo que vuestros ojos vén?

Pues creedlo. Ese mancebo
 En la prision sepultado

Es Zayde... ¡desventurado!..
 Oprimido sin piedad.

Sobre la pizarra yerta
 Yace el mísero, sus brios
 Agotado han los ímpíos
 Con traidora crueldad.

Tres dias há que cautivo
 En aquel sepulcro horrible,

Que al hombre devora vivo,
 Le sumerjió el hado atroz.

Y ni aire, ni luz, ni agua,
 Ni ningun auxilio humano

Debe á la enemiga mano,
 Cual una bestia feroz.

Le ahoga el ambiente infecto
 De aquella cripta espantosa;

La sed candente le acosa,
 Decae su aliento vital.

Y al fisico sufrimiento,
 Para colmo de martirio,

Se une implacable el delirio
De su agonía moral!

Sobre un sillar denegrido,
Sentada á su cabecera,
Hay una mujer severa.
¡Zulma... la Sultana es!
Zayde la completa absorto
Con ojos desvanecidos;
Y ella con tristes sonidos,
Esclama:—«Acabemos, pues,

O mañana sobre el muro
Y á la pública maucilla
Dás el cuello á la cuchilla
Por sacrilego y traidor;
O del tósigo aceptando
Espontáneo el sacrificio,
Te libértas del suplicio,
Y al fin, mueres con honor.

Elije!... yo sé que arriesgo
Con este imprudente paso
La existencia mia acaso...
Que es audaz mi compasion.
Pero he debido á tu raza
La prez del tálamo augusto,
Y cumplo un deber muy justo
Salvándote del baldon.

Y ya que darte no puedo
La libertad, á lo menos
Muere aquí como los buenos,
No en la plaza como un vil.
Y cuando vengan mañana
A buscarte los sayones,
Hallen su esperanza yana...
Y un héroe te aclamen mil.»

Calla la Sultana; y Zayde,
Juntando su esfuerzo todo,

De incorporarse halla modo
 En el triste lecho aquel.
 Y del fuego de los héroes
 Una chispa hallando en su alma,
 Con noble y solemne calma,
 Mártir de su causa fiel:

—«Sultana, prorumpo osado,
 No me dá espanto la muerte,
 Pues la ví con pecho fuerte
 Muchas veces ante mí.
 A morir con calma noble
 Me enseñaron mis abuelos;
 Pues está escrito en los cielos,
 Moriré... que á eso nací.

Pero nunca por mi mano.
 Venga, si quiere, el verdugo,
 Y puesto que al hado plugo,
 El cadalso aterrador.
 Soy víctima de un tirano;
 Iré firme al sacrificio...
 De los siglos luego el juicio
 Dirá, quién es el traidor.

Moriré como he vivido;
 Que á quien el crimen no humilla
 No le infama la cuchilla...
 El martirio es un laurel,
 Y fuera en mí cobardía
 Desmentir mi último aliento,
 Aún digno de mí me siento...
 Jamás renunciare á él.»

—«Contempla, Zayde, repone
 La Sultana imperturbable,
 Que no mata solo el sable,
 Y el patíbulo vulgar.
 Hay otra muerte traidora,
 Sombria, espantable, lenta,

Que sus agonías cuenta,
Que se vé... y siente llegar.

Ya lo ves!... Hace tres días

Que en esta tumba sumido,

Ni una voz liero tu oído,

Ni la luz tus ojos ven.

...! Ni el agua tus fauces secas

Vivifica y pura toca,

Ni el pan se llegó á tu boca.

— «Todo eso es verdad!... ¿y bien?..»

— «¿Y bien?... ¿si acaso el tirano!

De tus angustias sediento

A ese bárbaro tormento,

A esa desesperacion,

Que arranca el sér á pedazos,

Que paso á paso asesina,

Implacable te destina?

¿Si mueres de inanicion?...»

— «Qué horror!» — «Contéplate, mira*

Tu cuerpo desfallecido...

Es tenuado tu sentido...

Falto de aliento además!...

¡Hora por hora sintiendo

Las fuerzas huir vitales;

Y por colmo á tantos males

El alma viva, no más!...»

— «¡Es verdad!...» — «No esperes nada;

Pasará este y otros días,

Crecedrán tus agonías...

Sentirás morir tu sér!...

¡Verás revolar la muerte

En torno á tu helado lecho...

Llamarásla con despecho

En tu horrible padecer!...

¡Y no vendrá!... ¡Y poco á poco

Helando tu inerte masa,

Sentirás que por ti pasa...

Sin matarte al cabo aún!...

Sufrirás dolores fieros, ...

Vértigos de rabia atroces...

Y ya no podrá dar voces,

Ni hacer movimiento algún!...

¡Y un cadáver semivivo

Siendo al fin!—«Basta!...; Qué espanto!...

No inventa el infierno tanto!...

Venga el tósigo!»—«Tuyo es.»—

«Y Zayde con calma fría

Le lleva al labio!... y le agota;—

Y el pomo al punto rebota

En pedazos á sus piés.

VII.

CANTO DEL CISNE.

Voy á morir, Sultana!... Mi estrella está cumplida;

Voy á morir!... sin duda estaba escrito así!...

¡Es triste, pues, muy triste dejar, cual yo, la vida,
De gloria y de ilusiones radiante para mí!...

¡Triste es morir tan jóven y lleno de esperanzas,
Apenas de la vida pisando el verde umbral;
Cuando la mente crea risueñas lontananzas,
El mundo contemplando por mágico cristal!

¡Cuando de blandas flores la vida es una senda,
Y á el alma mece un sueño de estática vision,
Y el fuego inmaculado en su usuroria ofrenda
Nos crea mil fantasmas, que adora el corazón!

¡Cuando de la existencia la inmarcesible aurora
Sonríe ante los ojos, cual prisma celestial!...

¡Triste es morir... muy triste, cual yo, Sultana, ahora,
Cayendo desde el cielo en la mansion del mal!...

¡Adios, los inocentes y luminosos dias
De mis primeros años, que eternos yo creí!...
¡Adios, las infantiles y blancas alegrías,
Que en torno de mis sueños volar un tiempo ví!

¡Adios, edad querida de cándidos encantos,
Henchida de perfumes, riquísima de paz...
¡Adios, placeres míos, castísimos y santos,
Floridas ilusiones de mágico soláz!...

¡Adios, mis esperanzas... adios, amores míos,
Más puros que el arrullo del pájaro sin hiel!...
¡Adios, Djida inocente, murmullo de los ríos,
Luz blanca de la luna, sabor de casta miel!

¡Adios, las blandas noches de trovas y querellas,
Perdidas en la sombra del fragil mirador,
En que mi afán oía la bella de las bellas
De bandolines suaves al canto seductor!...

¡Adios, los arrogantes y espléndidos torneos,
En que la aclamé reina del sexo encantador!...
¡Adios, triunfos bizarros, magníficos trofeos,
Con que alfombré sus plantas, por ella vencedor!

¡Adios, las rumorosas y frescas arboledas,
En que escuché a su lado dulcísimo al *bulbul*; (1)
Adios, los arroyuelos de claras ondas ledas,
Que su beldad copiaban en el cristal azul!

¡Adios, las enramadas de rosas y alhelles,
Los kioscos transparentes con vidrios de color,
Donde la ví cual reina de todas las houries,
Y de la vez postrera la dije mi dolor!!!!...

Ya oír no podré en breve el son de los torrentes,
Ni al pájaro en las selvas, ni el aura en el jardín;
Ni ver podrán mis ojos las aguas transparentes,
Ni del alegre mayo la aurora de carmin.

(1) Ruisenior, entre los árabes.

Ya no me será dado de las nacientes flores

En el virgineo cáliz perfumes aspirar;

Ni contemplar gozoso del sol los resplandores,

Ni rielar la luna sobre el sonoro mar.

¡Adios, ricos laureles y heroicas hazañas,

Estruendo embriagado de la radiante lid!...

¡Adios, ecos perdidos por valles y montañas,

Que el himno al viento entregan del inclito adalid!...

¡Que no me fuera dado morir en las batallas,

Cual se usa entre los míos, al pié de mi pendon,

De trágico sudario sirviéndome las mallas,

Y de prostrar amigo mi bravo y fiel bridon!

¡Adios, días de triunfo, de plácidos loores!

¡Adios, Córdoba hermosa, *Medya* occidental,

De las ciudades reina, joyel de cien colores,

De fuego, con aureola y manto de cristal!...

¡Adios, la patria mia!... del árabe sultana,

Alcázar victorioso, delicia de la houri,

Con tu alfombra de rosas, tu atmósfera de grana,

Y tu corona fresca de nardo y de alhelí!

¡Adios, suelo querido, que fué mi dulce cuna,

Regado con mi sangre bizarra é imperial;

Espejo donde brilla la roja *media luna*,

Y el sólio de mis padres alzárase triunfal!...

¡Adios!... Por tí armé fiero la vencedora mano

Que el carro de tu gloria guió mas de una vez;

Librarte quise ¡oh patria! del peso de un tirano!

Y me negó el destino tan cara y suma prez.

Por tí voy á la muerte... ¿qué tengo ya en la vida?...

Mi estrella apagó, há tiempo, su fugitiva luz!...

Tras luengas amarguras perdí á mi dulce Djida!...

¡Mas una palma brota triunfal en su atabud!

¡Muramos!... Ya mis ojos quebrados se oscurecen!...

La cárcel de este mundo empíezase á romper...

Y sobre mí venirse los cielos me parecen...

Mi voz no llega al lábio... disuélvese mi sér... (1)

¡Sultana!... hasta la tumba!... di á Córdoba doliente
 Que légola en herencia mi sangre y corazon...
 Alláh sea conmigo!... La muerte del valiente
 Es palma de martirio y sol de salvacion.

VIII.

CUARTANA DEL LEON.

Y en pie poniéndose el bravo
 En la agonía ya última,
 Recibir quiere de frente
 A la parca tremebunda,
 Y faz á faz contemplarla,
 Y digno ser de su alcúrnia,
 Y morir como los buenos,
 Con muerte heroica, augusta.
 ¡Vedle!.. Inpávido el semblante,
 Llamas sus ojos fulgulan,
 Y vencedora sonrisa
 Por sus lábios frios cruza!
 ¡Majestuoso en el talante,
 Teatral en su apostura,
 Heroico en su martirio,
 Sublime en su postrer lucha!
 Sobre sus desnudos hombros
 Flota un alquicél de púrpura,
 Que al par de sus ademanes
 Los ricos pliegues ondula,
 Sin el turbante esmeralda,
 Flota la madeja lúcida
 De su cabello fragante,
 Deshecho en airosas plumas.

Y en el descubierto pecho,
 Rota de lino la túnica,
 Las bermejas cicatrices,
 Los ojos tristes deslumbran.
 Y asido en la diestra mano
 Un liston azul columpia,
 A guisa de pendon régio,
 Que ha de dar sombra á su tumba.
 ¡Vedle!.. Ni Atenas ni Roma
 Producir pudieron nunca
 Con cinceles y colores
 La estátua del valor muda,
 Cual Zayde, el último Omeya,
 Magnífica la dibuja
 Con su aliento soberano,
 Con su inmortal desventura.
 Mas súbito se desploma
 Sobre la pizarra dura,
 Y reina al punto el silencio...
 El silencio de las tumbas.

¡Vedle!.. ¡Vedle!.. ¡Vedle!
 Llamas sus ojos fulgurantes,
 Y venecobras sonoras
 Por sus labios frios cruzan!
 ¡Majestuoso en su aspecto,
 Tentar en su apostrofa,
 Héroe en su martirio,
 Sabino en su postrer lucha!
 Sobre sus desahucos lindos
 Flota un alfiler de púrpura,
 Que al par de sus ademanes
 Los ricos pliegos ondula.
 Sin el turbante esmeralda,
 Flota la madeja blanca
 De su capello ligante,
 Deshecho en avosaz plumas.

CAPITULO X.**I.****LAS CAÑAS SE VUELVEN LANZAS.**

En la pintoresca plaza
De Córdoba la moruna,
Densa y alegre se aduna
Con afan la multitud.
Corren los viejos y niños,
Los grandes y los pequeños,
Y á porfia se hacen dueños
De su espléndida amplitud.

Por los pórticos y ruas,
Hierva el gentío incesante,
Cual rio inquieto y gigante,
Que osadó se arroja al mar;
O cual colosal serpiente,
Que en vastas ondulaciones,
Ajita sus eslabones,
Arrastrándose al azar.

Colgadas de ricos paños
Las suntuosas galerías,
Y cuajadas sus crujías
De las moras de mas prez;

Riendo en las azoteas,
 Empavesadas de grana,
 Una juventud galana
 Respirando esplendidez;
 Los Ulemas y Cadíes
 En lujosos pabellones,
 Y los inclitos varones
 En riquísimo sitio;
 Y el pueblo, y los allegados
 Acomodándose aprisa
 En las gradas y tablados,
 Que circúndan plaza tal;
 Córdoba entera allí asiste,
 Y de Andalucía bella
 Allí está también con ella
 Lo mas granado y mejor.
 Porque aquella hermosa plaza
 Es hoy la honrosa palestra,
 Donde deben hacer muestra
 La destreza y el valor.

Porque Fakir ha llamado,
 A correr lances y cañas,
 A gentes propias y estrañas
 Con alarde militar.
 Y él sostiene altivo el campo,
 Y al son de agudos clarines
 Convoca los paladines
 Desde el uno al otro mar.

Y no solo en tierras moras;
 Que en Aragón y Castilla,
 Y demás, do la cruz brilla,
 Ha sonado su pregon.
 Y otorga salvo-conducto
 A todos los caballeros
 De los ámbitos iberos
 Para su marcial función.

Hoy es el insigne día
 De la fiesta de los bravos,
 Cuya gala y bizarría
 Córdoba se apresta á ver.
 Y mañana los wallies
 Y otra poderosa gente
 Un califa al Occidente
 Van á dar... Fakir va á ser.

Y Fakir celebra ufano
 En el plácido torneo
 El logro de su deseo,
 Que seguro cuenta yá.
 Y bajo el pretesto noble
 De las cañas y alcaucías,
 De las dos Andalucías
 Juntando parciales vá.

¡Vedle!... del palenque en medio,
 Rodeado de córte armada,
 Vencedor en la estacada
 De uno y otro campeón;
 Ébrio, fascinado, loco,
 Con los venales loores
 De siervos aduladores,
 Traficantes de ambición.

¡Feliz estuvo, por cierto,
 Fakir en los lances varios!...
 ¡Puso de muchos contrarios
 La lanza rota á sus piés!
 Y ya el sol vá declinando,
 Y nadie á lidiar se ofrece;
 Fakir triunfante aparéce,
 Y alzar manda su pavés.

Pero al punto en que sus seydes
 Al viento dán su bandera,
 Lánzase á toda carrera
 En la plaza un adalid.

Síguenle seis trompeteros,
 Que exhalan de sus metales
 Eces de guerra mortales,
 Que llaman á fiera lid.

Con rutilante armadura,
 Vestido viene el guerrero,
 De leonés caballero,
 Sin divisa ni señal.

Y de su yelmo radiante
 Trae la visera calada!...

¿Si al pregon de esta jornada
 Venido habrá don Bernal?...
 ¿Bizarro es, por vida mia,

El bélico aventurero,
 Que monta un ardiente overo,
 Con apostura gentil!

Con la tupida celada
 A todos niega el semblante;

Mas llega, y lanzando un guante
 De Fakir al rostro vil:

—«En guardia, á muerte ó á vida,
 Esclama, traidor villano!

¿A caballo y lanza en mano;
 A triunfar ó á perecer!»—

Y un punto despues se arrojan
 Uno al otro, frente á frente,

Trabando una lid ardiente
 De poder contra poder.

II.

LA ULTIMA DE LAS RAZONES.

Fakir sobre un potro de crines nevadas,

Que flotan pomposas en fondo alazan,
Devora la arena con récias pisadas,
En alto llevando su atroz yatagan.

A su encuentro vuela en potro bizarro,
Que engendro del viento y el sol fué fugaz,
Allá por las vegas doradas del Darro,
El fuerte mancebo de incógnita faz.

En medio se encuentran los dos del estádio,
Fulminan sus brazos el hierro á la par,
Y un golpe tremendo resuena en su radio,
Que mil y mil pechos allí hace vibrar.

Entrambos aceros chocándose duros
Relámpago entonces forjaron sutil:
Empero en las sillas se ostentan seguros
Los fieros rivales con brio gentil.

Ya toman espacio, y á nueva carrera
Preparanse raudos... ¡el choque otra vez!..
Fakir al contrario le hendió la visera,
Y aplaude este acaso la turba soez.

El rostro le ha herido, pues fluye en su gola,
Cual ténue reguero la sangre marcial;
Fakir lo vé al punto, y á usanza española
De nuevo le asesta un tajo mortal.

Un grito el concurso terrífico arroja,
Contándole muerto... ¡ya vence Fakir!..
Mas salta en pedazos al viento su hoja,
Y quédase inerme el bárbaro Emir.

¡Las gentes se asombran!.. pues ver no han podido
Que el mozo extranjero, diestrisimo asaz,
Al hierro homicida sobre él desprendido,
En círculo estrecho de impulso fugaz,

Terrible oponiendo su fuerte cuchilla,
Enlaza la otra, cual sierpe sutil,
Y al punto la rompe, y en fragil astilla
Saltar la hace el bravo con golpe viril.

Fakir que del triunfo ya casi por dueño

Se vió hace un instante, — ¡fortuna sin fé! —
Sin armas ahora, burlado su empeño,
Cual fiera en el monte, batido se vé.

Que su antagonista bizarro y resuelto
Con giro ineesante le cerca, ¡pardiez!...
Y en medio del circo contéplase envuelto,
Y á muerte y á vida dél solo á merced.

Y el bravo encubierto, ya pálido y frio
Mirando del sólio al torpe raptor,
Su alfanje echa al aire, y corre al impío,
Cual vuela á su presa soberbio el azor.

A él llega... le ase, con brazos de hierro
Le arranca sañudo del bélico arzon;
En alto le agita... y al fin como á un perro
Le arroja en la arena, cual otro Anteon.

Y el rostro descubre!.. y al pueblo se muestra;
— ¡Victoria j or Zayde!.. ¡los míos á mí!.. —
Así esclama el héroe, y alzando la diestra
Su roja bandera se aleja de allí.

III.

EL QUE CAE NO SE LEVANTA.

Al vencedor del tirano
El pueblo entusiasta aplaude,
Y en torno de la gran plaza
El júbilo rasga el aire.
Que el pueblo siempre sensible
A lo que es bizarro y grande,
Del corazón obedece
Al noble y ardiente arranque.

Por eso, á pesar del riesgo
Que envuelven aplausos tales,
A cientos se baten palmas,
Y hay vitores á millares.
Y nadie cura que en ello
A Fakir hace un ultraje,
Y que del poder es árbitro,
Y que puede costar sangre.
Las damas al viento agitan
Sus perfumados cendales,
Y arrojan al héroe flores,
Cuando de la plaza sale.
Y en gradas y galerías,
En azoteas y alféizares
De boca en boca discurre
Invicto el nombre de Zayde.
Los que le lloraron muerto,
Los que le habian por padre,
Y los huérfanos soldados,
Y los amigos leales,
Estáticos de sorpresa,
De lo que vén dudan casi,
Y alborozados y locos
Corren, se abrazan, departen.
Y Córdoba, en fin, que ama
Al Beni-Omeya linaje,
Y que de Fakir detesta
La usurpadora barbarie,
Con esplosion victoriosa
De su gozo dá señales,
Y del adalid dichoso
En el triunfo toma parte.
En tanto al vencido cercan
Sus amenguados parciales,
Y del polvo le levantan,
Padron de su gloria infame,

Ruje, cual libico tigre;
 Demente vá de coraje;
 No hay razon que le consuele,
 No hay amigo que le calme.
 Como mal herido toro
 Que del circo audaz se evade,
 Y lleva el arpon clavado
 En la cerviz arrogante,
 Asi busca con delirio
 Donde correr y vengarse,
 Sediento de muerte y crimen.
 Ciego, feroz, delirante.
 Sale, al fin, de la estacada,
 Sin caballo y sin alfanje,
 Con el rencor en el alma
 Con la afrenta en el semblante,
 Y sus barbaros le siguen
 En cohorte abominable,
 Cuando ya su luz postrera
 Exhala la fresca tarde,
 Y caen las húmedas sombras
 De los montes á los valles,
 Y aun el pueblo continúa
 En sus aplausos unánimes,
 Batiendo palmas á cientos,
 Por lo que, es bizarro y grande.

IV.

EN PAZ Y JUGANDO.

Apenas de la sombra el negro manto
 Sobre la bella Córdoba estendia

EL ULTIMO BENI-OMEYA. 161

La noche temerosa,
Envolviendo á la hermosa
Que del florido Bétis es encanto,
Y es gloria de la alegre Andalucía,
En los vagos vapores
Que la ausencia del sol tranquila exhala
Y que roba á las flores
El alarde inocente de su gala;
Así que del crepúsculo postrero
Espiró el tibio rayo
Y del zafir el ámbito altanero
Se adornó con la espléndida aureola
De ardientes luminares,
Que á los siglos enarran á millares
La gloria del Señor escelsa y sola;
Luego que las tinieblas importunas
Dispersaron la turba atronadora,
Que de Zayde aplaudió en el circo vasto
La hazaña vencedora,
Hierva la ciudad mora,
Dando á las inquietudes luego abasto
El temor y el afán de otras fortunas.
Los buenos cordobeses,
Víctimas mal sufridas del tirano,
Que alargaba su torpe, impía mano
Del sólio hasta los inclitos paveses,
Y que á la Omeya raza
Guardábanse leales,
Henchido el corazón de aliento y gozo,
Desque en la régia plaza
Vieron aparecer al noble mozo,
Ultima y fuerte rama
Del árbol de sus dueños imperiales,
Sienten del entusiasmo arder la llama
En los pechos bizarros;
Y al torpe usurpador desde la altura

131 Ansían de sus sueños criminales

Lanzar con mano intrépida y sangrienta,
Para librar la patria de una afrenta,
Y dejar su bandera ilesa y pura.

El bando colosal de la Sultana,
Que á su voz reunido
Bajo el pretexto de la fiesta ha sido,
Desde el confin de Gades soberana
Hasta la fuerte Alpujarcña sierra,
Tambien se apresia en contra del tirano,
Y murmura ya el cántico de guerra,
Puesta en el yatagan la roja mano.

Los bravos escuadrones
Que guió tantas veces á la gloria,
A la sombra inmortal de sus pendones
El heredero de Almanzor, su historia,
Sus desdichas, hazañas y aventuras
Recordando en ardientes narraciones,
Le entregan otra vez sus corazones;
Y aquellas almas duras
Esperan que el valiente,
Al son de sus proezas,
Las antiguas grandezas
Devuelva al Califato de Occidente.

El pueblo, en fin, leal y denodado
De Zayde se halla al lado,
Y espera el fiero instante
De alzarse en pié á su voz cual un gigante.

Fakir, de rábía y de amargura loco,
Solo está con su bando,
Que no es cobarde, á la verdad, ni poco;
Pues de gentes aviesas,
Avezadas á bárbaras empresas
Y de espíritu infando,
Que no cede á lo humano ni divino,
Le organizó con brazo clandestino,

Cual terrible instrumento
De su ambicion y criminal intento.

Ruje el jefe de ira,
Porque deshechos mira,
De Zayde, nada mas, con la presencia,
Los ominosos planes,
Que á fuerza de peligros y desmanes,
De sangre y de insolencia,
Confeccionó para escalar el sόlio,
Con desleal y abominable espόlio.

Y conoce que Zulma le ha vendido,
Y que con doble engaño
A Zayde hace partido:

A Zayde, sí, por ella salvo año
Del fin sangriento, que su saña impía,
Con la de su culpable bandería,
Al héroe destinára,
De sus derechos al dosel avára.

Y cuando Fakir piensa
En el profundo ardid de la Sultana,
Qué deja su esperanza ilusa y vana,
Se embriaga en furor y rάbia intensa,
Como la tigre Hircana,
A quien roban la caza apetecida,
Cuando en el lazo cae presa y herida.

Y á la venganza no osa,
Porque Zulma es valiente y poderosa,
Y él en abierta pugna contra ella
De seguro se estrella.

Pues que de la Sultana los amigos,
Que antes le dieron, á su voz, ayuda,
Hoy que contraria muéstrase sin duda,
Son fieros enemigos,
Que débiles asáz dejan sus filas,
Y á los que no le es dado hacer ya frente,
Mal grado de su cólera impotente.

Así las tiranías

Que á Dios y al hombre ultrajan,
 Entre horrores y cábalas sombrías,
 Muchos y acerbos días
 El edificio criminal trabajan
 De su dominación bastarda y loca;
 Y cuando el fin ya toca
 El mónstruo y tiende ya la mano inmundada
 Al sacrilego fruto,
 Que cuesta al mundo lágrimas y luto,
 Rompe el pueblo animoso la coyunda;
 Y al soplo del gigante
 La obra de maldición en polvo y ruina
 Rueda en solo un instante,
 Cual si soltara el poderoso Atlante
 De sus hombros la esfera cristalina.

Fakir, pues, como todos los tiranos,
 Que atadas por el hado vén sus manos,
 Al fraude, al dolo apela,
 Y de lograr con sus recursos trata
 La insondable ambicion que le desvela,
 Y de su hórrido enojo
 Para despues reserva hacer despojo
 A la mujer torpísima e ingrata,
 Y al rival maldecido,
 Y á cuantos á su antojo y sus maldades
 Opongan esforzadas voluntades,
 Y con brio no escaso
 Al trono cordobés ciérranle el paso.

V.

GOLPE EN VAGO.

Despues que salió triunfante
 Del palenque cordobés,
 A el Alcázar de los suyos

Encamina Zayde el pié,
 Dentro de sus muros fuertes
 Tiene el bravo su cuartel,
 En medio de sus amigos
 Y gente de buena ley.
 Aguardando al nuevo día
 Está con impavidez,
 Para dar fin del tirano,
 Que usurpar quiere el dosel,
 Y á guisa de plaza de armas
 Por el palacio se vén
 Velar las gentes armadas
 En el altivo agimén,
 Y en los pórticos hay guardas,
 Y en animado tropel
 Por los patios y crujiás
 Divagan soldados cién.
 Y... ¿pero qué mas? En torno
 Agrupado el pueblo fiel
 Hace una muralla viva,
 Que nadie osará romper.
 Las horas se van pasando,
 Media noche casi es;
 Córdoba yace tranquila,
 Pero nadie duerme á fé,
 Rodeado de muchos deudos,
 Y de cuanto de mas préz,
 Encierra Córdoba ilustre
 En valor como en saber,
 Discuten sesudamente
 De la patria el interés,
 Y á inmolarse se disponen,
 Si es preciso, por su bien.
 A Zayde todos le ofrecen
 El imperio-Cordobés,
 Y magnánimo resiste

Tan alta y rica merced.
 Así la plática andaba,
 Cuando el viejo **Abdel-Muley**
 Se presenta, y trae consigo
 Al torvo y audáz **Cazén**.
 —Fakir te le envía,—**esclama;**
 Y al oír el nombre **aquel,**
 Y al ver al réprobo **seyde**
 Todos callan, ... y tal vez
 Alguna mano acaricia
 El alfanje, sin querer,
 Y en vez de miradas, **rayos**
 Lánzanle allí mas de tres.
 —Fakir me envía;—**prorumpo**
 El emisario, su pié
 Adelantando hácia **Zayde**
 Con bárbara impavidez.
 —La paz te traigo y la **guerra**
 En su nombre: elije **pues**
 Si quieres la paz, te **ofrece**
 Un Estado en **Tremecen;**
 Y á la bella y tierna **Djida**
 Paloma de amor sin hiel,
 Te entregará libre y **pura,**
 Sacándola del haren.
 Si la guerra.....
 Pero **Zayde,**
 Atajando al perro **infiel**
 —Ola!... (esclama) **la cabeza**
 Cortadle al punto á **cercén,**
 Y puesta sobre una **pica**
 Clavadla en un **minaret,**
 El tronco á Fakir **llevadlo,**
 Cual mi respuesta **postrera**
 Y sea su suerte **aviso**
 De la que le aguarda á **él.**

CAPITULO XI.

¡Partido el campo está!... Bajo los montes,
Que corras agitada muchedumbre;
Se ven los rostros pálidos y oscuros
Que de las torres miran a la lumbre.
¡Los traidores Ben-Faraj!... Y en la librería

BANDERA CONTRA BANDERA.

En blanco pataban, que al cisma arrendan,
Pues un encamado caballero
De los que visto crecieron nos cogieron.
¡Es la primera luz!... clara y riente
Entre nubes de aljófara y de grana
Por las rosadas cumbres del Oriente
Vierte sus frescas risas la mañana.
Murmurando las áuras vagorosas
Por los floridos árboles mayores,
Columpian en los prados a las rosas
Y arrebatan el ámbar a las flores.
Y luego el sol su aureola purpurina
Del mar asoma, entre la blanca espuma,
Y se lanza a la esfera diamantina,
Rasgando el lecho de plateada bruma.
Y saludan los pájaros al día
Llenando con sus trinos la arboleda:
Suceden el calor y la alegría
A los misterios de la noche queda.
¡Mirad, mirad!... Del Bétis en la orilla
Campadas en marciales pabellones,
Con las armas de Córdoba y Sevilla,

De Granada y Jaen en los blasones,
 Dibújanse beligeros falanjes
 En prismático, in menso panorama,
 Armadas de ballestas y de alfanjes,
 Que del sol reverberan con la llama.

¡Partido el campo está!... Bajo los muros,
 Que corona agitada muchedumbre,
 Se ven los rostros bárbaros y oscuros
 Que de Libia tostáronse á la lumbre.

¡Los manda Ben-Fakir!... Y en la ribera
 Del río del encanto y los amores,
 Frente al usurpador alzan bandera
 Los valientes de Córdoba mejores.

¡Con ellos Zayde está!... Gallardo y fiero
 En blanco palafren, que al cisne afrenta,
 Parece un encantado caballero
 De los que viejo cronicón nos cuenta.

¡Guerra todo respira!... Allí escuadrones
 Que cruzan, cual relámpago, la vega;
 Allí muchos ó inmóviles peones:
 Por aquí se blasfema, allí se ruega.

Ya un Jeque ordena en filas su bandada,
 Ya en insurrecto grupo otras se agitan,
 Quién acicafa el yelmo, quién la espada,
 Y con retos recíprocos se irritan.

Suena en un lado el himno de la guerra
 Entre el fiero rumor de los corceles,
 Y arroyos de metal surcan la tierra
 Y estandartes el viento y alquiceles.

Cual muro abrasador brillan las cotas
 En las densas armigeras facciones;
 Y aves de oro parecen las marlotas.
 En bosques anidadas de lanzones,
 El alegre tapiz de las praderas,
 Y del césped el manto floreciente,
 La temprana verdura de las eras,

Y del monte las húmedas vertientes,
 Bajo un mar herveroso y palpitante
 De almetes y de picas y de escudos
 Ocúltanse en eclipse deslumbrante
 Y truecan su beldad en cuadros rudos.

¡Movimiento do quier!... fiebre!... Resuenan
 Con súbita llamada los timbales,
 Y de asombro y ardor las almas llenan
 Con la voz de la muerte los metales.

¡Un relámpago inmenso el éter hiere,
 En lo cas, infinitas llamaradas,
 Y al cielo y á la tierra incendiar quiere!...

¡Ay!... es la roja luz de las espadas!...

¡Eléctrico temblor, negro arrebató
 Cunde en la multitud!... torva se ajita!...
 Cada cual tiene cara de insensato!...

¡La guerra es de Luzbel la hija maldita!...

¡Ya se enristran las lanzas!... los bridones
 Rompen el freno ya!... bajo las mallas
 Se oyen torvos latir los corazones...

¡Ya es la hora mortal de las batallas!

II.

EL GUANTE ROJO.

¡Pero no!... que en este instante
 Indefinible y supremo,
 Entre un campo y otro campo
 Se interponé un caballero,
 Todos á su voz se paran,
 Y enmudecen á su aspecto,
 Y bajan los yataganes.

Los brazos un punto enhiestos,
 Cállanse los atambores,
 Las trompas cortan sus ecos,
 Y enfrenados los corceles
 Vuelven el callo á su puesto.
 Al tráfago y al delirio
 Sucede absorto silencio,
 Y la mucha lumbre estensa
 Ni aun al aire dá su aliento.
 En tanto el paladin fuerte
 De ambos campos en el centro
 Sobre una verde colina
 Colocándose resuelto,
 Parece una estatua ecuestre
 Sobre pedestal soberbio,
 Que arrogante desafia
 A la tempestad y al tiempo.
 —«Hijos de Córdoba!...—eselama
 Con pujante y breve acento,
 Fieles siervos del Profeta,
 ¡Zayde os habla... teneos!
 ¡De muerte y sangre hoy es día!...
 Cúmplase lo escrito... Pero,
 Ya que el hado así lo ordena,
 Sálvese la patria al ménos.
 Si lidiarnos campo á campo,
 Cada cual con su derecho,
 Todos hallaremos tumba
 En este campo sangriento.
 No importa morir... La gloria
 Es el porvenir del bueno;
 Mas muriendo así, el Estado
 Que la solitario y huérfano,
 ¡Y caerá!... y sobre nosotros
 La maldición de los pueblos.
 ¡Nunca!... La salud, creyentes,

EL ÚLTIMO BENCONEYAH

171

De la patria es lo primero;
 Hay una lidia corra sangre,
 Pues lo quiere el hado acerbo;
 Mas á dos vidas tan solo
 Fíad el fallo supremo.
 ¡Fakir!... hegal... yo te aguardo;
 Cruza conmigo tu acero,
 Y los dos frente por frente
 Salvemos, lidiando, el reino!
 Al mejor; Dios le dé ayuda,
 Quien venza será el mas bueno,
 Nuestra debe ser la lucha,
 Pues el lauro ha de ser nuestro;
 ¡Ven á mí!... te desafío!
 ¡Ven, Fakir!... que ya te espero;
 Y lidiando á todo trance,
 Salvemos la patria al ménos.

Dice el bravo y lanza osado
 Un guante á Fakir sangriento,
 Mientras le aplauden los suyos
 Y le admiran los ajenos.

III.

EN UN TRIUNFO DOS VICTORIAS.

Un punto después en lo alto
 De aquella humilde colina,
 A entrambos campos vecina,
 Zayde hace frente á Fakir.
 Pues que Fakir, cual un dardo
 De la cuerda despedido,
 A su contrario ha venido,
 Por matar ó por morir.

Ni una palabra siquiera
 Média entre entrambos guerreros,
 Que son lenguas los aceros,
 Cuando calla la razon.
 Y avalánzase uno á otro,
 Cual dos nubes encontradas,
 De sangre y horror preñadas
 Tronando desolacion.

Crúzanse las cimitarras,
 Cual dos viboras de fuego
 Que al mismo sol dejan ciego
 Con su rayo funeral.
 Y se trenzan y se muerden
 En rápidas espirales,
 Y lanzan sonos fatales
 En diapason glacial.

Tan pronto hienden el viento
 Con sus curvas y perfiles,
 Como en tajos varoniles
 Chocan con furia entre sí.
 Una en el aire sé cierce
 Cual sobre el ave un milano,
 Otra vibra en hábil mano
 El poder del frenesí.

Y en torno de los guerreros
 Aéreo círculo de llama
 Fulminante se derrama,
 Cual el borde de un volcan.
 Y cuando de sus alfanjes
 Salta en alto algun fragmento,
 Arde á su contacto el viento
 Y se torna en huracan.

¡Tremenda lid!... Los dos campos
 Sin movimiento siquiera,
 Reconcentran su alma entera
 Sus sentidos y su sér,

En las trájicas hazañas,
En los bárbaros azares
De sus héroes militares
En la contienda postrer.

Cada golpe que resuena
En la espléndida coraza,
Muchos pechos despedaza,
Y eco encuentra en almas mil.
Y mientras los unos gozan
Al ver un golpe certero,
Otros sienten el acero
En su corazón viril.

El terror y el entusiasmo,
La aflicción y la alegría,
La esperanza y la agonía,
Cuanto inspira el bien y el mal,
Agita los corazones
Y trastorna los semblantes,
Que no tienen dos instantes
Un matiz, ni un tipo igual.

Afan homicida!... Angustia
Febil, desolada, inmensa,
En la muchedumbre densa
Do quier se nota, no mas.
Y cual si toda tuviese
Pendiente en la lid su vida,
Con vista inquieta y perdida
Vá de sus trancés detrás.

Súbito un grito resuena
Atronador, insensato,
Aquí de júbilo grato,
De dolor y espanto allá.
Baten los unos las palmas,
Y tremolan sus pendones...
Otros lanzan maldiciones
Y el rostro se mesan yá.

¡Contraste infernal!.. En tierra
 Palpitantes caen dos brazos,
 Y un alfanje hecho pedazos,
 De negra sangre entre un mar,
 Y saltan y se revuelcan
 En la arena enrojecida,
 De la muerte y de la vida
 En el trágico lindar.

¡Horror!.. ¡horror!.. Esos restos
 Mutilados y espirantes,
 ¿Cuyos son?.. ¿A quién funestos
 Los hados fueron al fin?..
 ¿Será que Zayde... ¡infelice!
 Por colmo de tantos males?
 ¡No!.. que aplauden sus leales!
 Triunfa el noble paladin!

Fakir le disparó un tajo
 A mandoble concluyente,
 Riesgo espantoso, inminente;
 La tumba vió ya á sus piés,
 Pero le sale al encuentro
 Con gallardo porte y brio,
 Y los brazos del impio
 Roba al tronco de un reyés.

Y asiéndole por el cuello
 Sobre el lomo le derriba
 De su potro, boca arriba,
 Con atlético ademán.
 Y alzándose en los estribos,
 Le pone á su pecho adjunta
 Sobre el corazon la punta
 Del terrible yatagan.

— «Ben-Fakir, le dice entonces,
 Mia es tu vida y destino;
 Tú me enviaste un asesino,
 Hoy logro, en un triunfo, dos.

Soy tu dueño, eres mi esclavo;
 ¡La patria salvé y el trono!
 ¡Cordobeses! le perdono!
 ¡Esa es mi venganza! Adios!

IV.

QUIEN MALAS MAÑAS HA!

Lívido, exangüe y frío
 El terrible Fakir, bajo el acero
 Viéndose del rival, su postrer brio
 Reune osado y fiero;
 La desesperacion le dá energía,
 Y quiere su alma impía,
 Ya que del triunfo no alcanzó la gloria,
 Ni de sus ambiciones la venganza,
 Aspirar á la bárbara esperanza
 De oscurecer al vencedor bizarro
 El arrogante sol de la victoria,
 Y trastornar de su fortuna el carro,
 Y el cáliz amargar de su ventura
 Con cieno vil y con ponzoña impura.
 ¡Siempre traidor, Fakir! — Mientes, prorumpo
 Con bramadora voz, Zayde insensato!
 ¡No es tuyo el triunfo aún! Tuya es mi vida,
 Pero la honra y libertad de Djida
 Son mios... ¡gózate! La fiel paloma,
 Cuyo amoroso arrullo
 Era de tus delicias el orgullo,
 La casta flor de matutino aroma,
 La fuente virginal, el limpio arriño,
 La mágica ilusion de tu cariño,

No existe para mí... Yo el dulce nido
 Moré del ave cándida, y sus plumas
 Abrasé con mi aliento enrojécido;
 Yo de la flor arrebaté las hojas,
 Deshice de la fuente las espumas,
 Y al cordero tendí mis manos rojas!..
 Y nunca la verás... que en el momento
 De caer yo en la arena
 Letal y macilento,
 El seno delicioso de la hermosa
 Destrozará un punal... y en larga vena
 Su ardiente sangre regará mi fosa.
 Y el incendio también en su morada
 Frenético estallando,
 Ni aun el vestigio inerte de tu amada
 Te dejará encontrar... ¡Vé, pues, volando,
 Y sálvala de mí... y en su agonía
 Háblala de tu amor... de tus laureles..
 Pregúntala también por tu memoria,
 Que te cuente demándale la mía
 Y del Haren la historia.
 ¡Ahora hiéreme ya... nada receles!
 Pero antes, mira!.. El fuego ya devora
 De mis esclavas la mansión liviana!..
 Oh!.. ya triunfé de tí... mátame ahora,
 Y á Djida despues llora,
 Y á la ciudad, que no será mañana!
 Atónito, mortal, sin luz ni aliento,
 Zayde ha escuchado al bárbaro, no sabe
 Lo que pasa por él, el Sueño sangriento,
 Execrable, infernal á veces piensa
 Que con negra vision le dá tormento,
 O que le abruma pesadilla inmensa!
 Mas ya en su pecho el corazon no cabe,
 Ni á su alma es ya posible
 Resistir á tan hórrido irio,

Y el tempestuoso y lobrego delirio
 Que en su cerebro estalla;
 ¡Quizá le falta poco
 Para volverse loco!
 ¡Tan ruda y tan atroz es la batalla,
 Que el amor y los celos,
 La sorpresa, el horror y el desengaño,
 Y, en fin, cuantas pasiones
 Depositán los cielos
 En los pobres, humanos corazones,
 Dándose están, del triste Zayde en daño,
 En el fondo sangriento de su mente
 Eléctrica y febril, ciega y doliente.
 —¡Maldición en los dos!...—en ronco grito,
 Atronador, histérico, salvaje,
 Como el ¡ay! desolado de un precito,
 Prorumpen en la esplosión de su coraje
 Zayde mísero en fin. Y alza su diestra
 Para segar la réproba garganta
 De su vil enemigo, que le espanta
 Con su risa galvánica y siniestra.
 Mas súbito se muestra,
 Cual en la tempestad placida estrella,
 A sus ojos atónitos la bella,
 La amantísima Djida,
 Que del héroe á su lábio el nombre dando,
 Con voz por la emoción enternecida,
 Viene el viento rasgando
 De cien ginetes árabes seguida,
 Como una aparición grata y divina
 En alas de la brisa matutina.
 Véla el héroe... y olvida su venganza,
 Y lejos de sí lanza
 El hierro centelleante.
 Y despues de un instante,
 Y en éstasis dulcísimo deshechos,

El corazon amante,
Estrechaban los dos sobre sus pechos,
Y casi los sentidos
De tanto bien con la emocion perdidos.

VENGANZA Y EXPIACION.

Y mientras ambos amantes,
Cual dos campestres palomas,
De su inesperada dicha
En raptó inefable gozan,
Ben-Fakir estupefacto
Contempla con vista torva
Aquella escena instantánea,
Yerto de sorpresa honda.
No crée lo que está viendo,
Aún dudá de lo que toca,
Mas á él se llega Zulma
Implacable, aterradora,
Gritándole:—Estoy vengada.
¡Esa, bárbaro, es mi obra!
—¡Djida vive!..—Esclama trémulo,
Fakir, lívido de cólera!...
—Vive .. y vive para Zayde,
Amante, pura y heroica.
—Execración!.. (el vil moro
Impío á blasfemar torna.)
—Yo la salvé (le reponé
La Sultana) de las ondas;
Y, cual un tesoro rico,

La guardé para esta hora.
 Tú me burlaste... ¡insensato!..
 Con tu pasión mentirosa;
 Me lanzaste á infando crimen,
 Que mi existencia emponzoña.
 Y cuando el camino al sólio
 Te franqueó mi mano loca,
 Despues que me hiciste víctima
 De tu ambición alevosa,
 Mi sacrificio olvidaste
 Con ingratitud traidora...
 Como un arma que se rompe,
 Luego que dió la victoria.
 Y dando á tu pasión rienda
 Por Djida, de mis congojas
 Te mofaste... y yo en silencio
 Devoré mis penas horridas!..
 Y medité una venganza
 Digna de mí... de mí sola,
 Dando á tu rival la vida,
 Y haciendo á Djida su esposa.
 Celos con celos se vengán,
 Traicion con traicion se cobra,
 Por mí no lograste á Djida,
 ¡Por mí Zayde á Djida logra!..
 Por mí no subes al sólio,
 Ni eres Califa de Córdoba!..
 ¡Por mí caes para siempre,
 Y mueres sin pró y sin honra!..
 ¡Muere, sí!.. De Hixen te llama
 La cruda y pálida sombra...
 ¡Ojalá caiga su sangra
 Sobre tí gota por gota!..
 Calló Zulma, y arrojando
 Roja espuma por la boca,
 Cárdeno el rostro, y los ojos

Casi fuera de las órbitas,
 Vuelve con desden la espalda,
 Y al campo de Zayde torna.
 Ben-Fakir, á quien la ira
 Embarga la voz, arroja
 Un rujido cavernoso,
 Una detonacion cóncava,
 Estridente, bestial, lúgubre,
 Que al rio y al viento asorda,
 Y clavando las espuelas
 Al fiero animal que monta,
 Des péñase á toda brida,
 Cual incontrastable tromba,
 Por medio de aquellos campos
 Y de las gentes absortas.
 Y del Bétis á la orilla
 Llegando, en sus aguas hondas
 Húndese desesperado.....
 Y un cadáver luego flota.

II

CADA CUAL DIGNO DE SI

CAPITULO XII.

Trés velada muy prolija
 Y dolores demás,
 Desesperado el buen Zayde
 Y muy triste don Hernán,
 Cual estána de un sequero,
 Callados; há rato, están.
 Los suspiros del manco
 De vez en cuando paiza
 Susuran por el ambiente,

ROSAS Y ESPINAS.

Cual con el viento
 Devora, pues, en silencio
 Su congoja ternura,
 Y el buen anciano sepa
 Su lágrima y hondo alar.

Ya es el postrér Omeya, Califa de Occidente,
 Ya Zayde ocupa invicto el sólio cordobés;
 El lauro de victoria corona su alta frente,
 Alzáronle sus pueblos triunfal sobre el pavés.
 ¡ Es ínclito su nombre, magnífica su gloria,
 Que vuela con la fama de Gades á Bagdad!
 Ni lágrimas ni sangre mancharon su victoria;
 «El padre del Imperio» le llama la ciudad.

Do quiera en su aiaanza escucha las canciones,
 Su prez al Califato devuélvete español,
 Y tiene tantos tronos cual buenos corazones,
 Y brilla sobre el sólio, cual sobre el mundo, el sol.

¡Bellísima existencia!... ¡Ay!... ¡no!... que los dolores
 Se ocultan acerados en su alma varonil,
 Asi como se esconde traidor entre las flores
 De la feráz campiña maleficio el reptil.

II.

CADA CUAL DIGNO DE SÍ.

CAPÍTULO XII.

Trás velada muy prolija
 Y dolorosa demás,
 Desesperado el buen Zayde
 Y muy triste don Bernal,
 Cual estátuas de un sepulcro,
 Callados, há rato, están.
 Los suspiros del mancebo
 De vez en cuando quizá
 Susurran por el ambiente,
 Cual son perdido en el mar.

Devora, pues, en silencio
 Su congoja funeral,
 Y el buen anciano sepulta
 Su lúgubre y hondo afán.

Mas viendo que el infelice
 Casi está para espirar,
 Y que pasa el tiempo estéril,
 Escríama:

—Acabemos ya.

El sacrificio es terrible!...

ZAYDE.

¿Con que no hay medio?...

D. BERNAL.

No le hay.

Dios, la patria, todo cuanto

Grande, santo é inmortal

Existe para los hombres

De corazón y bondad,

Nos manda bajar la frente,

Y resignarse y callar. ...

ZAYDE.

Sí: pero es triste, muy triste,
Al dintel del Eden ya
Perder el bien soberano,
Y volver la planta atrás.

¡Imposible!...

D. BERNAL.

¡Y eso dice

Un héroe?... ¡Debilidad!...

ZAYDE.

Renuncio al trono, á la gloria,
Por ella, á todo.

D. BERNAL.

Callad.

Solo á la patria se debe,
Cual buen hijo, cada cual.

ZAYDE.

Mi patria, mi amor, mi cielo
Es Djida...

D. BERNAL.

Demente estáis.

Su salud el reino vuestro
Fia hoy de vos nada más;
Los leales han vertido
Por vos su sangre marcial,
Sois Califa de Occidente,
Y único vástago real
De la raza Beni-Omeya,
Y buen caballero!... ¡Osais
Por una pasión tirana
Frágil é insano olvidar
Lo que debéis á vos mismo,

A la patria y?...
 Y renuncias y callas
 ZAYDE.

ZAYDE.

¡Por piedad!...

D. BERNAL.

¡Ya veis!... Yo arguyo en mi daño;

Pues, como español y cual
 Y volver la patria
 Cristiano, me importaría ... imposible!

Al Imperio musulmán

Su sostén arrebatarle,

O reina á Aurora llamar.

Pero soy, antes que todo,

Honrado y bueno, Y jamás

Aconsejo álevosías...

Si de ellas fuerais capaz,

Antes que daros mi nombre,

Maldijera mi solar.

Y porque soy caballero

Y reconocido asáz,

No quiero pagar favores

Con flaqueza desleal.

Me habeis devuelto mi Aurora,

Robada al paterno hogar

Por Yacub, cuando el asalto

De Leon, quince años há;

Vos su secreto arrancasteis,

De la clemencia imperial

Al precio, cuando el verdugo

Le estaba esperando ya,

Por cómplice del tirano

En su traicion criminal;

Vos reconocer supisteis

Por suyo aquel kandjiar,

Que dejó junto á la cuna,

Y que era regalo real.

De Hixen, cuando de su guardia

Le hizo Almanzor capitán;
 Vos me otorgais bien tan grande,
 Me dáis la felicidad...

Y mengua para mí fuera
 Y estariame muy mal,
 Que á mi sangre por uniros,
 Y engrandecerme quizá,
 Dando así el golpe de gracia
 Al Imperio Occidental,
 Os costára la corona,
 La patria, la fé!.. y allá
 Más tarde las maldiciones
 De vuestra posteridad.

Basta... sea pues... aun cuando
 La muerte venga detrás.

DON BERNAL.

¡Sois digno de vos!.. Sucumba,
 Si quiere, el hombre vulgar:
 Mas el héroe..

ZAYDE.

¿Y quién el héroe
 Es de los dos, don Bernal?..
 ¡Oh!.. Me impulsa al sacrificio
 Su mismo...

DON BERNAL.

No hay mas allá.
 Partimos al alba.

ZAYDE.

Pero...

DON BERNAL.

Os comprendo... De verla háis.
 —Hoy es de acción—

III.

LA VENDA DE LA ILUSION.

Por un postigo del muro

—Don Bernal!.. (Zayde siempre)

De Córdoba soberana,
 Antes que de la mañana,
 Sonría el primer albor;
 Desemboca en el camino,
 Que conduce hácia Castilla,
 Ecuestre y corta cuadrilla
 En silencio aterrador,
 Delante ván agrupados
 Unos cuantos escuderos,
 Y detrás varios guerreros
 De vario y adverso arnés;
 Y en el centro vá una dama
 En blanquísima hacanea,
 Y otro grupo la rodea
 De dos ginetes... ne, tres,
 ¡Todos callan!.. Solamente
 De vez en cuando un gemido,
 La dama exhala sentido,
 De su lloro ardiente voz;
 Y el suspiro un eco cacuentra
 En los ámbitos del viento;
 Que parece otro lamento...
 Mas amargo y mas atroz
 ¡Callan!.. y caminan todos
 A paso tranquilo y corto,
 Porque cada cual va absorto
 En su triste corazón;
 Pero súbito hacen alto
 Los que asisten á la dama,
 Y uno de ellos ronco esclamat
 —Hora es de separacion.—
 Y tiéndense unos á otros
 Con acerbo afán los brazos,
 Y la noche en sus regazos
 Oculta un llanto quizás.
 —¡Don Bernal!.. (Zayde prorumpe)

Dejadme tocar su mano.
—Abrázala, como hermano,
¡Ay!.. para siempre jamás.
Y estréchense Djida y Zayde
Cual dos flores sin manecilla
Nacidas de una semilla,
Gemelas en vida y sér.
¡La triste hecha un mar de llanto!..
¡El misero enloquecido!..
Quien mal de amor no ha sentido
No les puede comprender.
¡Terrible es entre las sombras
La postrera despedida!..
¡Ay!.. quizá pierdan la vida
Entre sus brazos los dos.
¡Escuchad!.. ¡ah! ¡pobres almas!..
Su última palabra inerte:
—Yo voy á buscar la muerte.
—Yo voy á buscar á Dios.

Dejame tocar su mano.
—Abrazala como hermano,
¿Vá?... para siempre jamás.
Y estrechábanse Dilia y Xayla.

CONCLUSION.

Concluyó así el cuento.
Nacidas de una semilla
Gemelas en vida y en
...
La triste hebra un mar de llanto!
El misero enloquecido!
Que el mundo...
PALMA Y CIPRÉS.
No les puede comprender.
Terrible es entre las sombras
La postura de paradas!

Y la crónica refiere

Que algunos tiempos después
Se alzó en el fondo de un valle
El convento de Belen.
Y diz también que, cayendo
El Imperio Cordobés,
Dió sepulcro en su anarquía
Al Beni-Omeya postrer.

V. GARCÍA ESCOBAR.

INDICE.

PÁGINAS

52	II	
53	III	
55	IV	PÁGINAS.
55	V	
58	VI	

CAPITULO I.

66	I. La velada	5	
	II. Celos de árabe.	8	
71	III. Horas de lágrimas.	11	
71	IV. Pacto de sangre.	13	
73	III	
73	IV	
82	V	

CAPITULO II.

82	I. Calat-añazor.	16	
91	II. El campo de los cristianos.	21	
98	III. La tienda de don Bernal.	24	
98	IV. Bizarría.	29	
99	V. Leyes de caballería.	34	
99	III	
99	IV	

CAPITULO III.

CAPITULO VII

102	I. La sombra de Almanzor.	38	
104	II. La corte del Califa.	41	
107	III. Misterios orientales.	44	
110	IV. Delencias del corazón.	46	
113	IV	
113	V	

CAPITULO IV.

CAPITULO VIII

116	I. La alquería de Quirós.	49	
116	I	

INDICE.

PÁGINAS.

	II. Quince años atrás.	52
	III. Impresiones.	56
	IV. El cerco de Leon.	58
	V. Madre y esposa.	62
	VI. Aparicion.	65

	CAPITULO V.	
	I. Doña Luz.	66
	II. El huésped de don Bernaldo.	71
	III. Viaje.	75
	IV. Dobles efectos de amor.	78
	V. Mañana será otro día.	85

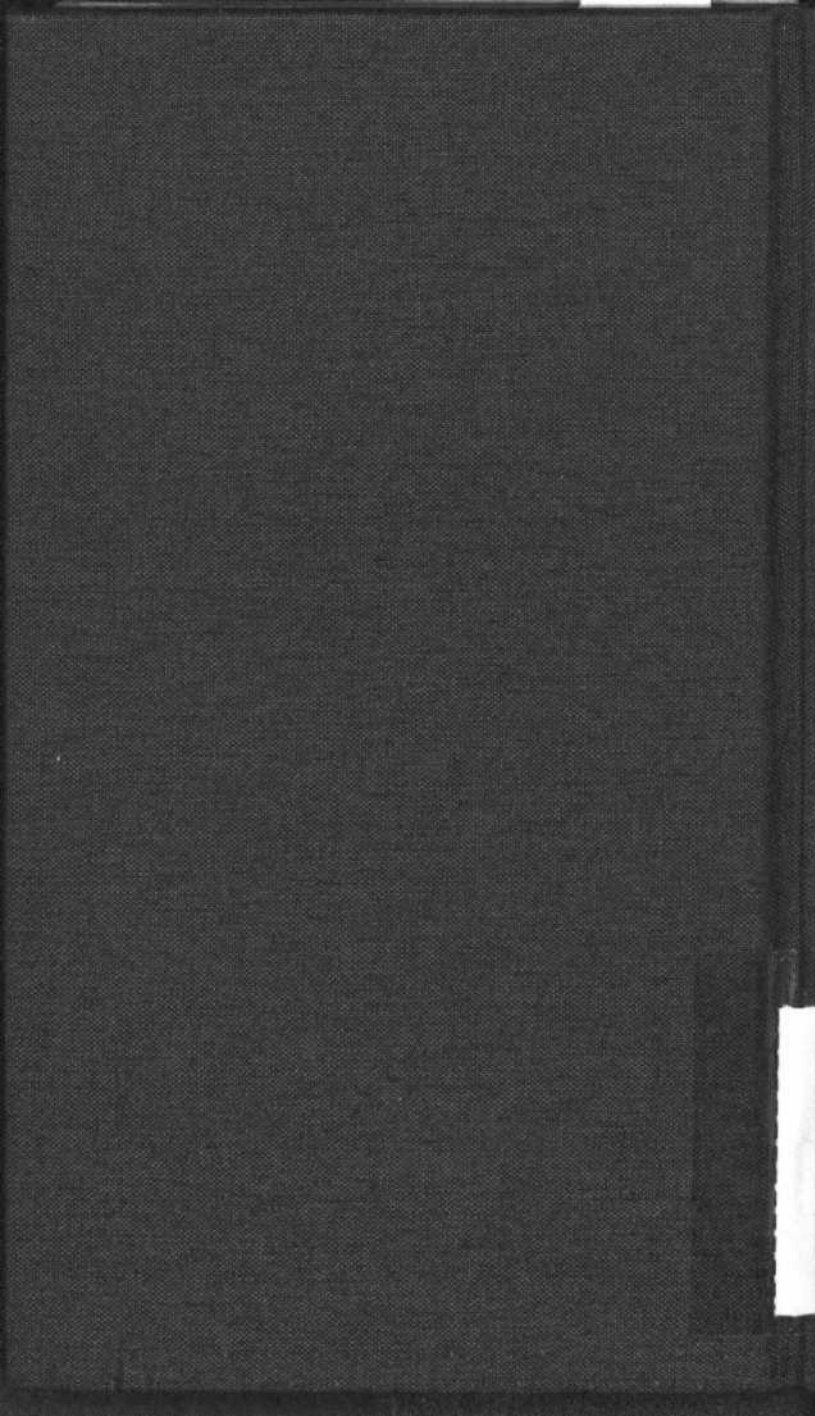
	CAPITULO VI.	
	I. Interregno.	88
	II. El todo por el todo.	91
	III. Profesion de fé	96
	IV. De una causa dos efectos.	99

CAPITULO VII.

	I. El bazar.	102
	II. La esclava por su galan.	104
	III. Más vale tarde que nunca.	107
	IV. Aventuras sin ventura.	110
	V. La ley del mas fuerte.	113

CAPITULO VIII.

	I. El Haren.	116
--	----------------------	-----



G 182230

182230

